Sergio Sinay

MISTERIOS MASCULINOS

que las mujeres no comprenden

Porqué los hombres
hacen lo que hacen,
dicen lo que dicen
y piensan lo que piensan

bolsillo

Del Nuevo Extremo

Sergio Sinay

MISTERIOS MASCULINOS
que las mujeres no comprenden

Por qué los hombres
hacen lo que hacen,
dicen lo que dicen y
piensan lo que piensan.

Del Nuevo Extremo

A Marilén, por la mutua y amorosa aceptación
y celebración de nuestros misterios

A la memoria de mi padre, que me transmitió, como pudo,
algunos aspectos que quiero de mi vida como varón

A Iván, con la esperanza de que
en sus misterios encuentre su fuerza

Hay una diferencia evidente entre hombres y mujeres, pero ella no guarda ninguna relación con las supuestas diferencias entre "masculino" y "femenino". Es mucho mejor quedarse con el misterio verdadero de hombre y mujer, que con la falsa mistificación de masculino y femenino.

Sam Keen

La mujer se ha adentrado en un territorio tradicionalmente masculino y ahora está descubriendo cómo es, y cómo ha sido siempre, ser hombre. No es el lecho de rosas que ellas imaginaban. Después de todo la fruta no resulta más dulce del otro lado del mostrador.

John Moore

Introducción

En celebración de las diferencias

Soy varón. Nací, crecí y me desarrollé como tal. Vivo la vida de un hombre adulto: soy esposo, padre, profesional, hijo, hermano, amigo, compañero, par, socio, adversario, lector, escritor, aficionado a los deportes, cinéfilo, viajero, investigador, etc., etc. Habito mi hogar, mi familia, mi comunidad, mi país, un continente, el mundo. Ninguno de esos aspectos me define por sí mismo. Y no puedo prescindir de ninguno cuando necesito explicar quién soy.

Soy un hombre entre hombres. Una persona entre otras personas. Un ser viviente entre otros seres vivientes. Un varón entre otros varones. Como a la mayoría de los individuos de mi sexo, se me ofreció (a través de la familia, la escuela, y los diferentes mensajes sociales) un modelo de "masculinidad" rígido, escaso en imaginación, en libertad, en desarrollo de las potencialidades más profundas. Con eso un varón debía hacerse "hombre".

En un determinado momento de mi desarrollo empecé a plantearme preguntas sobre mí, sobre mi condición de varón. La exploración de las respuestas me permitió vislumbrar y en varios casos acceder a espacios y aspectos muy ricos y poco alentados (cuando no negados o desvalorizados) de la experiencia varonil. He dedicado un buen tiempo de mi vida y de mi experiencia personal y profesional a la investigación de las siete octavas partes de ese iceberg llamado "masculinidad" que permanecen bajo la superficie. No soy el primero, el último ni, mucho menos, el único varón que recorre ese camino, lo cual significa que una vivencia distinta, más creativa, más plena y más integral de la experiencia viril es posible, que esa posibilidad sólo depende de los varones, que somos los primeros beneficiarios de tal oportunidad y que, además, eso enriquece nuestra vida personal, nuestros vínculos, nuestros amores, nuestras sexualidad, nuestra paternidad, nuestra fraternidad: nuestro estar en el mundo.

Esa experiencia personal, compartida en espacios comunes con otros hombres que van en la misma dirección, avala (con riquezas y carencias) el contenido de este libro. Es importante, antes de comenzar, dejar en claro algunos puntos:

- **Este no es un manual de psicología masculina**. Se trata de reflexiones nacidas de una experiencia de vida y de relatos, confesiones y vivencias compartidas con otros varones. Esas reflexiones surgen como respuesta a la repetición machacona de preguntas que las mujeres se hacen sobre los varones a medida que ambos compartimos espacios y vínculos. Debido a mi actividad he sido receptor repetida e insistentemente de esas preguntas. Otras veces las leí o

las escuché en medios de comunicación, o me llegaron de rebote, a través de relatos, anécdotas, etc. Las respuestas que propongo no las obtuve en un laboratorio sometiendo a ejercicios de ensayo y error ni a pruebas estadísticas a un número específico de hombres. Son producto de la observación y de la vivencia. Una experiencia en la que el observador y lo observado son parte del mismo fenómeno.

- **Este libro no garantiza a las mujeres el éxito en sus vínculos con los varones.** Me parece importante advertirlo antes de que sea tarde. Las respuestas que emito en cada capítulo están lejos de activar un mecanismo que permitirá hacer de los hombres seres transparentes, previsibles o manejables. Este libro habla sobre las actitudes, los sentimientos, los pensamientos y las sensaciones de un grupo de personas que tienen en común su sexo. Y también tienen en común su condición de seres humanos. Es decir, cada uno es único, cada uno es inédito, cada uno debe y merece ser considerado como alguien en sí y no como una generalidad. Todo vínculo humano se establece entre dos seres únicos. Lo que una mujer pueda entender y comprender de los varones a través de estas páginas enriquecerá o no su relación con los hombres sólo y en tanto pueda ser tomado apenas como un ingrediente en la argamasa de una relación particular y única.
- **Este libro no pretende excusar a ningún varón por sus actitudes.** No escribí estas páginas para defender a nadie ni para dar argumentos que contribuyan a fomentar ese fenómeno patético que llaman "la guerra de los sexos". Cada capítulo es la respuesta a una pregunta específica. No es una defensa,

es un relato, una explicación, una narración de sensaciones, vivencias, emociones y sentimientos, hecha desde *este lado* del mostrador. Habrá alguien a quien le amplíe los horizontes de su mirada o la capacidad empática. Y habrá alguien a quien le dará nuevas y poderosas razones para su frustración, su bronca o su resentimiento. Las dos reacciones están dentro de lo natural. Lo que sea, será.

- **Este libro no es sólo para mujeres.** Su origen está en una serie de interrogantes que ellas tienen acerca de los varones. Esos interrogantes han sido, en todo caso, un oportuno, estimulante y magnífico disparador para ordenar y activar un encadenamiento de ideas, de conocimientos, de opiniones, de pensamientos, de sensaciones, de recuerdos sobre la experiencia de vivir como varón. Pero todo esto no está destinado sólo a las mujeres; creo que las respuestas pueden ser también un buen motivo para que los varones nos internemos en la exploración de nuestra interioridad. Al menos, eso es lo que me ha ocurrido a mí durante la organización y la escritura del libro. Por eso agradezco las preguntas.
- **Este libro no contiene ni todas las preguntas ni todas las respuestas.** Porque cada mujer y porque cada hombre es un ser único, y porque cada vínculo entre una y otro también lo es, estoy convencido de que cada mujer podría formular, desde su experiencia, su imaginación, su necesidad o su sensibilidad, una pregunta que aquí no figura. Y cada varón, mi congénere, podría ofrecer, desde su sensibilidad, sus vivencias, sus indagaciones interiores y su historia, una respuesta diferente de las que proporciono aquí. Y está bien. Tengo la convicción de que lo importante ante

una pregunta no es necesariamente la respuesta sino la posibilidad de explorar, de buscar, de recorrer caminos.

En este libro las palabras "femenino" y "masculino" están escritas siempre entre comillas. Las comillas traducen mi creciente insatisfacción y desconfianza hacia esos términos. "Masculino" y "femenino" son los nombres de una serie de características que definen a un varón y a una mujer y lo hacen con criterios estrechos, empobrecedores, limitantes, prejuiciosos y tramposos. En nombre de lo "masculino" y lo "femenino" varones y mujeres nos enfrentamos y, lo que es peor, nos automutilamos. Ser "masculino" (y por lo tanto socialmente reconocido como "hombre") significa no ser "femenino" (y por lo tanto, negar, descalificar y erradicar de sí aspectos propios del ser humano como la ternura, la sensibilidad, la receptividad, la intuición, la capacidad nutricia, etc.). Ser "femenina" (y por lo tanto socialmente aceptada como "mujer") significa no ser "masculina" (y por lo tanto negar, descalificar y erradicar de sí aspectos propios del ser humano, como la agresividad, el empuje, la iniciativa, la racionalidad, la fuerza, etc.). En nombre de lo "masculino" y lo "femenino" se nos ha hecho tomar como naturales diferencias que son culturales y se nos ha convertido poco menos que en enemigos a raíz de ello. En nombre de lo "masculino" y lo "femenino" se ha generado una especialidad (el estudio de los géneros) que, en la práctica, es la desvalorización y descalificación de uno de esos géneros en nombre de la reivindicación revanchista del otro (la misma vieja historia pero con el tablero cambiado).

No he encontrado aún sustitutos satisfactorios de esas dos palabras. Mucho menos los encontré a la hora de titular este libro. He creído que dejar en el título la palabra masculino sin comillas

permitía una introducción más clara y directa en el tema. Por lo demás, tiendo a pensar, cada vez con más convicción, en términos de energías. Coincido con quienes sostienen que, entre las muchas cosas que las personas somos, somos un entramado energético. Y que, básicamente, nos constituyen dos energías: una activa y una receptiva. En los varones esa organización incluye un mayor porcentaje de energía activa; en las mujeres, un mayor porcentaje de energía receptiva. *Ni unos ni otras estamos privados de aquella energía que no es la que nos define. Por lo tanto, ambos tenemos todo*. Lo que varía es cómo se organiza en nosotros según nuestro sexo y cómo se organiza en cada individuo de un mismo sexo.

En ambos, entonces, está todo. Nadie es mejor ni es peor. No es mejor ser varón que ser mujer o viceversa. *Es diferente*. Y estas diferencias no se zanjan. Por el contrario, tengo la certeza de que los encuentros son posibles a partir de ellas, de su aceptación, de su respeto, incluso de su celebración. Son diferencias complementarias. Ellas permiten que los vínculos sean territorios siempre abiertos a la exploración. Y creo que eso es un vínculo: *la exploración conjunta y simultánea de un espacio desconocido y único, llevada a cabo por dos seres diferentes y complementarios*.

Por este motivo, los misterios (de los varones o de las mujeres) pueden ser comentados, narrados, recorridos y buceados, pero nunca eliminados, negados o descalificados. Aproximarse a esos misterios respetándolos seguramente no permitirá desentrañarlos ni revelarlos, pero sí algo acaso más importante: permitirá convivir con ellos.

Finalmente de eso se trata, de convivir. Diferentes y necesarios. Celebrándonos.

Misterio 1

¿Por qué no hablan de lo que les pasa?

Pocas preguntan abruman y sofocan a un hombre como esa que las mujeres formulan en tres palabras: *¿qué te pasa?*. Y pocas respuestas despiertan tanta impotencia y rabia en las mujeres como estas dos:

1) Nada

2) No sé

Cuando un hombre responde *Nada*, probablemente no esté diciendo la verdad, aunque esto no significa que la oculta a propósito. A todos, siempre, nos pasa algo (bueno o malo, intenso o superficial, trascendente o nimio, doloroso o placentero) en cada instante de nuestras vidas. Una función de la conciencia es ponernos en contacto con eso que nos pasa.

Cuando un hombre responde *No sé* habitualmente es sincero, por mucho que esto le pese a la mujer que interroga. Si la respuesta pudiera ser extendida y desmenuzada letra a letra, quizá

fuera esta: *No sé cómo se llama esta sensación (o este sentimiento) que me domina, que me atraviesa y que me carga de dolor, de incertidumbre, de desasosiego, de miedo o de esperanza, de exaltación o de serena certeza. No puedo explicártelo porque no conozco las palabras que lo definen y tampoco conozco demasiado el sentimiento (o la sensación). Si podés creerme sin seguirme exigiendo respuestas, acaso aprenda a hablar de esto que me pasa; si no, no tiene remedio.*

Es así. Los hombres no sabemos, la mayoría de las veces, qué es eso que ocurre en nuestro interior. No hemos entrenado nuestro lenguaje en esa área. Nuestro vocabulario suele ser ajustado y *efectivo*: habla de cosas concretas, externas a nosotros, emite juicios taxativos, propone soluciones a problemas tangibles. Creo que esto tiene dos orígenes:

- Cuando la palabra no existía y los seres humanos nos comunicábamos a través de las acciones corporales, la mayor masa muscular, el mayor desarrollo físico, la mayor fuerza de los hombres nos permitía ser dueños de la "palabra". Cuando, evolución mediante, ésta se instaló entre nosotros, las mujeres descubrieron que el lenguaje ingresaba en un estadio en el cual no era necesario ser más fuertes, más grandes ni más resistentes. Ellas desarrollaron la palabra en toda su profundidad y extensión, le dieron un valor especial. El lenguaje de la mujer se hizo amplio y abarcador, y, sobre todo, *afectivo*. Es decir, incluyó emociones, sensaciones, deseos y pensamientos.
- Para cumplir con el papel de proveedores, productores, protectores y competidores eficaces, los hombres apren-

dimos (o fuimos entrenados) a disociarnos de nuestra interioridad: sensaciones, sentimientos, pensamientos abstractos. Todo eso distrae, "debilita", es "blando". Nos hace vulnerables. Es, en fin, "cosa de mujeres". Al cabo de varias generaciones terminamos por desconocer ese espacio de nosotros mismos por ignorar las palabras con las cuales describirlo o transmitirlo. Carecimos (y aún carecemos) de modelos propios en estos aspectos, es decir modelos transmitidos por otros varones a lo largo de nuestra formación.

El mundo emocional de los varones es el cuarto cerrado y misterioso de esta casa que es nuestro ser. Es la habitación en la que se nos prohibió entrar bajo amenaza de perder nuestra esencia y de contaminarnos con lo "femenino". Algunos hombres (cada vez más, de ninguna manera todos) ya no soportan vivir con un ala de su propio ser clausurada; rompen candados e ingresan a reconocer y recuperar ese espacio negado, oscurecido y enmohecido que les pertenece y los completa.

Muchos otros no encuentran aún ni la llave ni la ganzúa o no sienten la necesidad. A menudo es necesaria una gran crisis (afectiva, económica, laboral o de salud) para que el aire enrarecido que se acumuló en el cuarto prohibido explote. Muchos hombres pagan un precio doloroso por acceder a sus sentimientos. Y lo hacen después de años de haber pagado otro peaje alto (y no registrado ni cuestionado) por haber sido "hombres de verdad": la renuncia a su ser sensible. *Y creo que es necesario decirlo: a cambio de esa renuncia, ni padres, ni otros varones mayores y muy frecuentemente tampoco madres,*

novias, esposas o hijas dieron la recompensa de una caricia o una tregua en reconocimiento por haberlos tenido así como los querían, eficaces, seguros, protectores, certeros y fuertes.

Cuando un hombre siente que le pasa algo, que algo ocurre en ese espacio de sensibilidad, actúa según un reflejo condicionado. Antes que nada se siente urgido a resolverlo, aunque no sepa de qué se trata ni cómo hacerlo. Cuando a una mujer le pasa algo similar, *necesita hablarlo*. Si nosotros nos viéramos obligados a hablarlo no sabríamos cómo. Si las mujeres estuvieran ante la única opción de resolverlo sí o sí, muchas veces se sentirían incapaces. Aun así, creo que hoy hay más posibilidades de ver a una mujer resolviendo que a un hombre hablando. Y esto no tiene que ver con una superioridad, sino con tiempos, necesidades y evoluciones diferentes.

Lo cierto es que en muchos hombres prevalece la sensación de que cuando una mujer pregunta *¿Qué te pasa?* o cuando anuncia que "*tenemos que hablar*", lo que ella propone no es un diálogo sino un interrogatorio. Con frecuencia la pregunta *¿Qué te pasa?* parece exigir como respuesta un detallado informe de los sentimientos, los pensamientos y los estados de ánimo del varón. No me propongo entrar aquí en las razones de esta actitud femenina. Primero porque no soy mujer, segundo porque el tema de este libro es los misterios masculinos.

Una mujer que pueda empezar a escuchar de otra manera a un varón que dice *No sé* cuando la pregunta es *¿Qué te pasa?* probablemente descubra, para su sorpresa, que un hombre que calla *no calla contra ella*. Él es, en verdad, la primera

víctima de su propio silencio. El primer diálogo que cada varón tiene pendiente es consigo. Cuando recupere el diálogo con su aspecto sensible, con su mundo emocional, será más fluido el diálogo con la mujer. Aun así, seguirá siendo distinto el lenguaje del varón del de la mujer. Quizá cuando hable, ese hombre no diga lo que la mujer espera escuchar. Y ahí se abre una nueva veta de un amplio territorio a explorar: el de las diferencias que nos complementan.

De varón a mujer

Quizá sea difícil no interpretar ni prejuzgar los silencios del otro. No es fácil tomarlos como parte de su ser y de sus misterios. Y a menudo resulta casi imposible no llenar esos silencios con las propias palabras o, por el contrario, no quedar pendiente del silencio, sometida a él. Pero no es la insistencia de la mujer la que saca palabras de la boca del varón. Quizá sea más efectivo, antes de acusar al varón por su silencio, explicarle los sentimientos que ese silencio provoca en ella. Hablarle de sí misma, no de él.

Misterio 2

¿Por qué les cuesta expresar sus sentimiento?

Una frase muy repetida en tangos, películas y diálogos cotidianos dice: *"No llores como mujer lo que no supiste defender como hombre"*. Cuando una nena llora, los padres y demás mayores la confortan, no la interrumpen. Cuando un nene llora, los padres y demás mayores sienten una cierta inquietud: lo consuelan pero tratan de que se calme cuanto antes. *"Pobrecita"*, le dicen a la nena mientras la calman. *"Bueno, no llores, ya va a pasar"*, urgen con disimulo al nene mientras tratan de distraerlo.

"No llores como mujer lo que no supiste defender como hombre" es una frase lamentable, que descalifica por igual a hombres y mujeres: desprecia al hombre que sufre o que no pudo ganar y desprecia a las mujeres por su modo de expresar sentimientos. Sin embargo, los hombres hemos comprado esta idea de que hay que saber "defender" las cosas como un

hombre y las mujeres han admirado a los varones que adoptan esa actitud. A los hombres se nos ha enseñado a ocultar nuestros sentimientos como si fueran pústulas del alma. La mayoría de los varones adultos de hoy no vimos manifestar a nuestros padres su mundo emocional. Y somos hijos de madres que se sentían más tranquilas si sus hijos (varones) no eran demasiado "débiles" o "indefensos". Todavía hoy, mujeres emocionalmente maduras, que han reflexionado sobre su condición y han evolucionado respecto de sus madres, mujeres que demuestran una conciencia relativamente amplia, se preocupan si ven que sus hijos "no saben defenderse", pero creo que nunca escuché a una mamá preocupada porque *su hija* "no sabe defenderse".

Hemos nacido y crecido (todos, varones y mujeres) en una cultura machista, que lo sigue siendo, aunque use muchos maquillajes "progres". Esta cultura hace una virtud del aguante, de la fuerza, de la capacidad de *bancársela*, del coraje ciego (hoy un número creciente de mujeres *se la banca*, aguanta y va con los tapones de punta como el más duro de los hombres). Aflojar y sincerarse en un mundo impiadoso y hostil no es sólo de maricas, sino de "buchones", dicen ciertos códigos en boga. En una sociedad que desprecia a los perdedores, a los "ineficaces" y que les aplica el código del "por algo será", los varones tenemos dos grandes dificultades para expresar nuestros sentimientos:

- Una se basa en la falta de estímulos y de modelos que ya mencioné.
- La otra deriva del desigual reparto que se hizo de las emociones en una cultura que cree en lo "masculino" y

en lo "femenino" como si fueran datos genéticos y no construcciones culturales.

Creo que esta segunda circunstancia es fundamental. Por culpa de largos y trágicos malos entendidos culturales e ideológicos, la gran mayoría de las emociones humanas terminaron por ser consideradas como atributos principalmente "femeninos". Así ocurrió con el miedo, la vergüenza, la tristeza, la ternura, el dolor, etc. Ninguna mujer atemorizada, avergonzada, dolorida, triste o sufriente corre el riesgo de ser catalogada de débil, inconfiable, vacilante o *maricona*. Un hombre que manifiesta "demasiado" esas emociones, puede recibir cualquiera de aquellas calificaciones. Y no sólo de parte de otros varones, sino también de muchas mujeres. Por supuesto, el pensamiento "correcto" en este comienzo de milenio señala que todo hombre puede y debe manifestar sus emociones, que eso está muy bien y es saludable y que aquella censura responde a otras épocas. Pero una cosa es el pensamiento "correcto" (con el que tantos acordamos, y que, en el plano del discurso, nos convierte en seres perfectamente vacunados y pasteurizados) y otro plano es el de las actitudes, las vivencias concretas y los vínculos reales. Es allí donde yo suelo mirar, prefiero mirar y aconsejo mirar. Discursos y actitudes marchan a menudo por carriles diferentes y paralelos (es decir, no se tocan).

Como producto de lo real, y no de lo correcto, hay una única emoción que al hombre le está permitida sin que en ella le vaya su condición sexual: *la ira*. Un hombre con bronca está dentro de lo previsible. Un hombre enojado sigue siendo un

hombre. La testosterona no se pierde en un arranque virulento (al contrario, pareciera que se incrementara). Así hemos sido enseñados. Pero una cosa es la expresión emocional "permitida" y otra es el registro emocional interno. Los hombres sentimos dolor, congoja, ternura, pena, tristeza, angustia, cansancio, vergüenza, incertidumbre, necesidad, desconcierto, inseguridad. Lo sé por experiencia propia y por vivencias compartidas con otros hombres. Pero nuestra formación hace que cuando atravesamos cualquiera de esas emociones terminemos expresándola de una sola manera: como enojo. Si estoy triste me enojo, si estoy asustado me enojo, si estoy avergonzado me enojo, si tengo miedo me enojo. El resultado de esto suele ser un clásico reproche femenino: *"Vos siempre con tu cara de culo"*.

Hay una diferencia entre no expresar sentimientos y no sentir. Si los varones tenemos una deuda con nosotros mismos es en el primer punto y no en el segundo. Sentimos. Lo que nos debemos es una exploración sincera (individual y colectiva) de esos sentimientos, de los aceptados y de los "inaceptables", para permitir que empiecen a aflorar nuestros modos propios de manifestarlos. Cuando esto ocurra no seremos tiernos de la manera en que lo son las mujeres, ni nuestro miedo, nuestra intuición, nuestra receptividad, nuestra incertidumbre o nuestra vulnerabilidad tomarán formas de expresión "femeninas".

Las emociones no tienen sexo (y, mucho menos, género). Pero la forma de expresarlas, sí. Y los varones tenemos como asignatura pendiente (y como derecho) encontrar cuál es nuestra forma y permitírnosla. De lo contrario oscilaremos

entre el varón blindado y el hombre *light*. Lo *light*, se sabe, es algo liviano, sin peso ni consistencia, descremado. Las mismas mujeres que celebran la aparición de un varón así, son las primeras en darle la espalda con el argumento de que "este tipo no tiene sangre, no me hace sentir segura, yo necesito un hombre de verdad".

Y aquí hay otra vuelta de tuerca del malentendido. A menudo lo que las mujeres llaman "un hombre de verdad" es un macho tradicional, que pone el pecho, se la banca, no muestra grietas (sobre todo económicas) y sufre en silencio. Quizá escribir esto no me haga ganar votos, pero no soy candidato a nada. Sólo quiero vivir mejor mi vida de varón, junto a las mujeres, entre varones mejores.

Lo que observo como producto de esta arbitraria división entre *emociones* "femeninas" y *acciones* "masculinas" es que parece haber un único modo de actuar, de ejecutar: el de los varones. Y un único modo de emocionarse, de sentir: el de las mujeres. Entonces, cuando una mujer pregunta ¿por qué el hombre no expresa sus sentimientos?, su verdadera inquietud parece ser ésta: *¿por qué él no expresa sus sentimientos de la misma manera en que lo hago yo, por qué no me los demuestra en la única manera de expresión que yo entiendo y considero válida?*.

La respuesta que propongo es: hombres y mujeres somos diferentes. Los hombres hemos sido formados con un molde emocional distinto del de las mujeres. Tenemos un déficit expresivo en este aspecto que intoxica nuestras almas. Muchos de los infartos, úlceras y accidentes que todavía cobran más víctimas

entre nosotros que entre las mujeres son producto de esa intoxicación causada por sentimientos no expresados. Pero justamente porque varones y mujeres somos diferentes, cuando los hombres avancemos en la manifestación de nuestro mundo emocional pondremos sobre el escenario formas expresivas de las emociones que aún no son conocidas ni por nosotros ni por las mujeres. Y entonces, juntos, deberemos barajar y dar de nuevo.

El juego de las emociones es humano, pero cada sexo lo juega con cartas diferentes. Cuando estén todas repartidas habrá que explorar caminos de aceptación y de encuentro a partir de lo distinto.

De varón a mujer

Un hombre suele atragantarse con sus sentimientos por no haber recibido estímulo, enseñanza ni espacio para expresarlos. Darle a la ira carácter "masculino" y a todas las demás emociones identidad "femenina", no ayuda a esa expresión. Pretender que la expresión emocional del varón sea como la de la mujer, tampoco. Muchas veces, a las cuestiones de formación y educación que reprimen la comunicación emocional del varón se le suma una suerte de exhibicionismo femenino del tipo "mirá cómo soy yo, no sé por qué no podés ser así". Eso no ayuda, aleja.

Misterio 3

¿De qué hablan cuando están entre ellos?

De acuerdo con mi experiencia, la mayoría de las mujeres está segura de saber de qué hablamos los hombres entre nosotros. Creen que hablamos de mujeres: de las propias, de las ajenas, de las posibles, de las imposibles, de las deseadas, de las conseguidas, etc., etc. Sin embargo, el misterio persiste: ¿qué cosas decimos, cómo las llamamos, qué nos contamos?

Sospecho que los hombres hablamos menos de mujeres de lo que las mujeres hablan de hombres. En esto también tienen mucho que ver las creencias y los estereotipos en los que nadamos. Según éstos, las mujeres tienen permiso y estímulo para hablar de su interioridad, de sus penas y esperanzas, de sus amores y desamores, de sus ilusiones y frustraciones. En los dos primeros capítulos de este libro ofrecí mis argumentos acerca de por qué esto no es así entre los hombres. Lo cierto es que esta característica "femenina" favorece el diálogo, la comunicación, la confianza y la solidaridad entre mujeres. Esta es mi impresión como hombre.

Observo que cuando a una mujer le ocurre algo significativo en el aspecto afectivo, laboral, sentimental, profesional, familiar, etc., una suerte de red informática invisible difunde de inmediato la noticia entre todas las mujeres cercanas o vinculadas a ella. Como réplica recibe ayuda, consejos, empatía, cariño (también envidia, cuando es el caso) y una gama amplia de respuestas.

Del otro lado, cuando un hombre se divorcia, pierde el empleo, consigue un triunfo profesional, pierde a un ser querido, está por ser padre u otra serie de cosas de igual trascendencia, es muy posible y harto frecuente que sus amigos más cercanos sólo se enteren en el último minuto y a veces casi por casualidad.

Para develar rápidamente este misterio, afirmo que en una reunión de hombres lo usual es que se hable de cosas concretas, de problemas que tienen solución fáctica. Hablamos de cosas que atañen al funcionamiento de la sociedad, de la política, de los negocios, de los deportes, de la ciencia, de la técnica, pero no de nuestra interioridad. Cuando algún tema roza (y uso la palabra rozar muy a propósito) lo personal, es algo que le ocurre a otro o a otros, raramente al que habla. Nuestro lenguaje (como nuestros diálogos) expresa *pensamientos* antes que *sentimientos*. Una conversación entre varones es, habitualmente, una charla sobre temas "seguros": lo emocional queda afuera, así no hay riesgo de ablandarse, de debilitarse, de "afeminarse".

Si un hombre tiene algo íntimo que contar o que confiar duda antes de hacerlo, porque teme (supone, imagina, fantasea) que va a poner al otro ante la responsabilidad de ofrecerle una solución. "Con todos los problemas que tiene, no le voy

a caer yo encima con lo mío", se dice. Como él no encuentra solución para eso que le ocurre en su mundo emocional, piensa que el otro (su amigo) tampoco la tendrá. Y lo más probable es que, en efecto, el otro no tenga una solución y trate de salir del paso con una palmada en el hombro y una frase del estilo "no te preocupes, ya va a pasar", o "disculpame pero tengo un asunto impostergable, después te llamo y tomamos un café". Esto deja al primero con el problema y con la sensación de haber sido inoportuno, flojo, y llorón.

El resultado de esta conducta es que los varones tenemos pocos amigos con los cuales compartimos la intimidad de nuestros sentimientos y emociones. Tenemos compañeros de actividades –negocios, salidas, deportes, aventuras– pero amigos, si se entiende como tal a esa persona que es soporte emocional y afectivo empático, pocos o ninguno. Los varones cultores de la mística amiguista del folclore "masculino" acaso nieguen esto o lo consideren una "alcahueteada", pero no es eso lo que importa, sino lo que cada hombre sabe en el fondo de su corazón.

Acaso la mujer que lea esto sienta un cierto alivio: acaba de descubrir que no es que su hombre no habla *con ella* de temas íntimos. En verdad, no habla con nadie. Dos o tres o más hombres no se reúnen para hablar. La convocatoria entre los varones es, casi siempre, para *hacer* algo. Puede tratarse de trabajar, pescar, jugar al fútbol, cerrar un negocio, ir a la cancha, correr, firmar un contrato, etc. y, *mientras tanto*, hablamos. Juntarnos sólo para contemplar y relatarnos cómo va la vida, nos deja con una sensación de pérdida de tiempo, de no haber *hecho* nada.

Poner el acento en la acción no es peor ni mejor que ponerlo en la palabra. Ambas posibilidades son parte de las diferencias (algunas esenciales, otras adquiridas) que existen entre hombres y mujeres. El problema aparece cuando el divorcio con la palabra como comunicante emocional nos deja aislados y sin recursos para expresar, explorar y transformar esa parte de nuestro ser. Y también hay un problema cuando, además de aislarnos de nuestra propia interioridad, también nos desvincula de los otros, entre ellos las mujeres que nos acompañan y/o nos aman. Hay momentos muy gratos, reconfortantes, emocionantes y reparadores entre varones que no se dicen mucho entre sí pero que comparten una actividad, un logro, una situación. Son momentos que nos unen profundamente. Y como todas las circunstancias de este tipo, son especiales y únicas. El muro que nos aísla y nos empobrece surge cuando nos movemos en un registro único: ése que deja a la palabra en segundo lugar, devaluada, emasculada de su poder emocional.

Observo que en las mujeres la palabra está vinculada a la solidaridad, es un medio para unirse, compartir, compadecerse (en el sentido de compartir pasiones). En los varones la palabra está relacionada con el poder. Hablar con otro hombre de cosas en las que la palabra me exhibe débil, confundido, sufriente, desconcertado, trémulo, vulnerable, me deja en una situación de debilidad ante él (me refiero a un dato subjetivo, no objetivo). Por lo tanto es preferible que nuestras conversaciones giren en torno de aquello en lo que podemos estar en igualdad de condiciones, en control del tema: así terminamos conversando sobre el funcionamiento del mundo externo y social (política, economía, tecnología, deportes, ciencia, negocios y si es de mujeres, será de aquellas con las que no estamos, o decimos no estar, sentimentalmente involucrados).

Nuestros padres no nos contaron de su mundo emocional (amores, pasiones, vergüenzas, dolores, sueños íntimos, celos, odios, fantasías) ni nos preguntaron por el nuestro. No nos atrevimos a contarles (por sospechar que no eran temas de hombres) ni a preguntarles. Y acaso así aprendimos a construir las barreras que nos separarían después de otros varones y los muros que nos dejarían encerrados en nuestra caparazón. Los varones nos debemos la recuperación afectiva de la palabra.

De varón a mujer

Cuando una mujer cree que un hombre calla contra ella o que las conversaciones entre hombres son ricas en temas íntimos que involucran a las mujeres pero las dejan afuera, esa mujer ejerce un prejuicio que, a la larga, puede profundizar las brechas entre ella y el hombre. Quizá las mujeres hablan mucho –a calzón quitado y a corazón abierto– de hombres, y por lo tanto sospechan que los hombres hacemos lo mismo. Pero hablamos menos de mujeres de lo que ellas sospechan y nuestras conversaciones sobre el tema son pobres porque no incluyen nuestros sentimientos profundos e íntimos sobre las mujeres. Las mujeres y los varones somos distintos. Quizá comprender esto sin intención de modificarlo ayude a vivir menos pendiente del otro, de lo que el otro dice o hace, y nos conduzca a nuevos modos de complementación.

Misterio 4

¿Por qué no cuentan cosas de su trabajo?

Quizá cuando una mujer le pregunta a un hombre, al final del día, *¿cómo te fue?* espera una respuesta parecida a ésta: "Tuve un día pesado, pero me siento satisfecho de cómo actué en una situación conflictiva con Fulano, además veo buenas perspectivas para concretar ese proyecto que conocés y que es mi sueño, y del que ahora me gustaría que habláramos mientras tomamos una copa de vino. Además, te extrañé, pensé mucho en vos y no veía la hora de llegar a casa para hablar, contarte, escucharte y preguntarte".

Acaso cuando una mujer, en el crepúsculo de la jornada, pregunta *¿tuviste mucho trabajo?* ansíe escuchar estas palabras de boca del hombre: "Sí, tuve mucho trabajo, pero lo hice con satisfacción, porque pensé en todo momento en nosotros, en que gracias a esto vamos a hacer el viaje (o cambiar la casa, etc.), así que me sentí espiritualmente gratificado. Además te quiero contar un par de chismes sobre dos personas de la

oficina (o del estudio, el hospital, la fábrica, el consultorio, etc.) que vos conocés".

Lo más común es que ninguna de esas dos respuestas se produzcan.

Por fin, cuando en el encuentro diario, al final del día laboral, una mujer pregunta a un hombre *¿cómo estás?*, es muy posible que prepare sus oídos para una respuesta así: "Siento unas ganas enormes de estar con vos, de que nos mimemos y nos amemos; aparte de eso estoy un poco triste porque veo a mi viejo mal y estoy movilizado por algunas cosas que percibo que me están pasando con los chicos y con algunos amigos. Necesito que hablemos de esto".

Y tampoco, en general, son cosas así las que escuchan las mujeres.

Cuando una mujer y un hombre viven juntos, o cuando en su relación hay un contacto cotidiano, el final del día es el momento del reencuentro, el comienzo de la intimidad. En teoría. En la vivencia real, sin embargo, suele ocurrir con frecuencia que ese tiempo esté teñido por una cierta frustración de ella y un cierto agobio de él.

Escucho a mujeres quejarse "porque no nos vemos en todo el día y cuando al fin podemos estar juntos, él se convierte en un extraño, se cierra como una ostra, le molestan mis preguntas, cuando yo lo único que hago es demostrar interés por sus cosas, por su trabajo. Lo que trato de hacer es iniciar una conversación".

Un hombre que regresa de su trabajo (sea cual fuere) vuelve, en general, del campo de batalla. Durante una larga

jornada de fuego cruzado tuvo que socorrer a compañeros heridos (por un despido, por un cheque rechazado, por una sanción, por una movida de piso, por un contrato que se cayó, etc., etc.) y ha visto sucumbir a otros. Debió defender su propia trinchera e ingeniarse para tomar por asalto alguna posición ajena. Sufrió ataques por sorpresa, hubo provisiones que no llegaron, peleó con armas obsoletas, cayó en emboscadas, tuvo que sacrificar parte de su tropa (o fue sacrificado él) y debió cumplir, a veces de acuerdo a veces sin quererlo, con las leyes de la selva, sin piedad y sin reglas. Los hombres hemos sido preparados para ser competidores eficaces, ganadores impiadosos. Las mujeres que ahora circulan por el mundo laboral saben de lo que hablo, porque al mismo tiempo que ganaron espacios y derechos también cayeron bajo las generales de la ley.

Los varones nos referimos habitualmente al trabajo con sinónimos como *yugo, picadora de carne, campo de batalla, frente, selva, matadero, trinchera*. Muchos hombres dicen: *"Cuando salís de tu casa entrás en Vietnam"*. Como víctimas o victimarios, el mundo del trabajo es el espacio en el cual los varones solemos atravesar situaciones espiritualmente miserables. Es el lugar en donde, por lo común, no encontramos espacio para expresar nuestros aspectos más fecundos y creativos y en donde se nos exige (el entorno se encarga de hacerlo) que ocultemos debilidades e imposibilidades y que desenvainemos nuestra capacidad de pasar por sobre el otro. Las estructuras laborales (fábricas, empresas, organizaciones, etc.) se ordenan con un diseño militar, vertical y jerárquico, y

hasta hay uniformes (trajes grises o azules, camisas celestes o de rayas, con cuellos blancos, guardapolvos, ropas de fajina). He escuchado a muchos hombres que atravesaban situaciones de crisis personal (divorcios, rupturas, crisis con sus hijos, pérdida de seres queridos) referirse al ámbito laboral de este modo: "Con esos tipos no puedo hablar, o sólo se puede hablar de fútbol, de minas o de boludeces" (se lo escuché a gerentes, empleados, comerciantes, profesionales). Y es dramático imaginarse a cada varón pensando lo mismo mientras atraviesa solitario un momento crítico de su vida.

Para la mayoría de los varones, hoy y aquí, el mundo del trabajo es el lugar en el que, según sea su eficacia como productores, podrán revalidar o no su condición de proveedores. Un hombre contemporáneo (y cada vez más mujeres) es, visto bajo la lupa laboral, una unidad de producción, de consumo y de reproducción de un modo de vida y de relación.

Cuando un soldado sobrevive a una nueva jornada de esta batalla y regresa a la retaguardia para gozar de un franco de pocas horas, no quiere hablar de lo que vio, de lo que vivió, de lo que hizo ni de lo que le espera. Responder a preguntas sobre su trabajo es volver al lugar del que acaba de salir agobiado y sobreviviente.

Sé muy bien que el trabajo tampoco es una fiesta para las mujeres. Pero creo que hay una diferencia en el origen de la cuestión: para ellas, además de una necesidad real y creciente, el trabajo es *una conquista*. Para los varones, desde casi siempre, el trabajo es *una obligación* sin posibilidad ni derecho de elección. El mandato que reza "ganarás el pan con el sudor

de tu frente" está destinado a nosotros; la obligación de las mujeres es "parir con dolor". Así, en mi opinión, una mujer quiere hablar de su trabajo porque, aunque tenga quejas y motivos de insatisfacción, está refiriéndose a un espacio reivindicado. Para un hombre hablar de eso es seguir prisionero de una condición que lo limita.

¿Pero acaso los varones no hablan de trabajo y trabajo y trabajo entre sí, cuando están a solas, en reuniones sociales, etc.? ¿Por qué, entonces, no pueden hablar con las mujeres, con su mujer? La respuesta a la primera pregunta es sí. Pero que los hombres entre sí hablen casi únicamente de trabajo no obedece a un deseo o necesidad, sino a la imposibilidad de hablar de otras cosas. El trabajo (concebido sólo desde su costado productivo y casi nunca desde el enfoque fecundo, creativo y transformador) es un tema incontaminado de aspectos emocionales e íntimos. Un hombre que sólo puede hablar de su trabajo es como una persona que sólo puede hablar de su brazo derecho y no registra la totalidad de su propio ser, ignorante de que otros miembros y órganos forman parte de él, de que *son* él.

Hasta tal punto los varones solemos estar disociados y hasta tal punto somos prisioneros de estereotipos y dualidades, que si no llevamos el tema laboral al plano de la intimidad afectiva es porque creemos que "no es un tema de mujeres", que ellas no lo entenderían.

Quizá en la medida en que los hombres aprendamos a hablar (en primer lugar entre nosotros) no sólo de lo que *hacemos* en el trabajo, sino de lo que este estilo laboral *nos*

hace como personas, podamos empezar a transformar el campo de batalla en campo de cultivo. Entonces volveremos a la retaguardia con buenas noticias y con ganas y necesidad de hablar de ellas.

De varón a mujer

Cuando un hombre no habla de su trabajo, no está, necesariamente, retaceando ingredientes a la intimidad de su pareja. La intimidad no se basa en saber todo lo del otro, sino en acompasar tiempos y espacios, necesidades y estilos en un clima de confianza. Quejarse de que un hombre no habla de su trabajo y exigirle que no abandone su rol de proveedor, es a menudo un buen ejemplo de doble mensaje. A veces un hombre que no habla o no quiere hablar de su trabajo, necesita hablar de otra cosa y no sabe cómo pedirlo.

Misterio 5

¿Por qué nunca les preocupa qué nos pasa a nosotras?

Esta es una pregunta infaltable cada vez que me toca hablar sobre hombres ante un auditorio de mujeres. Y es una pregunta omnipresente, me imagino, en el interior de muchísimas mujeres. Percibo en el interrogante un dejo de dolor, como si ellas dijeran: *"Nos preocupamos por ellos, los escuchamos, tratamos de hacerlos sentir bien, somos sensibles a sus necesidades, ¿tanto les cuesta preguntar cómo nos fue, qué nos pasa, qué sentimos? ¿No se dan cuenta de que necesitamos ese tipo de atención?"*.

La respuesta es sí (a los hombres nos cuesta preguntar eso que las mujeres piden) y no (habitualmente no nos damos cuenta de que lo necesitan). Detrás de esto hay dos tipos de miedo que pocos hombres confiesan y de los que poquísimos tienen conciencia. Pero están. Uno es el *miedo a no saber*. El otro es el *miedo a saber*.

Señalo, otra vez, que el territorio de las emociones, de los sentimientos, de las sensaciones íntimas es un campo poco conocido

del varón. No porque carezca de ese espacio, sino porque no ha recibido ni estímulos ni modelos ni permisos (de sus pares, de sus hombres mayores) para entrar en él, explorarlo y expresarlo. Cuando el temor, la ansiedad, la inseguridad, la tristeza, la duda o la angustia se instalan en un varón, él apela de inmediato a la disociación o algún otro tipo de anestesia psicológica. No sabe el nombre de esas emociones, les teme, teme lo que puedan hacer de su "masculinidad" y, por supuesto, no sabe qué hacer con ellas.

El espacio espiritual en donde las emociones se manifiestan ha sido siempre una región "femenina", por lo tanto misteriosa, incomprensible, sospechosa y peligrosa para los varones. Las emociones están amasadas con una materia abstracta, evanescente, difícil de definir y, mucho menos, de controlar. Si esto le ocurre a un hombre con su propio material emocional, traten de imaginar las dimensiones del desconcierto cuando la afectada es una mujer: sobre todo la de él.

Muchos hombres ven y muchos hombres *se dan cuenta* (digo esto y contradigo mi respuesta inicial). Y tienen miedo de preguntar. Temen recibir como respuesta algo que no sabrán resolver. O que se trate de una larga confesión frente a la cual deberán permanecer *pasivos*. O que les pidan que se comprometan a algo que no saben si podrán *cumplir*. Temen, además, que a partir de la pregunta se produzca una situación en la que ellos se vean obligados a *abrir*, en reciprocidad, su corazón. Temen un pedido que no pase por lo material y ejecutivo y que no puedan *satisfacer*. Así como se atreverían a internarse en espacios desconocidos del mundo externo, les asusta lo desconocido del mundo interno (más aún lo interno "femenino").

A los varones no se nos enseñó ni se nos autorizó a no tener respuestas. Quizá todo lo que una mujer quiere es que el hombre le pregunte, la escuche, calle y la acompañe. Pero los varones desconocemos la vivencia de la escucha receptiva, que no se convierte en un inmediato consejo o en una solución instantánea. *"¿Para qué me preguntás si después no hacés lo que te digo?"*, se quejan algunos varones sin darse cuenta que sólo se les pedía escuchar, no aconsejar. Es que los hombres trasladamos a este aspecto del vínculo con las mujeres una característica del vínculo intervaronil. Tampoco entre nosotros nos preguntamos por el estado del alma, preferimos los territorios en donde podemos aconsejar, solucionar o resolver algo de lo que al otro le pasa.

Esto es el *miedo a no saber*: a no saber resolver, a no tener la respuesta, a no satisfacer, a no cumplir, a fallar. *"No me fallés"*. *"No te puedo fallar"*. *"Nunca te fallé"*. Frases clásicas, –agobiantes, asfixiantes– del lenguaje varonil. Frases que ocultan los costos –emocionales, físicos, psíquicos– de esa supuesta "virtud". Lo que nos falta aprender es que cuando no se puede se *falla,* y que cuando no se tienen respuestas se *calla*, y que no se es menos varón por eso.

El *miedo a saber*, por su parte, es el pavor a enterarnos de que somos culpables del estado de ánimo de nuestra mujer. Y esto no es más que una expresión de un temor profundamente instalado en el alma de los varones: *el miedo de los hombres a la ira de las mujeres*.

La gran mayoría de los varones adultos de hoy crecimos con una única referencia emocional y sentimental: la "femenina". Primero nuestra madre, después tías, hermanas, maestras, amigas, novias, abuelas, esposas, amantes, etc. Para la alimentación,

los mimos, el consuelo y demás dependimos desde el principio de nuestras mamás. De ellas también dependimos en materia de recompensas y de castigos paternos (según fuera nuestro comportamiento con ellas, así sería su estado de ánimo y también el relato que hicieran a nuestros padres cuando ellos regresaran de su misión productiva y proveedora, el trabajo). No hacer renegar a mamá, no enojarla, no hacerla sufrir era muy valioso y nos hizo muy perceptivos de esos estados anímicos. Crecimos temiendo provocar el sufrimiento o la ira de mamá (y, en cierto modo, chantajeados por las "santas madrecitas").

Cuando nos "hacemos hombres" disimulamos el enraizado temor a la ira de la mujer bajo las corazas del estereotipo del varón "bien puesto". Pero pocos hombres escapan al miedo, consciente o inconsciente, a las caras largas, a las tristezas o a los malos humores de las mujeres. Muchas de las actitudes controladoras o evasivas hacia ellas tienen su origen, creo, en aquella matriz instalada en buena medida gracias a la ausencia emocional de nuestros padres, en parte impedidos de participar íntimamente en nuestra crianza por la dinámica del modelo familiar y en parte desertores por comodidad.

Aquella impronta impuesta en la relación con mamá se activa en los vínculos con las mujeres de nuestra vida adulta. No pregunto, entonces, por miedo (real o imaginario, fundado o infundado) a enterarme de que estás mal (triste, enojada, dolida, etc.) por "mi" culpa.

Es necesario un delicado trabajo consigo mismo para salir de ese círculo vicioso. Los hombres nos debemos aún un proceso de ruptura del cordón umbilical que nos une a una Mujer-Madre mítica, omnipresente. Ese cordón nos empaña la

mirada sobre la mujer-persona que está frente a nosotros. Por otro lado las mismas mujeres que se quejan de que los hombres las ven como madres o de que son como chicos, no vacilan en tratarlos como hijos. Se trata, me imagino, de su propio encarcelamiento en el mito de la "sagrada" maternidad. Es cierto que los varones tenemos que aprender a dejar de ser hijos. Y, en simultáneo, acaso a las mujeres les quede el aprendizaje de no ser siempre madres (más allá del hecho biológico, creo que esto no tiene que ver con parir o no parir).

De varón a mujer

Muchas veces la falta de preocupación del varón por el estado de ánimo de la mujer se convierte en disparador de un conflicto porque choca con una expectativa frustrada de ella: "Si él me quisiera, si yo le importara como él me importa, se daría cuenta de lo que me pasa, me preguntaría". Esto instala en el vínculo la "lectura de mente", que no es más que una exigencia silenciosa o un juego de azar. Puestos a adivinar la mente, podemos llegar a cualquier lado. El amor no nos hace telépatas. Es más desintoxicante, creo, decir "Necesito contarte algo que me pasa, necesito que me escuches, nada más que eso, sólo que me escuches". Eso elimina exigencias, tranquiliza, estimula una actitud solidaria. Si lo que viene después es un reproche largamente macerado o una exigencia incumplible, entramos en otro terreno, el del desencuentro tan conocido.

Misterio 6

¿Por qué hablan más de sus éxitos que de sus fracasos?

Hay una palabra que, pronunciada frente a un varón, causa el mismo efecto que una cruz de plata ante Drácula: *fracaso*. Es la más temida del vocabulario "masculino" al punto de casi no figurar en él. Ni ella ni muchas de sus primas hermanas, como derrota, imposibilidad, carencia, insuficiencia, ineficacia o caída.

La identidad del varón se forja, desde chico, con base en lo que hace, en lo que produce, en lo que tiene, en lo que puede mostrar. Tiene que hacerlo porque se lo exigen sus pares, sus mayores, sus mujeres. Y si no lo hacen explícitamente, él cree que eso es lo que se espera de sí. No es fácil crecer como varón. Nos crían, principalmente, mujeres (mamás, maestras, abuelas, tías, etc.) que nos muestran modelos de comportamiento "femeninos" mientras esperan de nosotros que seamos buenos hombrecitos.

Escuchamos decir a las mujeres que nos crían que las nenas son más dóciles, más limpias, más colaboradoras, más compañeras, etc., etc. Y no tenemos modelos de varones que habiliten y autoricen nuestro modo natural de ser, aunque nos exijan, así sea sin palabras, cumplir con un estereotipo. A un varón que crece le resulta difícil saber de verdad qué hacer con sus impulsos, con su naturaleza y con las contradictorias expectativas ajenas. Lo que hace es elegir una identidad-máscara social y crece aferrado a ella mientras huye de las incertidumbres y de las dudas. Ellas debilitan. La debilidad abre las puertas del fracaso. El alma de un varón está habitado por estos fantasmas. Son fantasmas, sí. Pero los hay.

Lo que un varón sabe es que en la vida no puede perder. Que perder equivale a ser aplastado por la manada que no se detiene. Hay que ganar: en los deportes, en los negocios, en la guerra, en la política, en el sexo, en donde sea. Si se pierde (porque en la vida, en fin, se gana y se pierde...y se empata), lo mejor es que no se sepa, que no se note, que no se hable de eso.

Muchas veces, al decir esto, he recibido como respuesta (de mujeres y de algunos hombres que querían caerles en gracia a ellas) que se trata de una exageración, que los tiempos cambiaron, que nadie exige estas cosas hoy y que, al contrario, al varón se le abren espacios para que admita sus debilidades y carencias. No se trata de admitir, nadie (ni varón ni mujer) tiene por qué "admitir" como una contravención, como un delito o como una insuficiencia aquello que no sabe, que no puede, que no siente, que no quiere, aquello que, en definitiva, es parte de su naturaleza. Muchas de las mujeres que hablan

de "admitir" muestran síntomas de inquietud, ansiedad e impaciencia cuando el hombre que está al lado de ellas muestra (admitiéndolo o no) flaquezas en sus roles de protector, de proveedor o de productor. Un discurso voluntarista no basta para cambiar, en esencia y profundidad, cientos de años de conductas estereotipadas. Esto vale para unos y para otras.

Cuando un varón habla de sus fracasos, muestra dónde está su vulnerabilidad. Señala las fisuras que otro puede aprovechar para herirlo, para vencerlo, para dejarlo en inferioridad de condiciones. Así como cuando habla de sus éxitos hace una exhibición de fuerza, de potencia, de empuje. Marca su territorio. Se siente aprobado por un coro invisible (pero muy influyente) de hombres presentes y pasados.

En la vivencia de un varón nunca se deja de dar pruebas, de rendir exámenes, de enfrentar batallas. Cuando escribo vivencia me refiero a lo que el hombre siente en su vida cotidiana, real, no a cómo son "objetivamente" las cosas. *Un hombre nunca queda aprobado como tal de una vez y para siempre*. El ciclo es recurrente: en algún rincón de su intimidad cada varón siente que jamás termina de hacerse hombre. Al menos mientras no rompe la cerradura del estereotipo y sale de esa jaula.

Otra razón que ahuyenta al fracaso de nuestro vocabulario es el temor a que el relato de un revés sea interpretado como un pedido de ayuda. Cuando alguien nos cuenta a nosotros de un malogro, nos sentimos inmediatamente compelidos a resolver, aconsejar, solucionar, componer, ordenar, etc. Es lo que (imaginamos) se espera de un hombre. Y es lo que (creemos)

un hombre *debe* saber hacer. Por lo tanto estamos convencidos de que al hablarle a otra persona de un descalabro propio la estaremos impulsando a darnos ayuda y soluciones. Con lo cual (pensamos) no sólo demostramos nuestra incapacidad, sino que nos convertimos en una carga. Es decir, en varones fallidos. Un pensamiento común a muchos hombres que atraviesan momentos de dolor, de incertidumbre, de necesidad es: "con los problemas que tiene Fulano cómo le voy a caer yo con lo mío". Consecuencia: el silencio. Segunda consecuencia: el aislamiento. Tercera consecuencia: el ocultamiento del fracaso. Conclusión: de eso no se habla.

El *deber* de triunfar, excluye el *derecho* de fallar. Así se escribe la ley "masculina", bajo la cual nos hacemos hombres. De esa manera nos perdemos la posibilidad de comprobar el poderoso valor terapéutico de la escucha. Porque olvidamos (o no sabemos) que nadie está obligado a tener una solución para nuestro fracaso o problema. Aquel que nos quiere puede, sí, escucharnos. Sólo eso, sin hacer nada más (algo que, a nuestra vez, no solemos practicar).

Cuando comprobemos que sí podemos hablar de un fracaso y que el sólo hecho de ser escuchados alivia de una manera sensible y profunda nuestro dolor, quizá habremos aprendido algo trascendente. Muchas veces resulta sanador el relato de un fracaso y muchas otras nos enferma la obligación de sostener contra viento y marea la narración agobiante de nuestros éxitos (reales o imaginados). Es un aprendizaje que los varones nos debemos en primer lugar a nosotros, y la autorización no viene de afuera (de una mujer que la da) sino de adentro.

Esta autorización es una de las tantas asignaturas pendientes que tenemos con nosotros mismos y de la que nos debemos ciertas conversaciones de hombre a hombre

De varón a mujer

Por nuestra formación –en la que participan también mujeres en roles fundacionales– los varones *somos lo que hacemos*. Cuando no hacemos no somos. Cuando hacemos mal, somos mal hechos. Dentro de esta concepción, *fracasar es no existir*. Sentimos, por lo tanto, que no podemos dejar de "ser" ante nuestros competidores reales o imaginarios (los otros hombres) ni frente a las mujeres, objeto de nuestra conquista. Así es como el aprendizaje que nos lleve a incorporar los reveses como partes de la vida y de la conversación es una asignatura emocional que tenemos pendiente. En la medida en que la cubramos, es posible que las mujeres se vean ante la necesidad de emprender un propio proceso: el de aprender a escuchar el relato masculino sin cuestionarlo. Porque una cosa es alentar ese relato y otra es aceptarlo. Y aceptar que, en el caso de una pareja, la consecuencia puede ser la revisión conjunta de ciertos roles y de cierto vínculo estereotipado. *No siempre lo que un hombre cuenta es lo que una mujer quiere escuchar*. Por lo demás, muchos hombres se aferran a sus éxitos, halagados por mujeres que se sienten seguras cuando están con "triunfadores".

Misterio 7

¿Por qué no se expresan su cariño entre ellos?

Con sólo variar la inflexión o el tono de la voz, y según los gestos y ademanes con que los acompañe, un varón puede usar las mismas palabras como expresión de bronca, de impotencia, de desafío, de admiración, de complicidad, de cariño. Eso ocurre con palabras como *turro, gil, boludo, hinchapelotas, hijo de puta*, etc. Las mismas que usamos para herir a un enemigo, se convierten en aquellas con las que acariciamos verbalmente a un amigo o compañero.

Lo mismo ocurre con nuestras manos. El puño que golpea a otra persona o que se estrella contra una pared o una puerta en momentos de rabia o desazón, se transforma, abierto, en la palma que cae sobre un hombro, una espalda o una cabeza cuando queremos dar a otro hombre una señal de cariño, de solidaridad o de comprensión.

Aquello que nos constituye (cuerpo, espíritu, mente, inteligencia, palabras, emociones) ha sido puesto, en el caso de los varones, al servicio de la productividad, de la lucha contra los peligros (reales) del contexto y contra los (imaginarios) del contacto afectivo y de la intimidad. Una constante de nuestras historias individuales es la escasez de expresiones concretas de cariño y de amor recibidas de otro hombre. No digo afecto, no digo solidaridad, no digo compañerismo, digo **amor**, un amor que no oculte su nombre. Las palabras amorosas que recibimos provinieron habitualmente de nuestras madres y de otras mujeres (maestras, novias, amigas, amantes, etc.).

Fuimos receptores de frases amorosas *intergenéricas* (de mujer a hombre), pero nuestra experiencia no registra, en general, la misma experiencia en el orden *intragenérico* (de varón a varón). Aceptamos que esto es natural entre las mujeres y asumimos que, después de todo, es "cosa de minas". No se nos cruza por la cabeza la idea de que dos mujeres que se hablan con cariño o tienen un contacto corporal afectuoso son homosexuales (aunque, en verdad, a muchos varones esas escenas los inquietan). Sin embargo, no nos relajamos lo suficiente como para imitarlas. Cuando un impulso profundamente cariñoso, amoroso, surge desde nosotros hacia otros hombres, inmediatamente lo "traducimos" a alguna de esas palabras que, en otras circunstancias, serían hirientes. El mismo mecanismo convierte a una caricia en un zarpazo.

Esto cambia un poco cuando los hombres adultos de hoy nos vinculamos con nuestros hijos. Con bastante frecuencia podemos decirles a ellos cosas que nuestros padres no nos

dijeron: *te quiero, sos hermoso, me gusta como sos, dame un abrazo, dame un beso, tengo ganas de besarte, te extrañé, me gusta que me acompañes,* etc. Buena parte de este espíritu transformador se pierde, sin embargo, cuando nuestros hijos se convierten en adolescentes y, todavía más, cuando percibimos que esa carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre es ya un hombre. *Ya podemos, muchos de nosotros, decirle palabras de amor a un chico, pero aún nos cuesta expresárselas a otro hombre*. Nos debemos la experiencia de tratar a otro hombre con cariño explícito y manifiesto para comprobar que eso no nos debilita ni nos hace sospechosos. La vivencia (que tantas veces he compartido en experiencias grupales y en vínculos individuales) tiene el efecto de entibiarnos el corazón con el calor de una energía que nos es propia y está en nosotros para nutrirnos.

Ese es uno de los aprendizajes más difíciles, lentos y conmovedores para un varón. Para decirle a otro hombre que lo quiero (que lo quiero con el corazón, de hombre a hombre, con amor viril) sin tener que llamarlo turro, hijo de puta, boludo o lo que fuera, necesito cargar a mi palabra de una energía amorosa capaz de atravesar un muro de prejuicios, de prohibiciones arcaicas, de silencios oscuros, de temores atávicos. Cuando esas palabras asoman en mis labios, cuando mi mano palpa su barba o acaricia su hombro duro o su pecho peludo sin tener que golpearlo, no solo lo alcanzo a él sino a una parte perdida de mí. Estoy convencido de que cuando los hombres podamos decirnos entre nosotros palabras de amor, habremos alcanzado un grado superior y sagrado de la hombría.

El mejor lugar para aprender esto es la vida cotidiana, en plena paz, no la trinchera. No es necesario estar al borde de la muerte, ni velando a un padre o a un amigo querido, ni golpeados con brutalidad por un dolor excepcional. Cuando mejor pronunciemos palabras de amor, mejor escucharemos las que nos dicen.

De varón a mujer

La experiencia de mujeres y varones en el uso de las palabras es muy diferente aunque ambos usemos el mismo idioma. Nuestro uso de la palabra es efectivo, el de ellas es afectivo: una profunda diferencia, difícil de comprender sin la vivencia. La manera de estrechar esta diferencia no es, para una mujer, hablar "como un hombre" cuando entra en espacios "masculinos". Veo, con preocupación, que esta tendencia se acentúa, como si reivindicar espacios fuera, para muchas mujeres, "masculinizar" su lenguaje, convertirlo en una herramienta o en una coraza. En verdad, lo mejor que puede pasar, creo, es que las palabras de amor pronunciadas por las mujeres sigan repiqueteando sobre nosotros, los varones, hasta que caigan nuestras corazas.

Misterio 8

¿Qué esperan de las mujeres?

A los hombres se nos transmitió, por diferentes vías, una expectativa que cultivamos desde pequeños. Lo que debíamos esperar de una mujer era que nos cuidara, que nos admirara, que se hiciera cargo de nuestras retaguardias emocionales, de las domésticas, de las familiares y cotidianas. Que nos hiciera sentir orgullosos ante los demás (sobre todo ante los demás hombres), que nos escoltara sin interponerse, que no hurgara en nuestras zonas débiles, que alejara de nosotros las incertidumbres espirituales. Que acompañara nuestro deseo, que no nos impusiera el suyo. Que supiera leer nuestros gestos y nuestros pensamientos sin exigirnos que los explicitemos. Que no nos cuestionara, que hiciera silencios prudentes ante nuestros errores y que fuera la vocera más entusiasta de nuestros éxitos. Que nos recordara, en fin, nuestra condición de príncipes cada vez que nos sintiéramos sapos.

Me imagino que cualquier mujer que lea esto se sentirá abrumada. La comprendo. Y le pediría que, si puede, se imagine en el lugar de un hombre, del que se espera que sea proveedor, seguro, protector, fuerte, firme, generoso, contenedor, tierno, ingenioso, dispuesto, fuerte, exitoso, oportuno, discreto, certero, inteligente, ejecutivo, conocedor, agudo, valiente, aguantador, etc., etc. ¿No es igualmente abrumador? Son dos caras de una misma moneda: la de los estereotipos "femenino" y "masculino". Varones y mujeres tenemos grabados esos mandamientos bajo la forma de expectativas sobre nosotros mismos y sobre el otro.

También imagino los argumentos contrarios a la descripción que acabo de hacer. Según ellos, los tiempos han cambiado y ahora los hombres esperamos de una mujer que sea nuestra igual. Un par, pareja en el sentido estricto del término. Sin embargo, en mi opinión esto es más una manifestación de voluntarismo que una descripción de la realidad. La dinámica real y cotidiana de los vínculos entre hombres y mujeres, aquí y ahora, sugiere que los discursos cambiaron con más velocidad que las actitudes. Abundan encuestas (en revistas femeninas, en la radio, en programas de televisión, en los diarios) acerca de, por ejemplo, ¿qué tipo de mujer quieren los hombres?. Y en ellas tienen prioridad las respuestas de los varones que dicen preferir a las mujeres independientes, con vida propia, que manejan su propio dinero, sus propias decisiones, su propio tiempo, que tienen pensamiento autónomo, etc. etc. Cuando esos mismos hombres establecen una pareja lo hacen con una mujer que se parece más a la mamá de ellos que a la mujer

descrita. Y, si no, intentan moderar a aquella "independiente y autónoma" para ponerla en un lugar donde no esté fuera de su control. En los momentos de las elecciones afectivas los viejos mandatos tienen una vigencia más arraigada y vigente de lo que estamos dispuestos a creer y aceptar. Sé que esta afirmación puede generar bronca en muchos varones, pero insisto en ella porque creo que dejar pasar las actitudes reales equivale a quedarnos en el "verso" de un cambio que en nada modifica, sobre todo, nuestras vidas ni nuestros vínculos.

En síntesis, creo que los hombres esperamos de las mujeres que ellas cubran los agujeros que nuestra formación genera. Es decir, que nos provean de todo aquello que hemos postergado, mutilado o alejado de nuestro ser por considerarlo "femenino".

Más allá de esta respuesta, tengo la impresión de que cuando las mujeres preguntan *¿qué esperan los hombres de nosotras?*, hay otra pregunta detrás: *¿qué debería hacer o tener una mujer para agradar o satisfacer a un hombre?*

Estas son expectativas de género y se formulan de género a género, no de persona a persona. Cuando me pregunto qué deseo de "las" mujeres, empiezo a olvidar a la mujer que está a mi lado. Ella comparte muchas características y afinidades con las de su sexo, pero es un ser único, inédito, irremplazable. Lo que espero de ella, sólo lo espero de ella, lo que siento en presencia de ella, lo que a su lado se dispara en mí, tiene que ver sólo con ella. Cuando centro mi atención en su presencia, el concepto "las mujeres" empieza a ser una fórmula lejana, una referencia vacía. En su lugar aparece *la* mujer, *esta* mujer.

Y yo dejo de ser "los hombres", mis expectativas, necesidades y posibilidades empiezan a depender menos de mi "género" que de mi ser.

¿De qué sirve saber qué esperan "los hombres" cuando una mujer está ante *un* varón? ¿Esa pregunta no empaña la mirada, no la desenfoca de ese hombre único que está ahí? Cuando el varón deja de esperar lo que un hombre "debe" esperar de "las" mujeres, empieza a ser capaz de aparecer como un hombre singular ante ella, su compañera. Y lo mismo ocurre, creo, al revés.

Esta cuestión despierta en mí, a su vez, una serie de preguntas:

- *¿por qué es tan importante para las mujeres saber qué esperamos los hombres de ellas?*
- *¿están dispuestas a modificar su forma de ser para satisfacer las expectativas "masculinas"?*
- *¿saber qué esperamos los hombres las hace sentir más seguras?*

De todas maneras, los primeros que tenemos que poner en claro qué queremos y esperamos (no sólo de las mujeres) somos los varones. En mi opinión, tendemos a confundir con frecuencia lo que *debemos* querer, lo que se supone que un hombre *tiene* que esperar, con lo que **de veras** esperamos. Y esa indagación, que comienza con una pregunta simple (¿qué necesito?) no es sencilla. La pregunta es un disparador que puede iluminar aspectos no suficientemente atendidos de nuestra interioridad y transformar nuestros enfoques sobre aspectos centrales de las propias existencias.

Cuanto más familiarizado estoy con mis expectativas esenciales y auténticas (no las impuestas ni las importadas) más precisa y personal será mi expectación respecto de cada persona en particular y especialmente de *una* mujer, la que está en el presente de mi vida. Y ella también lo recibirá así.

De varón a mujer

Lo que "los" hombres esperamos de "las" mujeres configura una lista de demandas estereotipadas. Esa lista incluye ser cuidado, atendido, admirado, no ser cuestionado... ¿es necesario seguir? Con mayor o menor sutileza, según el hombre que las exprese, estas expectativas recorren al género "masculino" de arriba a abajo y a todo lo ancho, plural y democráticamente. No creo que esto genere agrado en una mujer a esta altura de la civilización. Creo que las cosas pueden cambiar cuando se pasa del plano genérico al individual. Cuando "los" hombres se transforman en *un* hombre, en *ese* varón. Es posible llegar a conocer esas expectativas encarnadas en un ser único cuando se construye una espacio de intimidad junto con él. Esa intimidad permite que el vínculo pueda nutrirse de otras características, que no pasen por estar al servicio de las expectativas del otro.

Misterio 9

¿Por qué después de una cita dicen que llamarán y no llaman?

Por lo que he escuchado de muchas mujeres, la promesa *"Te llamo"*, emitida por un varón, desata en ellas sensaciones tan opuestas como el desasosiego y la esperanza. De acuerdo con la ansiedad o la paciencia, la obsesión o la serenidad del caso, *"Te llamo"* puede significar, según parece: a) todo va bien y volveremos a vernos, b) no le intereso y no se atreve a decírmelo; c) le gusta jugar a las sorpresas; d) necesita seguir su propio ritmo; e) quiere tener el control; f), g) y las demás letras pueden enumerarse según cada mujer. La mayoría de las mujeres que consulté afirman que cuando un hombre pronuncia las dos palabras trágicas, está anunciando de alguna manera su desaparición. ¿Caído en acción? ¿Secuestrado por una ex? ¿Víctima de un encuentro de tercer tipo con alienígenas? ¿Evaporado en viaje de negocios? ¿Requerido por el llamado culpógeno de sus hijos a los que ve poco? ¿Arrepentido? ¿Internado de urgencia? Nunca se sabe.

¿Qué hacen las mujeres?, pregunté. Parece que primero se interrogan, que luego dudan de sí mismas ("¿en qué me equivoqué?"), que después se deprimen, que más tarde buscan maneras de apuntalar su autoestima herida, que a continuación se sumergen en la bronca y llegan a una amarga conclusión: todos los tipos son iguales.

Hay un relato que escuché de muchos congéneres y que yo mismo puedo avalar. Están solteros o recién separados, conocen a una mujer que les gusta, empiezan a salir con ella (ella es también soltera o viene también de algún divorcio). La pasan bien, se van conociendo de a poco, transitan el puente colgante que va de imaginar al otro a empezar a registrarlo tal como es (este es un puente que no todas las personas cruzan y que no todas cruzan al mismo ritmo). La relación es divertida, cada vez más cómoda, empiezan a haber gestos y actitudes de cariño, se da una buena alquimia sexual. Un día al despertar, juntos (o una noche antes de dormirse en compañía el uno del otro), entre mimos, ella pregunta *"¿Te gustaría que viviéramos juntos?"*.

En un alto porcentaje de casos ése es un momento en el que un varón huye. Yo creo registrar dos actitudes distintas en el inicio de una relación: la energía que una mujer pone en ese comienzo está orientada a la concreción de algo duradero, sólido, trascendente, mientras que un hombre se plantea ver "qué pasa". Es curioso; habitualmente las mujeres tienen un registro más puntual de sus emociones y sensaciones que los varones, parecen más atentas a su acontecer interno. Sin embargo en esta situación son los varones quienes parecen más

atentos al aquí y ahora, al "cómo me siento". Mientras ellas tienden a ir de esa parte que es una cita al todo que significa una relación sólidamente establecida, nosotros nos inclinamos al modelo "parte por parte". Cuando no hay una llamada, cuando la cita no empieza a convertirse en algo trascendente, me parece que las mujeres sienten que han perdido el tiempo. No es lo que ocurre con los varones. Menciono tendencias, no verdades generales y absolutas. Y no olvido que estas tendencias son producto de creencias, mitos y mandatos inculcados en unos y otras.

Esas creencias, sutilmente inoculadas, convencieron a las mujeres de que sin la presencia de un varón no se sentirán del todo protegidas, seguras, valoradas, completas. Esto funciona, creo, en la mayoría de ellas; por supuesto, con discursos y actitudes que cambian (o se disimulan) según la edad, el grado de consciencia, la amplitud de pensamiento, etc. Esta "necesidad" (una creación cultural) hace que las mujeres pongan en cada encuentro una carga de expectativas que desata ansiedades ingobernables en ellas mismas y presiones atemorizantes en el otro.

Del otro lado, las creencias que los varones hemos heredado, alimentado y conservado nos advierten de la posibilidad de ser "cazados" desde el principio, con la consecuente pérdida de autonomía, independencia y control (tres cosas que consideramos valores en sí mismos), sin discriminar para qué es la autonomía, de qué es independiente y a qué o quién se controla. No llamar es, en efecto, una manera de controlar, de sentirse en el manejo de la situación, aunque

no se sepa bien para qué sirve eso. Si ella está pendiente de mí llamada, ella *depende* de mí.

Algunos hombres no llaman porque quizá sólo querían una aventura y ya la obtuvieron o presienten que ésta no es la mujer indicada para eso. Otros no llaman porque tienen miedo de que eso se entienda como una señal de compromiso, cuando aún están tratando de descubrir qué sentimientos se están despertando en ellos. Otros no llaman porque lo sienten como una exigencia, algo que "deben" hacer, y están hartos de hacer lo que deben. Otros no llaman porque no pueden decir lo que (suponen) la mujer desea escuchar.

Llamar es, en la percepción del varón, un compromiso. Compromiso, en el lenguaje emocional de un varón, significa exigencia, cumplir con algo que se espera de mí. Y la mochila con la cual los hombres transitamos por la vida está colmada de exigencias. ¿Para qué prometen?, se me puede preguntar con razón. La respuesta que encuentro es: porque nos han enseñado (todos, nuestras madres incluidas) que un varón *debe* dejar satisfecha a una mujer. Cerrar una cita con las palabras Te llamo, es, en nuestro imaginario, eso. Y también prometemos por temor a dejar el final del encuentro en blanco. Temor a no ser admirado, temor a ser olvidado antes de olvidar, temor a provocar desencanto, etc. Claro está, este temor fluye por debajo del nivel de la consciencia.

Por último, tengo desde hace mucho un interrogante que podría darle otro cariz a esta cuestión. *¿Por qué debe ser el varón quien llama?*. ¿No debería llamar el que tiene ganas de hacerlo, el que desea ver otra vez al otro, al margen de que esto

no esté establecido así en el manual de instrucciones acerca de las conductas "femeninas" y "masculinas"? Llamar encierra siempre un riesgo: el obtener un no como respuesta. En el fondo ese no puede significar el momento en que se recupera la libertad de vivir la propia vida sin estar atado al silencio de un aparato telefónico.

De varón a mujer

Entre las diversas razones por las cuales un hombre no llama después de una cita, puede estar la más sencilla y frustrante: no tiene interés en ir más allá. Mientras tanto, que el silencio telefónico de un varón se convierta en motivo de ansiedad y sufrimiento de una mujer es una prueba más de cómo nos atrapan las creencias, los modelos y los estereotipos. Según estos una mujer no debe "regalarse" al punto de llamar. Y en este caso, como en tantos, la pasividad "femenina" (y "deseable") es una trampa. Cuando uno no llama y el otro sólo espera, hay dos responsables de un mismo silencio. Tomar un rol activo en esta situación puede permitir dos cosas. Una, saber si hay alguien del otro lado y si hay algún vínculo posible con ese alguien. Otra, encontrarse con la respuesta menos deseada. En este caso la mujer sabrá más temprano que tarde que esperaba la llamada del hombre equivocado. Y un hombre equivocado, no es todos los hombres.

Misterio 10

¿Qué sienten ante el cambio de las mujeres?

Durante la última década del siglo veinte un número creciente de varones empezamos a sentir en carne propia que el libreto que habíamos recibido para desempeñarnos en nuestros roles laboral, paternal, filial, matrimonial, afectivo y social no nos hacía razonablemente felices ni nos permitía expresar la amplitud de nuestros sentimientos, necesidades, búsquedas, recursos y posibilidades existenciales.

Comenzamos a preguntarnos entonces (cada uno a su manera, según su historia y su momento, muchos por su cuenta, otros en grupo) de qué manera podríamos recuperar nuestra masculinidad profunda (solidaria, fecunda, sensible, creativa) sepultada debajo de la "masculinidad" dominante en la cultura.

Atrapados por las *cuatro P* del estereotipo tradicional (*proveer. producir, proteger*, ser *potente*), generaciones completas

de varones vivieron existencias opacas, vacías, más allá de los "éxitos" (económicos o sexuales) que muchos exhibieron o exhiben como pavos reales (o como reales pavos). Muchos varones llegaron a las puertas del nuevo milenio desorientados y necesitados de una transformación sanadora, otros lo hicieron dando ya pasos en esa dirección. Y la mayoría permanece aún hoy en un nivel precario y primitivo (o nulo) de conciencia.

Si a los perjuicios, sufrimientos y aumento de crisis de salud, afectivas, vocacionales, paternales y económicas que nos provoca el modelo hegemónico de "masculinidad" agregamos las transformaciones protagonizadas por las mujeres durante los últimos cuarenta años en territorios que les estaban prohibidos, como el laboral, el político, el sexual, el cultural, el familiar, el científico, etc., es posible calificar con una palabra al varón promedio de comienzos de milenio: es el *varón desorientado*.

Según mi punto de vista, la situación es ésta: las mujeres cuestionaron sus estereotipos heredados y los transformaron. Invalidaron de hecho la artificial división del mundo en un espacio público y externo, destinado a los varones, y otro doméstico e interno, adjudicado a ellas. Sin abandonar el espacio interno, empezaron a ganar lugares en el externo. Esto no fue acompañado por un proceso inverso y simultáneo por parte de los varones. Resultado: los varones debemos compartir con las mujeres los territorios que consideramos "naturalmente" propios y ya no sólo competimos entre nosotros por un espacio que se achica y se hace más escarpado; también competimos

con ellas. Simultáneamente no incursionamos en geografías que se nos mostraron siempre como "femeninas". Y, por lo tanto, estamos sofocados, incómodos, con una sensación de precariedad, inseguridad y amenaza.

A esta descripción agrego una percepción personal. Observo que las mujeres ganaron espacios que les corresponden por derecho propio. Pero no los han transformado (al menos, no todavía). No nos han propuesto otras formas (distintas, más fecundas, menos competitivas, más compasivas) de hacer política, de hacer negocios, de organizar el trabajo. Han entrado en los territorios prohibidos "a lo macho". Consecuencia: los hombres sentimos que a nuestros frentes habituales de combate se agregó uno nuevo.

Hay varones que reaccionan ante esto duplicando su propio machismo; otros, culposos, se "feminizan" e intentan mostrarse como hombres *light* para ganarse el "perdón" de las mujeres (¿o de mamá?). Hay una tercera opción en ciernes: un varón que sin renegar de su identidad de tal, encabece una transformación de los mandatos y modelos "masculinos" para enriquecerse como individuo, junto a sus pares, a sus hijos, y a las mujeres que también deseen un cambio de fondo y no sólo un cambio en el control del poder.

He escuchado (y comparto) las palabras de varones irritados por un cierto "doble mensaje" de algunas mujeres: "Por una parte nos acusan de sojuzgarlas y al mismo tiempo nos piden que aplaudamos porque se rebelan contra nosotros". Creo que el problema está en ese "contra". *Si las mujeres cambian "contra" los hombres, nada cambia*. Si creen que

somos los varones, y no un modelo cultural y social que nos incluye a ambos juntos, los culpables de sus sufrimientos de género, nada cambia. Si se trata de saber quién gana en la "guerra de los sexos", no hay que esperar por el resultado: es una guerra que, como todas, sólo puede tener perdedores. En esa guerra, por cada acto de "sojuzgación masculina" hubo una contraprestación. Por ejemplo, quedar limitadas a lo doméstico "liberó" a las mujeres del esfuerzo por la estabilidad laboral, de las leyes de la selva del mundo de la producción económica, de accidentes laborales mutilantes, de úlceras, de infartos prematuros, etc. Quedar relevadas de la responsabilidad política las "protegió" de morir en los frentes de guerra. Y así podríamos ir revisando las dos caras de la moneda.

Si las mujeres, en fin, cambian para demostrar que son mejores que los hombres o para prescindir de ellos, cambian contra natura. No somos ni mejores ni peores, somos distintos. *La diversidad es la piedra fundamental de la vida*. Quien quiere eliminar al que es distinto prepara su propio exterminio. Somos distintos, complementarios y necesarios. Esto significa, también, que la responsabilidad por nuestra vida, por lo que hacemos de ella, empieza en nosotros y no en los otros. No es el otro el "culpable" de mi desdicha o de mi felicidad, sólo podemos complementarnos como seres responsables.

Como varón miro con solidaridad toda transformación de las mujeres que las saque de un espacio limitativo y desvirtuador de su esencia humana y que apunte a un encuentro integrador basado en la aceptación. Pero también me pregunto por qué para tantas mujeres sigue siendo importante que sus

transformaciones sean elogiadas, avaladas, retribuidas o certificadas por la mirada, la actitud o la palabra de los varones. Como varón necesito y deseo que las mujeres cambien para y por sí mismas, no para y por los varones. De lo contrario cambia el decorado, pero no la obra que interpretamos.

De varón a mujer

Lo mejor que puede hacer una persona es transformarse por su propia necesidad, decisión y elección. Muchos varones sienten que las mujeres cambian "contra" ellos (y muchas mujeres cambian, en efecto "contra" los hombres). Otros hombres, al ver modificado el escenario en el que convivimos (y que compartimos) unos y otras, ponemos en marcha nuestros propios interrogantes, cuestionamientos y transformaciones. Es importante cómo se siente el otro cuando yo cambio, sí. Aunque lo más importante es cómo me siento yo.

Misterio 11

¿Por qué son tan controladores?

No conozco a un varón (y me incluyo) que esté dispuesto a preguntar cómo se llega a un lugar cuando se ha perdido. Y mucho menos si va en compañía de una mujer. El diccionario dice esto de la palabra controlar: *Tener bajo su dominio, dirigir*. Preguntar cómo se llega a una dirección puede significar dos cosas: que no sé o que me he perdido. Cualquiera de las dos remite a una conclusión inevitable: he perdido el control de la situación, cualquier otro podría estar al timón con los mismos, o mejores, resultados que yo.

Así como la afectividad es una característica "femenina", la efectividad es una señal "masculina". Los varones tenemos enseñanzas muy concretas respecto de la eficacia, la responsabilidad, la productividad y otras variantes del mismo rubro. Cuanto más asertivos son esos mandatos, mayor es la tensión tensión interior que nos hace concentrar en el objetivo. Concentración significa, necesariamente, control. Adiestrados

para competir, para ganar, para no aflojar (aunque existan y duelan, las derrotas y los fracasos se dejan afuera del balance, al menos del consciente y público), no podemos dejar nuestro destino librado al azar. Es necesario controlarlo. Con frecuencia, en situaciones cotidianas de nuestras vidas, los varones vivimos con la sensación de estar enfrentados a un tigre y de contar con una sola bala.

Se espera (lo esperan padres, hijos, esposas, novias, congéneres) que un varón sepa resolver. Obligado a resolver, debo conocer todas las variables. Empujado a decidir, ningún factor debe escapar a mi control. Esos factores incluyen a las personas que me rodean.

El mundo externo y público, territorio "masculino" adjudicado, no es acogedor. Es hostil, a menudo carece de reglas o se rige por leyes impiadosas. Las mujeres que han ganado espacios en ese territorio lo saben por experiencia propia. Cuesta hacerse un lugar y mantenerlo. Es cierto que también cuesta para las mujeres. Pero, según creo, todavía para ellas ese territorio es una *opción*, mientras que para los varones es una *obligación*. Aún así, pregunto: ¿no hay cada vez más mujeres controladoras? ¿no coincide esa característica con su desempeño en espacios antes sólo "masculinos"?

Actualizado, el código del "buen varón" indica:

- *debes ser triunfador*
- *debes ser luchador*
- *debes ser protector*
- *debes ser fuerte*
- *debes ser proveedor*

- *debes ser recio pero romántico*
- *debes ser experto y amante*
- *debes ser sensible y no sexista*

A quienes creen que estos mandatos se han flexibilizado, sólo puedo proponerles la experiencia de vivir un día como varón y mantener relaciones con los otros hombres, con la propia familia y con las mujeres del mundo circundante. Acaso puedan advertir cómo los discursos cambian mucho más que las situaciones que describen.

Cuando Ricardo III vio que su vida estaba en juego gritó *"¡Mi reino por un caballo!"*. Para un varón su reino es su vida. Un hombre vale por lo que tiene. Así lo juzgan los otros hombres, así se valora a sí mismo, de ese modo, también, lo suelen sopesar las mujeres. Para ser un hombre "como se debe", un varón está obligado a controlar. Para eso hay que tener qué (o a quién) controlar. Ser controlador y ser posesivo son casi sinónimos en este encuadre. No tener, no controlar es algo que muchos varones viven como no ser admirado, no ser reconocido, no ser valorado, no ser respetado, *no ser*.

Con mucha frecuencia un varón tiene que perder posesiones y control de cosas y personas para darse cuenta de que puede ser querido y reconocido por muchas otras cosas que él mismo ignora o niega de sí. Muchos otros varones mueren aferrados a lo que tienen o controlan (víctimas de la carrera por conquistar, engrosar o conservar el objeto de su control). La necesidad de controlar es otra trampa de la cual los varones somos nuestras primeras víctimas.

De varón a mujer

La necesidad de controlar es algo que los varones aprendemos desde chicos en nuestras vidas (controlar nuestras emociones, nuestras reacciones, nuestros espacios, nuestro territorio) y si bien este mandato se transmite de varón a varón, ciertas expectativas de las mujeres sobre los hombres, contribuyen a reforzarlo. Cuando una mujer valora a un hombre por lo que a él le enseñaron a ser valorado (dinero, poder, éxito, etc.), estimula el afán de control que hay en él. Así como un varón que se autovalora por esas cosas en realidad se aprecia poco a sí mismo, la mujer que lo acepta o lo elige por esas razones, creo que tiene una pobre valoración de ella misma. Se convierte en un objeto más de ese hombre, vale (ante la mirada de los otros) por lo que él tiene. Se priva de la relación persona a persona con un varón (que puede no ser ése, ¿y qué?).

Misterio 12

¿Qué temen de las mujeres?

No es de *hombre*, se supone, temer a una mujer. De manera que la respuesta inmediata sería: nada. Pero basta con vernos a los varones en acción frente a nuestras madres, novias, esposas, amantes, concubinas, hijas, amigas, jefas, colegas, subordinadas y demás variantes para advertir que no es así. Observadas con atención, nuestras conductas y palabras en esos vínculos denuncian algunos temores evidentes:

- *al descontrol femenino*
- *a las reacciones imprevisibles de las mujeres*
- *a sus gritos agudos y públicos*
- *al reproche por alguna compra "infantil" o incomprensible de nuestra parte*
- *a la cara que pondrán cuando le anunciemos que el domingo iremos a la cancha, que hoy también hay un partido por tevé o que esta noche (o tarde) nos vamos a jugar al fútbol*

- *a que nos vean comiendo ese postre o ese chocolate que engrosará un poco más nuestro creciente abdomen*
- *a que se enteren de que cancelamos o faltamos a la cita con el médico*
- *a que no les gusten nuestros amigos*

La lista podría continuar con variantes por el estilo. En mi opinión todas estas son expresiones diferentes de un mismo y único miedo básico: **el temor de los varones a la ira de las mujeres**.

No es un temor consciente (al menos en la mayor parte de los casos) ni, mucho menos, admitido. Pero es democrático: afecta por igual a hombres grandes y pequeños, débiles y fuertes, inseguros y seguros. Aunque las mujeres no lo crean, no lo sepan o no lo comprueben, cualquiera de ellos (quiero decir, de nosotros) puede temblar como un cachorro cuando se enfrenta con la bronca expresada de una mujer.

Creo que este temor se instala cuando somos bebés y nuestra supervivencia depende del cuidado, la alimentación y la presencia de nuestra madre. Tememos a que se vaya, a que no regrese, a que nos abandone. Cuando somos niños es ella quien intermedia el vínculo con nuestro padre. Del relato que ella haga ante él acerca de nosotros, de cómo nos portamos, de qué hicimos o dejamos de hacer, de cuánto la hicimos sufrir o de cuánto la hicimos reír, dependerán los castigos o las recompensas que recibamos de papá. En la adolescencia, cuando tratamos de hacernos "hombres", mamá intenta todavía protegernos, ponernos a resguardo de los peligros del mundo, es decir trata de ponernos a resguardo del crecimiento.

Para ella seremos siempre "*su* bebé". Nuestro padre puso el cromosoma Y, el apellido y el trabajo para proveernos, pero no somos el bebé de él. Somos *de* ella. Como era *de* ella (y no de su hermanito varón) la muñeca o el muñeco de sus juegos infantiles.

Así es (todavía lo es) el modelo cultural de maternaje y paternaje. Los hijos son de la madre por una serie de razones tan discutibles como profundamente instaladas: porque los gesta en su cuerpo, porque les da la teta, porque tiene un "instinto" que los padres no tienen, etc. Lo cierto es que este modelo deja a los padres (por marginamiento sutil o directo y por propia elección o aceptación de áreas de influencia) fuera del contacto, de la guía, de la nutrición y de la contención emocional de los hijos. Si también las hijas acusan esta ausencia, los hijos la padecemos de un modo distinto: quedamos *desvinculados* (des-vinculados) del modelo que más necesitamos, el de nuestro propio sexo. Nuestro padre (el padre en la cultura a la que pertenecemos) estuvo ausente física o espiritualmente para brindarnos una guía emocional acerca de cómo desarrollarnos como varones íntegros (es decir integrando *todos* nuestros aspectos) y para romper ese círculo vicioso que nos hizo madre-dependientes.

El resultado es que crecemos pendientes (y dependientes) del humor materno. Una canción lacrimógena dice: *pobre mi madre querida/ cuántos disgustos le he dado*. No conozco un equivalente para el padre. Crecimos con este fantasma: siempre había algo de nosotros que hacía (o podía hacer) sufrir a nuestra madre o disgustarla. Este modelo de relación

con la mujer se impregnó desde el inicio en nosotros. Y, ya adultos, cuando una mujer nos desaprueba, nos reprocha, nos critica o nos juzga (o creemos que lo hace), nos aniñamos en el acto, el más pintado de los varones se siente aquel chico subordinado a su mamá. La sensación es de que esa mujer nos desvaloriza, de que nuestra virilidad peligra. Cuanto más intensa es la sensación, más fuerte es la actitud defensiva del varón. El miedo a la ira de la mujer está agazapado en el interior de cada varón. Para contrarrestarlo algunos redoblan su machismo, otros se hacen adictos al poder, otros necesitan autos grandes, cuentas bancarias suculentas, puestos jerárquicos. Hay quienes se vuelven seductores compulsivos: hay que domarla antes de que nos tire el zarpazo. Otros son abandonadores seriales: huyen antes de que aparezca la ira de ella (y así la provocan, pero esta es otra historia). Hay varones que construyen dobles vidas; a veces esa doble vida es con otra mujer, y todo porque no se atreven a enfrentar la reacción de aquella a la que deben anunciar que han dejado de amar; en otros casos la doble vida es hábitos, amistades o posesiones que no se atreven a "blanquear" ante su mujer por temor a la desaprobación de ella. La peor reacción ante el temor a la ira de las mujeres es la violencia. Hay varones que junto con ese miedo, a lo largo de sus vidas, han acumulado un resentimiento que no pueden procesar ni entender y lo descargan, cuando están en superioridad de condiciones, bajo la forma de maltrato físico o emocional sobre las mujeres.

He oído muchas veces a mujeres que dicen, quejosas, "Yo quiero un marido, no un hijo". Tienen razón: toda relación

de pareja debiera ser entre pares: un hombre y una mujer que tienen en común la adultez y el desarrollo de sus personalidades y que a partir de allí integran diferencias que nutren el encuentro. Pero esas mujeres que quieren esposos y no hijos, ¿no estarán criando a sus hijos varones de tal manera que mañana ellos serán "hijos" y no maridos de otra mujer?

En cuanto a cómo podemos salir los varones de este círculo miedoso, creo que eso depende de trabajos intensos, que cada uno de nosotros debe emprender en su interior y que todos podemos compartir como experiencias. La clave de la tarea es liberarnos del fantasma de "La Mujer" como ese ser sagrado, omnicomprensivo, omninutriente, omnisacrificado, omnipresente, porque mientras tengamos esa imagen, "La Mujer" será siempre imposible de alcanzar, de entender, de satisfacer, de *llenar* (dicho esto en todos los sentidos en que se quiera y se pueda entender). El gran desafío para los varones es tomar a cada mujer (novia, esposa, amante, aventura ocasional, hija, madre, suegra, nuera, hermana, amiga, etc., etc.) como una persona en sí, escucharla, mirarla y registrarla emocionalmente como lo que es: un ser único e inédito, que tiene aspectos en común con los otros seres de su sexo, pero que no es *todas* las mujeres. Si veo a cada mujer como una mujer, yo puedo empezar a ser, ante ella, un hombre, no aquel niño tonto que nada valía sin la sobreprotección y la aprobación de su mamá.

Es una tarea ineludible para transformar nuestros vínculos afectivos. Y para llevarla adelante se necesita coraje. No el coraje "macho" de agarrarse a trompadas o poner de espaldas al

adversario, sino un silencioso coraje espiritual que los varones todavía no hemos desarrollado y que será el que reemplace, finalmente, a este temor sordo pero real que nos atonta.

De varón a mujer

Así como en la mayoría de los varones el temor ante la ira de las mujeres no es consciente, en la mayoría de las mujeres el conocimiento y la manipulación de ese temor es algo real (y no siempre inconsciente). Las mismas mujeres que se quejan del infantilismo de los varones, emplean el "instinto" materno en la relación amorosa con ellos. Una mujer que trata a un varón como si fuera su mamá agudiza en él el temor a la ira "femenina" y también las reacciones del varón ante ese temor. Si una mujer quiere saber qué teme el hombre en ella para especular con ese miedo, está poniendo el acento en el poder antes que en el amor (y no niego que los vínculos amorosos comprenden naturalmente la negociación por el poder).

Misterio 13

¿Por qué son violentos?

¿Somos naturalmente violentos los varones? ¿O somos agresivos? Aunque la vulgarización y el empobrecimiento del lenguaje los hayan convertido en sinónimos, violencia y agresividad no lo son. La agresividad es una energía destinada al logro de objetivos y necesaria para ello. La violencia es la característica destructiva que adquiere esa energía cuando no puede ser canalizada de manera fecunda, cuando es reprimida o descalificada.

Los varones somos físicamente más grandes que las mujeres, tenemos una mayor masa muscular, nuestro sistema glandular nos provee de una hormona (la testosterona) que nos hace más agresivos, acumulamos energía de un modo diferente y también es distinto nuestro modo de descargarla o canalizarla. Esto se manifiesta en nuestra manera de practicar deportes, en las actividades que emprendemos o preferimos, en la manera de discutir, de construir, de conquistar, de explorar, de organizar, de liderar.

El desarrollo y la formación de un varón es a menudo el proceso de clausura, de desvío, de represión, de desvalorización de nuestra agresividad natural. De acuerdo con la manera en que se nos prepara como luchadores, como proveedores, como competidores, como sostenedores, es casi obligatorio evitar que la agresividad se "pierda" en la expresión de sentimientos, en la captación de intuiciones, en el registro de emociones íntimas y en otras "debilidades". Se nos separa de nuestras fuentes emocionales y se nos destina a ser agudos, racionales, responsables, ejecutivos, resistentes, eficientes. Nuestra agresividad se va desviando de manera progresiva, inexorable e inconsciente hacia la violencia. Inhabilitados o sin recursos para la expresión de las emociones suaves, "blandas" o "femeninas", quedamos desconectados de nuestras áreas sensibles. Pero esas áreas existen y la imposibilidad de conectar con ellas deviene muchas veces en estallidos de violencia. Retenida, malversada y bastardeada, nuestra agresividad natural y fecunda se trasviste en una expresión atemorizante y destructora. *La violencia es, así, producto de la disociación entre nuestra fuerza y nuestra sensibilidad. Es la agresividad que perdió su esencia genuina*.

Recuerdo la noche en que, en un grupo de hombres, uno de nosotros contó cómo, en un momento en que no podía expresarse y sin encontrar las palabras que necesitaba para manifestar una necesidad, rompió de un puñetazo un biombo de su casa. A partir de su relato, todos los demás (éramos doce) fuimos contando los "biombos rotos" que teníamos en nuestra experiencia. Resultó un poderoso alivio poder narrar

estos episodios personales sin ser censurados, ni tildados de "brutos" o "salvajes"; nos permitió hablar de vivencias comunes que habitualmente quedan sepultadas en el silencio y la vergüenza. Es que lo habitual resulta que los varones tengamos permiso para mostrarnos enojados o iracundos, pero no tristes, nostálgicos, deprimidos o angustiados. Un hombre rabioso no sorprende a nadie, no sale del libreto. Un hombre triste, sí.

Del mismo modo en que temen y se quejan (con razón) de la violencia "masculina", las mujeres suelen alentarla con actitudes, expectativas y palabras que orientan a los varones a reforzar su rol de guerreros y de proveedores laborales, sexuales y sociales. Por lo demás, los mandatos de la "buena femineidad" prohiben a las mujeres mostrarse agresivas o violentas, bajo la pena de entrar en la categoría de "machonas" o "fálicas". ¿Qué hacen entonces ellas con su propia cuota de agresividad? Mi opinión es que la convierten en violencia emocional. Los enfrentamientos entre hombres y mujeres (sociales o individuales) son resueltos la mayoría de las veces en favor de ellas mediante el uso de la culpa, la vergüenza, la descalificación, la acusación. En la educación "femenina" hay un largo capítulo dedicado a la enseñanza de la utilización de estos recursos que emparejan la (aparente) desventaja física.

No niego ni desconozco, y tampoco justifico, a los varones que desnaturalizan su agresividad en actos de violencia destructiva hacia sus seres más cercanos (mujer, hijos). Esos hombres deforman hasta el horror lo que social y familiarmente recibieron como modelo de "masculinidad". Es el modo que aprendieron (casi siempre en carne propia, como

víctimas primero) de resolver diferencias y desacuerdos. Su itinerario fue de niños golpeados a hombres golpeadores. Del mismo modo, creo, aprenden las mujeres el uso de la violencia emocional. Y no se trata de oponer la violencia física a la emocional ni de dirimir cuál es "mejor" o "peor". Para convivir, para amar, para aceptar las diferencias como base de un encuentro fecundo, ninguna sirve.

El fantasma, y a menudo el prejuicio, de la violencia sobrevuela sobre cada varón. Muchos, para no ser acusados de violentos, terminan por sofocar su agresividad. Esta confusión produce una suerte de emasculación emocional. Debemos tomar conciencia (una conciencia no culposa) de que la agresividad es parte de nuestro equipaje natural. Cuando nos aceptemos y seamos aceptados agresivos, dejaremos de ser destructivos. Con agresividad se construyen edificios y catedrales, se cruzan mares, se atraviesa el espacio, se crean obras de arte, se exploran experiencias desconocidas. Con la violencia se hacen guerras, se somete al prójimo, se destruye la solidaridad y el amor. *La agresividad no da motivos de vergüenza, la violencia sí.*

Cuando hacemos el amor los hombres vamos hacia la mujer expeliendo y expandiendo nuestra energía; nuestro órgano sexual es un amante agresivo, *pero no es un violador*. Expresa nuestra naturaleza y lo hace de un modo cumbre en el momento del goce y la eyaculación. Es distinto el modo en que se advierte el goce de la mujer, que se manifiesta en todo su cuerpo, que se expresa en regiones profundas de su interioridad. En el momento de máxima unión, somos dife-

rentes. Nada se destruye por eso, podemos explorar juntos el placer y celebrar el sagrado misterio del encuentro. Nadie es violento cuando puede ser como es.

De varón a mujer

Es importante discernir la diferencia entre agresividad y violencia para aceptar lo que es natural: la agresividad. Cuando una mujer desprecia la agresividad en los hombres que la rodean (novio, esposo, amante, amigos, hermanos, padre, hijos) confundiéndola con violencia, contribuye a sembrar gérmenes de violencia. Cuando una mujer no se permite a sí misma –en nombre de la "femineidad"– expresar su agresividad, da un paso hacia el "aprendizaje" y el ejercicio de la violencia emocional. Cuando una mujer espera, demanda, refuerza o exige en los hombres actitudes tradicionalmente entendidas como "masculinas", los empuja en dirección de la violencia. Y, por fin, cuando una mujer permanece (con la excusa o autojustificación que fuere) junto a un hombre violento, contribuye a reforzar un círculo nefasto. Cuando una mujer y un hombre construyen un espacio de convivencia en el que todas las expresiones emocionales (con sus diferencias) les están permitidas a ambos, construyen también un antídoto contra la violencia.

Misterio 14

¿Por qué buscan mujeres jóvenes?

A partir de cierta edad, cercana a la cuarentena, muchos varones eligen, es verdad, mujeres más jóvenes que ellos. Esto sucede, en especial, en hombres divorciados. Sin embargo, no es lo habitual que se divorcien porque encontraron una mujer más joven o para buscarla. En realidad, en el 80 por ciento de los casos el planteo (judicial o no) del divorcio corre a cargo de las mujeres. Por lo tanto, lo que molesta y duele no es que él se haya separado, sino que después se haya unido a una mujer joven. La *jovenzuela* aparece, en la mayoría de los casos, después. Y, por lo que escucho, pareciera que eso genera en la ex la sensación de haber sido despojada de una pertenencia y de que la ladrona la ha desplazado. La sensación, según los relatos, es la de haber sido saqueada. Con un agregado inquietante: "Si las jovencitas se llevan a los hombres de nuestra edad, ¿qué queda para nosotras?". Esta parece, a menudo, la queja de fondo.

No sé si existe alguna respuesta que conforme a las mujeres. Lo cierto es que, cada vez más, al llegar a la edad madura los hombres se dan cuenta de que el hecho de haber cumplido con las expectativas y los mandatos externos (trabajar, producir, consolidar, proveer) no los hace sentir ni plenos ni "realizados". Al contrario, *"Me siento vacío"*, es una frase que escucho con frecuencia creciente de labios de hombres maduros y estoy seguro de que muchos otros no la dicen pero conocen la sensación.

"Me siento vacío", dicho por un hombre de cuarenta o más años, puede traducirse de una manera aproximada a ésta:

"Llevé adelante mi vida económica, pero no mi vida afectiva, tengo una profesión (o un negocio, o una empresa, o un imperio, etc.) pero no tengo amigos; mis hijos se fueron o se están yendo de mi vida sin que yo sepa siquiera quiénes son y tampoco ellos lo saben de mí; me siento deprimido a veces sin entender por qué y mi mujer no entiende que yo pueda estar así, le da miedo, de manera que trato de que no se me note, prefiero no hablar, me siento solo".

Aunque se lo haya investigado poco y se hable bastante menos de él, existe un climaterio masculino. Un tránsito por la mitad de la vida en el cual hay transformaciones psicológicas, orgánicas, hormonales que presuponen crisis, nuevas elecciones, replanteos vocacionales, afectivos, cambios en la sexualidad. Menos notable (incluso para el propio interesado) y menos puntual que la menopausia de las mujeres (puede darse entre los 45 y los 65 años) este fenómeno hace que muchos hombres se conecten con sus aspectos sensibles, pasivos y receptivos mientras se sienten asfixiados en su rol de tipos "duros". El proceso suele

ser simultáneo con el hecho de que las mujeres de su edad (a menudo *sus* mujeres) atraviesan su propia transformación, salen al mundo, compiten, toman decisiones, abren espacios propios. Muchas de estas mujeres demandan de los hombres (maridos, ex esposos, nuevas parejas, novios, amantes, etc.) la reparación de un pasado en el que, sienten, se postergaron por un varón. Se niegan a seguir viviendo a la sombra de un hombre.

Ver a una mujer (sobre todo a la propia) en este nuevo rol suele asustar al varón y provocar en él una sensación de inseguridad y de ansiedad (jamás confesadas, y mucho menos a las mujeres). En ese cuadro de situación una mujer joven, que no intenta competir con él, que incluso puede depender de él, le da cierta seguridad, le permite recuperar algún grado de control. Otros hombres eligen mujeres jóvenes aunque sus esposas no se hayan apartado ni un milímetro del modelo de mujer tradicional. Se trata de hombres que, aferrados a un modelo de "masculinidad" según el cual la hombría se sostiene en el poder adquisitivo y en el rendimiento sexual, apuestan a la ilusión de un "reestreno" que les confirme que no han perdido esos requisitos para seguir siendo hombres.

En el primer caso se trata de varones cuya crisis de madurez los coloca frente a vivencias y territorios inexplorados de sí mismos. La mujer joven tiene el atractivo de la "virginidad" emocional. Está aureolada por la posibilidad de un vínculo no viciado por las viejas trampas, mañas, expectativas y enfrentamientos de la relación con mujeres de su generación. Joven significa, desde esa mirada, dueña de un discurso diferente, de otras expectativas, de una mirada sobre la vida que él desconoce. Y, sobre todo, alguien que no lo cuestionará y que no

demanda de él otra cosa que lo que naturalmente tiene. Con ellos, además, esas mujeres podrán asomarse a aspectos del varón que no conocieron, con seguridad, en sus padres ni en otros varones, jóvenes pero atados aun a mandatos ancestrales. Para los hombres de este primer caso, el hecho de que la mujer sea más joven no es un requisito sino una consecuencia.

En el segundo caso, los hombres que se acercan a las jóvenes en busca de la "novedad", la "carne firme" o la creencia de que su poder es seductor, encontrarán, en primer término, un tipo diferente de mujeres y, además, probablemente entablarán con ellas relaciones de uso mutuo, de prestaciones y contraprestaciones (económicas, sexuales, de acompañamiento, de aprovisionamiento, etc.). Serán siempre vínculos efímeros y degradantes para ambos. Para estos hombres, sí, la edad de la mujer es un requisito.

En mi opinión no hay un solo tipo de hombres maduros que seduce a una única clase de mujeres jóvenes. El fenómeno ofrece una variedad de matices y perspectivas. Generalizar es, a menudo, encasillar y culpar. No ayuda a la reflexión ni a la comprensión de los hechos. En el intento de comprender podríamos agregar que los tiempos internos de las mujeres y de los varones no son los mismos. Aunque nuestros ciclos vitales en tanto seres humanos coinciden en lo general, cada uno de nuestros sexos tiene particularidades. Parece cierto que las mujeres maduran más temprano y es un hecho que su ciclo fértil se cierra primero (el de los varones termina con la vida, no antes); los propios ciclos fisiológicos acompasan, sin duda, las percepciones internas del tiempo. Visto así, no siempre las disparidades cronológicas significan distancia emocional.

Quizá por todo esto, hay mujeres jóvenes que eligen a hombres maduros. Porque no hay que olvidar esto: siempre se necesitan dos para bailar un tango. Creer que la mujer joven no elige, significa descalificarla. Sólo por eso, por ser joven.

Y, además de todo, hay un gran número de hombres, yo diría mayoritario, que no elige a mujeres más jóvenes o que no las elige por su edad. Elige, simplemente, una mujer. O permanece junto a la que ya eligió una vez y transforma, con ella, el vínculo que los une.

De varón a mujer

Algunos hombres eligen mujeres jóvenes para construir un vínculo en el cual no ser el varón tradicional. Otros las eligen exactamente por lo contrario: para fortalecer su machismo. En una y otra situación, ¿qué es lo más doloroso para la mujer madura? ¿La aparición de otra, la certeza de que la vida del hombre que amó y la amó continúa después de ella? ¿O el simple hecho de que "la otra" sea más joven que ella? Si es lo primero, se trata, creo, de un sentimiento que puede transformarse y repararse mediante un proceso interior. Si se trata de la segunda posibilidad, existe el riesgo de que el hombre termine siendo chivo expiatorio de una batalla personal contra el tiempo. Y si la relación con el tiempo se plantea como una batalla y no como una exploración de los ciclos vitales, sólo hay un resultado posible: la derrota.

Misterio 15

¿Por qué son infieles?

Todo hombre es infiel hasta que demuestre lo contrario. Toda mujer es fiel hasta que demuestre lo contrario. Con estas premisas, derivadas de los estereotipos de la cultura, convivimos varones y mujeres. Según estas creencias, el amor es cosa de mujeres y el sexo es cuestión de hombres. Una vez más, aparecemos ambos mutilados. Los hombres empujados a no amar, las mujeres empujadas a no desear.

Generaciones de madres y padres han transmitido a hijos e hijas un par de ideas claras. A las hijas les enseñaron que debían encontrar un hombre para toda la vida, que pasar de novio en novio las depreciaría, que "eso" hay que guardarlo para el amor definitivo. Sé que hoy estas ideas no se transmiten de esta manera alevosa, pero observo también que siguen presentes (bajo un barniz modernizante) en las conductas amorosas que predominan en el sexo opuesto al mío. A los hijos se les enseñó que no debían caer, embobados, en brazos de la primera mujer con la que se cruzaran,

que cuantas más mujeres incorporaran a su récord, más hombres serían.

Bajo estas condiciones (presiones, directivas, expectativas) la infidelidad se instala en el varón como una tendencia "natural", como una fuerza de su "instinto". Cuando una mujer se ofrece "un hombre verdadero no puede decir que no", dice ese varón del cual su mamá estaba muy satisfecha porque el *nene* tenía muchas novias pero no era atrapado por ninguna. Y esta creencia (o esta presión) acecha agazapada aun en el mejor de los maridos. La misma creencia genera en el varón la fantasía de que cualquier mujer, por el sólo hecho de serlo, "se ofrece".

Esta "obligación" de sumar mujeres como se suman éxitos, victorias, posesiones, cuentas bancarias, territorios, tiene un efecto oculto pero cierto: el empobrecimiento emocional, la disociación de los propios recursos afectivos, la postergación de nuestros aspectos sensibles. Más que por otra razón, los hombres terminamos siendo infieles para contarlo, para dar fe de nuestra "masculinidad" a otros varones, que a su vez hacen lo mismo con nosotros. El deseo (real, reconocido, íntimo, consciente) pocas veces está presente en la ejecución de la infidelidad. No cuenta.

Es curioso; así como a las mujeres sus mandatos las impulsaron tradicionalmente a no poder disociar sexo y amor, de modo que tuvieron que inventarse amores para poder desear, a los hombres no se nos enseñó a asociarlos. De este modo hay mujeres para amar (la madre, la novia, la esposa) y mujeres para desear.

Bajo esta óptica, la primera infidelidad que un varón comete es consigo mismo. Traiciona (al despreciarla o desconocerla) su propia capacidad amorosa, su derecho a elegir una mujer, su capacidad de integrarse emocionalmente en el tránsito amoroso con ella. A lo largo de años de coordinar espacios grupales de varones me ha tocado compartir historias, testimonios, vivencias íntimas y emotivas. Entre las más conmovedoras se encuentran los relatos de hombres que, pese a haber permanecido fieles por elección y decisión durante sus largos años de matrimonio, se vieron obligados en numerosas circunstancias a inventarse amantes imaginarias, aventuras extramatrimoniales ficticias para no sentirse "menos hombres" que otros, para poder compartir mesas de varones, para ser reconocidos en territorios machistas por excelencia (vinculados a los negocios, la política, el deporte, etc.). De esos relatos surge una evidencia: *la infidelidad del varón es, con frecuencia, una respuesta a la expectativa de los demás*. Por otra parte, ¿cuántas de estas historias ficticias pasan a formar parte de las estadísticas sobre la infidelidad masculina?

También es necesario tomar en cuenta el mandato que exige a los varones fundar una familia. Puestos a cumplirlo, muchos acaban casándose con una "buena chica" a la que no aman. Y a la que, por eso mismo, le serán infieles tarde o temprano, en busca de una vibración emocional que no registran en su matrimonio. *"¿Y qué iba a hacer? Dejarla hubiera sido peor, no tenía derecho a hacerla sufrir. ¿Qué iba a hacer?"*. Esta es una frase muy común en muchos hombres. Por supuesto, hay algo que se puede hacer: atender las pro-

pias prioridades y los propios sentimientos, hacer la propia vida, no la que otros diseñan para uno. Aunque esto exige un proceso de introspección previo para el que los hombres adultos de hoy no hemos recibido, en general, entrenamiento ni estímulo. *En este escenario, la infidelidad produce un doble vacío: en el corazón y en los genitales.*

Por fin, hay una cuestión que me parece importante. Salvo excepciones, el hombre que comete infidelidad, lo hace con *otra* mujer. Salvo que todas las amantes (estables u ocasionales) fuesen prostitutas o solteras, esas mujeres, ¿no le son a su vez infieles a alguien?. Quiero decir: la infidelidad masculina es el tema visible, aunque convive con la cara oculta de la luna: la infidelidad de las mujeres. Ese no es el tema del presente capítulo, pero lo dejo apuntado porque me parece útil insistir en una idea: las características adquiridas del varón son sólo el cincuenta por ciento de un modelo limitante y degradante que se completa con las características adquiridas de la mujer. Cuando unos y otras tomamos lo adquirido por natural, empieza la larga noche de nuestros desencuentros. Parte de estos consiste en atribuir *toda* la infidelidad a los varones y *toda* la fidelidad a las mujeres, *toda* la responsabilidad sexual a unos y *toda* la responsabilidad amorosa a las otras.

Acaso en la medida en que ambos podamos amar y desear como expresiones distintas y conjuntas de una misma energía, la cuestión de la infidelidad dejará de hacer figura.

De varón a mujer

A nadie le gusta construir un vínculo mientras está bajo sospecha. Mucho menos, empezar un vínculo bajo sospecha. Y a muchos hombres dispuestos al compromiso amoroso les duele tener que demostrar su fidelidad. La fidelidad, creo, es una consecuencia natural del amor. Si alguien, en una pareja, no se siente amado tiene el derecho de decirlo. Si alguien tiene pruebas fehacientes de una infidelidad (no sospechas o "intuiciones") lo mejor es hablar de inmediato. Si alguien calla por temor a perder al infiel o para aguardar el momento de la revancha, hay dos personas con problemas: el infiel y el engañado. Si alguien no se siente nunca seguro de la fidelidad del otro, o está con la persona equivocada o nunca encontrará quien colme la medida de su inseguridad.

Misterio 16

¿A qué le tienen miedo?

¿Miedo un hombre? Jamás. Esa es la primera respuesta. Con paciencia, con fe y luego de generar una red de confianza, es posible escuchar que un varón nombre algún miedo. Cuando eso ocurre, pueden aparecer los siguientes:

- *miedo a no poder darle de comer a sus hijos*
- *miedo a quedar sin trabajo*
- *miedo a no poder cumplir con sus compromisos*
- *miedo a quedar discapacitado*

Puede ser que aparezca algún otro, pero me atrevo a asegurar (he hecho esta pregunta una y otra vez a cientos de congéneres a lo largo de los años) que en los cuatro miedos mencionados se sintetizan las respuestas. Por mi propia condición, experiencias y vivencias de varón, me he negado sistemáticamente a quedarme con esas respuestas. Son respuestas-trampa. Se vinculan, en lo esencial, con los fundamentos de la "masculinidad". Apuntan a lo formal, al cumplimiento, o no, de los roles de proveedor y

productor. Mientras los varones hablamos de estos miedos nos mantenemos en territorio seguro. Nadie será llamado *gallina, cobarde, maricón* o *falto de huevos* por manifestar (sobre todo en estos tiempos) dichos temores.

El problema se agudiza cuando se sigue indagando, en busca de respuestas más comprometidas, más íntimas, más personales. En ese plano nos cuesta siquiera modular la palabra miedo. Apenas si podemos remplazarla por "preocupación", y ya es mucho. Tenemos instalada desde pequeños una presión interna que nos induce a negar el miedo. Y para escapar de él, para probar que no lo tenemos, solemos correr riesgos gratuitos, nos colocamos ante peligros absurdos, incurrimos en actitudes de autodestrucción (que van desde lo físico a lo psicológico, pasando por lo económico, lo emocional, lo vincular, lo familiar).

Frente al miedo, frente a su sola idea, los varones funcionamos como un auto con cinco marchas progresivas hacia adelante y sin marcha atrás, con acelerador y sin freno. Corremos hacia adelante y en ese itinerario ciego no atendemos a ninguna señal (todas muy claras y evidentes) sobre los riesgos del camino. Creemos que ignorar el miedo nos hace valientes y, en verdad, sólo nos hace inconscientes.

Para que un varón se enfrente a sus miedos y los explicite tiene que encontrarse en una situación límite (y a veces, ni aún así): en una trinchera, a punto de entrar a un quirófano, despojado brutalmente de sus seres queridos, privado de sus pertenencias. Es decir, cuando ha perdido todo o está a punto de hacerlo.

Entonces se resquebrajan las corazas de la "masculinidad" y aparecen miedos auténticos, reales, vividos por tantos varones, pero nunca compartidos con un congénere: *miedo a la muerte, miedo al dolor (físico y espiritual), miedo a la propia debilidad, miedo a la enfermedad, miedo a la muerte de los padres, miedo a ser necesitado y no saber responder, miedo a la intimidad, miedo a la cercanía emocional con otros hombres (esto incluye a hijos, hermanos y amigos), miedo a la impotencia o a la falta de "rendimiento" sexual, miedo a ser golpeado por otro hombre, miedo a no tener respuesta para sus hijos, miedo a ser desafiado y no poder contestar* y, como la cereza del helado, miedo a tener miedo.

"No tengas miedo", "No aflojes", "No retrocedas", "No tiembles", "No te quejes", "No cierres los ojos", son frases supuestamente alentadoras (o aleccionadoras) de las cuales la mayoría de los varones ha sido destinatario a lo largo de su vida. Llega un momento en que nadie tiene que decírselo, él mismo se las repite. Llegado a este punto se ha consumado la ablación de un aspecto de sí mismo. Ese varón estará obligado a vivir sin una de sus emociones, como si lo obligaran a vivir sin uno de sus órganos. Y las emociones (todas) son componentes de su humanidad, tanto como sus órganos.

Se necesita mucho coraje para ser varón y expresar el miedo. Un hondo coraje espiritual, que nada tiene que ver con la patética inconsciencia de "ponerle el pecho a las balas", dirimir diferencias a trompadas, "jugarse el honor" y demás actitudes que en verdad reflejan obediencia antes que valor. El

hombre que hace eso, simplemente cumple con un mandato, no ejerce valentía alguna.

He escuchado muchas veces a mujeres que no se explican cómo los hombres pretenden no tener miedo. "¿Qué tiene de malo sentir miedo?", preguntan con razón, apoyándose en parte en la lógica y en parte en su propia vivencia "femenina", en la cual el miedo no las descalifica. Es verdad; no sólo no es malo sentir miedo, sino que en muchas ocasiones resulta funcional y saludable. Con frecuencia el problema se presenta cuando un hombre, en efecto, manifiesta su miedo en presencia de una mujer. Lo que en palabras era un discurso comprensivo de ella, en la práctica suele adquirir otras dimensiones. Ante un hombre con miedo, muchas mujeres (lo he visto, lo he escuchado, las he oído) se sienten inseguras, desprotegidas. Los resabios inconscientes de su propia formación se ponen en juego. Una cosa es hablar de que *los* hombres tienen derecho a mostrar su miedo y alentarlos a hacerlo, y otra es descubrir el miedo en *un* hombre, el que está con ella. Esta es una razón, no la única, por la cual el miedo del varón queda tantas veces adentro de él. Nuevamente, lo que afecta a uno repercute en el otro. Somos expresiones diferentes de una misma totalidad.

Mientras tanto, a los varones nos cabe la tarea de recuperar el miedo como parte de nuestra esencia humana. Cada uno lo hará y lo expresará de una manera particular. Acaso empecemos a vivir entonces vidas más sabias.

De varón a mujer

Que un hombre diga no tener miedo, no es motivo de admiración. En todo caso, una mujer que escuche eso permanentemente en boca del varón que la acompaña hará bien en empezar a temer, porque corre el riesgo de verse involucrada en situaciones peligrosas. Ese hombre, al disociarse de la noción de riesgo, puede generar para ambos, ella y él, experiencias en las que peligren sus vidas (excesos de velocidad, desafíos a desconocidos, incursiones en territorios inseguros, etc.). Y una mujer que enfatiza su expectativa de un varón protector y fuerte, estará impulsando a ese hombre a que oculte sus miedos para responder a tal expectativa. Quien sostiene el ideal del varón "heroico" no debería olvidar que para encontrar un príncipe valiente hay que convertirse en una princesita encerrada todo el tiempo en el castillo. Por fin, creo que el varón que se aleja de esas expectativas, atiende sabiamente al miedo a quedar entrampado en un modelo viejo y rígido.

Misterio 17

¿Por qué se descuidan tanto?

Cuando una mujer se queja de que su hombre "se deja estar", suele referirse al hecho de que él jamás lee un libro (salvo que sea un tema vinculado con su trabajo o profesión), no cultiva su mundo interior, no busca actividades que lo hagan desarrollarse espiritualmente, no se da tiempo para reflexionar o para atender su salud, no se permite buscar un espacio terapéutico en el cual afrontar aspectos de sí que lo preocupan. Es bastante aceptado que de cada diez personas que acuden a psicoterapias siete son mujeres. Y que de los tres hombres, dos van como resultado de un ultimátum de su mujer ("empezás terapia o algo o yo no te aguanto más") y el restante, que llega por propia voluntad, lo hace en estado terminal. A diferencia de ellos, muchas mujeres suelen identificar el espacio psicoterapéutico como un lugar de crecimiento, de mayor comprensión de sí mismas, de descubrimiento de recursos personales. Una perspectiva similar puede aplicarse a

los grupos de reflexión, talleres vivenciales, grupos de estudio, grupos de autoayuda o espacios de exploración espiritual. En un lenguaje accesible a los varones, se podría decir que mientras las mujeres se hacen chapa y pintura, los hombres entran al taller con el motor fundido.

Las razones de este fenómeno anidan en el mismo lugar que tantas otras diferencias en el comportamiento de varones y mujeres. "Hacer algo para sí", traducido a la mentalidad "masculina" quiere decir dejar de preocuparse por lo que realmente importa: el trabajo, la productividad, la provisión, el mundo externo. "Como para grupos de reflexión estoy yo con los problemas que tengo en el laburo", dicen muchos varones ante invitaciones de ese tipo. Y desdeñan la posibilidad de desarrollar nuevos recursos y ensayar una nueva mirada para aproximarse a esos problemas en un contexto más integral. A veces me recuerda a alguien que se está ahogando y no acepta un salvavidas con el argumento de que "con el problema que tengo para mantenerme a flote no puedo perder tiempo en agarrar objetos de goma".

La deuda interna de la gran mayoría de los varones consigo mismos es, por cierto, caudalosa y creciente. Invitar a un varón a explorar-*se* es, en verdad, desafiarlo a entrar en el territorio que le resulta más desconocido e intimidatorio. Corre el riesgo de desestructurarse. La estructura en la que un varón se siente seguro está armada a partir del orden, la predictibilidad y el control, sobre todo cuando se manifiestan en espacios conocidos y consolidados. Nada es menos predecible, ordenado y controlable que el contacto con las propias emociones, ningún territorio es menos explorado, habitual

y confiable para un hombre que el que se extiende desde su piel hacia adentro.

Un varón se forja como hombre a partir de la disociación entre sus acciones y sus emociones, entre lo que hace y lo que siente. Sus emociones, sufren en ese proceso la paradoja de quedar *afuera* de él. Recuperarlas, integrarlas a su vida, a su ser, a su existir (cuidarse, "hacer algo por sí mismo") es, después, difícil, extraño, puesto que él está alienado de esos aspectos propios.

Tampoco las mujeres se han dedicado desde siempre a estas exploraciones interiores. Creo que esta inclinación de ellas por cuidarse, transformarse, "crecer" se manifestó y desarrolló en la segunda mitad del siglo veinte, cuando empezaron a evadirse de los estrechos casilleros de la "femineidad" oficial para internarse en firmamentos laborales, culturales, políticos, sexuales y familiares que les habían sido negados. En el umbral de un nuevo siglo, las mujeres aparecen inmersas en la evolución y los varones en el desconcierto.

Esto se acentúa, según mi punto de vista, en la edad mediana. Cuando los hijos crecen y/o se van, las mujeres quedan definitivamente liberadas de sus "obligaciones" domésticas (la crianza, la educación, la nutrición, el cuidado de la casa). Observo que en ese momento son cada vez más las mujeres que vuelven a conectarse con aspectos olvidados de sí, reinician carreras, profesiones o actividades. Empiezan experiencias de profundización intelectual o espiritual. En fin, "hacen cosas por sí mismas". Simultáneamente los hombres (sus hombres) se sienten agotados tras haber cumplido con su parte de los mandatos paralelos: fundaron la familia, la proveyeron, combatieron y compitieron en todos los frentes

de batalla de la vida "masculina". Los guerreros están cansados. Necesitan intimidad y reposo. Cuando regresan al hogar en busca de eso, se encuentran con esas mujeres re-energetizadas que van hacia afuera. Uno y la otra se cruzan en el umbral, en direcciones opuestas. Ella le reclama a él que está hecho una marmota, no entiende su dejadez, lo ve sin entusiasmo y descuidado. El se queja de que ella tuvo un ataque de "a la vejez viruela", que está loca, que cree que la vida es fácil.

Como consecuencia de lo anterior el varón piensa: "si alguien no mantiene la coherencia esto se va al diablo". Y, por supuesto, se autoasigna la responsabilidad de mantener la coherencia. Él no va a entrar en la locura de las terapias, los grupos de reflexión, los cursos de teatro, los talleres de pintura, los libros sobre búsquedas espirituales y todas esas modas extrañas que pueden acabar con el mundo seguro y conocido.

La buena noticia, si vale llamarla así, es que un número creciente de hombres siente que en ese caparazón de seguridad tampoco hay tranquilidad, que no se trata de atender o el afuera *o* el adentro, sino que ambos son dos aspectos de una misma unidad. La vida se ha prolongado y a la edad en que sus padres habían cumplido y, simplemente, "esperaban la carroza", esos hombres se encuentran con muchos años por delante y no pueden evitar la pregunta acerca de cuál es el sentido de su vida. No les ocurre esto a la mayoría de los varones, pero, insisto, sí a un número creciente. En mi experiencia me encuentro con cada vez más varones que, en la mediana edad, inauguran preguntas sobre sí que jamás habían imaginado. Empiezan a considerarse como acreedores emocionales

de sí mismos. Y se mueven, con lentitud porque el terreno es desconocido, en la dirección del saldo de esa deuda.

De varón a mujer

El desarrollo y la transformación personal es, creo, un proceso que cada uno emprende por necesidad propia. No se hace para otro. Los varones que lo inician no lo hacen, pues, para una mujer, sino como reparación íntima. Por lo tanto, eso acontece en momentos precisos de sus vidas, ni antes ni después. En su ansiedad por ver cambiar al hombre que es su pareja, muchas mujeres buscan espacios para él (terapias, grupos, actividades, etc.) y suelen terminar frustradas. Hay hombres que "para darles el gusto" acceden y, por supuesto, no persisten. Por otra parte, estas transformaciones están direccionadas: se programan para que él cambie como ella quisiera. En general, así no funciona. Tampoco tiene trascendencia real que una mujer cambie "para" un hombre. Antes que enfatizar esta voluntad de hacer cosas similares simultáneamente, yo creo que es importante plantearse la pregunta "¿hacia dónde voy en este momento de mi vida?". La claridad de la respuesta es esencial. El resultado puede ser: "no estoy en la compañía adecuada para marchar en esa dirección". O "la compañía es la adecuada pero los ritmos de nuestras marchas, en este momento, son diferentes". De la sinceridad de las respuestas dependerán las decisiones siguientes.

Misterio 18

¿Por qué se vuelven locos por el fútbol?

Soy varón. Amo el fútbol. Lo practico, lo veo. Está ligado a momentos significativos de mi vida. La mañana del día en que nació mi hijo jugué al fútbol; esa tarde estuve en la sala de partos para recibirlo. Cuando Iván cumplió 20 años le regalé la camiseta con que jugaba yo aquel día, es decir, mi mejor trofeo. Con él compartí momentos intensos ya sea jugando juntos o yendo a la cancha.

Terminaba 1977. Yo vivía en México, la dictadura militar ensangrentaba a la Argentina. Era domingo y en Buenos Aires River se coronaba campeón. Llamé por teléfono a mi amigo Eduardo (compañero de centenares de tardes bajo sol y lluvia alentando a River) para compartir la alegría a la distancia. Me enteré de que ese mismo fin de semana él se había convertido en un desaparecido. Cuando marqué el número yo lloraba de alegría y nostalgia. Cuando colgué lloraba de dolor y rabia.

Jugando al fútbol construí hermosas amistades con varones que de otra manera quizá no hubiera llegado a conocer. Cuando pudimos hablar de fútbol empezamos a dejar de ser enemigos, hombres que estábamos en trincheras distintas; pudimos vernos como personas antes que como ideologías.

Cuando los varones nos juntamos en una cancha para jugar, o en una tribuna para alentar, no somos jefe y subordinado, padre e hijo, amantes celosos de las mismas mujeres, pobre y rico, estúpido e inteligente, sabihondo e ignorante. Mientras dura el partido, todo nos hermana. Gracias al fútbol varones silenciosos hablan, hombres grises muestran aspectos luminosos, tipos mediocres en otros órdenes de la vida exhiben una creatividad deslumbrante, egoístas se vuelven solidarios, padres e hijos que no encuentran otra forma de comunicación se encuentran; en un partido de fútbol los feos se hacen hermosos, los petisos parecen altos, los menudos resultan fuertes, los pusilánimes desenvainan un coraje inesperado.

El fútbol borra el vacío y el aburrimiento de vidas alienadas por mandos de producción, eficiencia y provisión y brinda la ocasión de que hombres diferentes se unan con otros en un lenguaje, un sentimiento, una historia y un interés común. Dante Panzeri (un hombre íntegro y, además, el más talentoso periodista argentino dedicado al deporte) escribió *Fútbol, dinámica de lo impensado*, un libro lúcido en el que llamó a este deporte "el más hermoso juego que haya concebido el hombre y la más perfecta introducción a la vida cooperativa". No creo que exista una mejor definición del fútbol.

Según el prejuicio –que tantas mujeres repiten automáticamente– el fútbol es la suma de veintidós tarados que persiguen sin ton ni son un pedazo de cuero inflado. Sin los anteojos oscuros del prejuzgamiento se puede ver que esas carreras tienen una lógica y un sentido, que no todos corren, que no todos lo hacen igual, que hay una poderosa comunión entre los que juegan y los que alientan.

Un partido de fútbol es una coreografía, una puesta en escena de la vida. En el tiempo que dura es preciso lograr un objetivo, pero nadie puede hacerlo solo. Serán necesarios la solidaridad, la presencia y los recursos de los compañeros para superar a la oposición de los adversarios. Mientras se desarrollan tácticas y estrategias, y mientras se apela a la creatividad, al ingenio, a la audacia, a la inteligencia, al heroísmo, a la perseverancia para afrontar circunstancias que, segundo a segundo, son inesperadas, ocurren, unos tras otros, episodios en los que también surgen la maestría, el egoísmo, la fe, la mala fe, la malicia, la belleza. Todo sucede en fracciones de segundos, el aquí y ahora es total y no se puede estar fuera de él. ¿No es así como transcurre la vida?

El fútbol es una actividad, un juego, un arte en el cual los varones no estamos condenados a la soledad (como cuando debemos competir en el trabajo, combatir en las guerras, conquistar espacios, seducir a la mujer deseada, pisar la Luna, descubrir cimas o profundidades, tomar decisiones de las que dependen otros, demostrar nuestra "masculinidad"). En el fútbol un varón tiene prójimos varones, hacemos de once cuerpos un único organismo y veinte, treinta o cincuenta mil

hombres nos convertimos durante un par de horas en una unidad holística que nos trasciende, que es más que la suma de sus partes. En ese tiempo desaparecen nuestras profesiones, nuestras condiciones sociales y culturales, nuestros pasados, nuestras carencias, nuestros rencores y dolores personales, nuestras pesadillas y silencios; entonces el de al lado es nuestro par. Podemos llorar juntos el dolor de una derrota o la alegría de una victoria, podemos abrazarnos, tocarnos, maldecir la injusticia, bendecir a Dios, y podemos admitir el temor de ser más débiles que el adversario. Muchos de nuestros aspectos, recursos, habilidades, y actitudes más ricas, más nobles, más creativas y fraternas se expresan en el fútbol. Y para participar de él no debemos demostrar nada; generoso, el fútbol nos acoge, nos cobija, nos iguala.

Cuando una madre le dice a su pequeño hijo que no llore, que "no importa" cuando el chico se lamenta porque jugó y perdió, se equivoca. *Sí importa*. Perder duele, ganar alegra, jugar mal frustra y jugar bien da placer y enorgullece. Ganar y perder es parte de la vida. Aprender a hacerlo, también. Incluso en esto el fútbol es una escuela nutricia. Los que no lo entienden, ensucian una hermosa creación humana. Como lo hacen esos dirigentes, empresarios, directores técnicos y representantes que se mueven dentro del fútbol y lo infectan con sus actitudes de "masculinidad" perniciosa.

Cuando una mujer se siente celosa del fútbol quizá pierde la posibilidad de asomarse a uno de los aspectos y momentos más sensibles del varón, un momento en el que su alma suele aparecer con infrecuente virginidad. Por otro lado, cuando

un hombre se vuelve loco por el fútbol, no es el fútbol lo que lo "vuelve loco". Bastará con observar su vida cotidiana, sus vínculos, su trabajo, su pareja, su historia, para advertir que los gérmenes de su alienación están en otra parte y que en el fútbol ha buscado un último refugio. Quizá también, sea un lugar desde el cual pueda renacer si, en lugar de ser juzgado y condenado, es escuchado.

De varón a mujer

Descalificar –o calificar mal– a un varón por su amor al fútbol es cerrar una puerta de acceso a su mundo emocional. Cuando se conecta con este juego, el varón puede empezar a expresar muchos aspectos de sí, justamente esos que la mujer suele acusarlo de no mostrar o no franquear. Si una mujer puede comprender esta pasión (no es necesario que la comparta, puesto que se trata de una diferencia entre unos y otras) quizá esté en condiciones de contribuir a cultivar un espacio de diálogo, de relato, de encuentro, de conocimiento entre ella y el hombre con el que está.

Misterio 19

¿Qué les pasa cuando la mujer gana más que ellos?

Primero los espacios laborales y profesionales les estaban negados y prohibidos a las mujeres. Después ellas empezaron a luchar contra esta discriminación y las más transgresoras y decididas comenzaron a ingresar en esos territorios. Y se encontraron con una realidad sombría: a igual trabajo, la remuneración que les tocaba era menor que la de los varones. Entonces sobrevino la década de los años noventa; el superliberalismo (¿o supermercadismo?) conquistó al mundo occidental; conceptos como exterminio social, genocidio económico y otros se disfrazaron con la palabra "ajuste"; los puestos de trabajo comenzaron a escasear, los varones (que seguían constituyendo la mayor parte de la fuerza laboral mundial) fueron las víctimas más numerosas y empezó a ocurrir que, en muchas parejas o familias, la mujer comenzó a ser proveedora de ingresos económicos de igual a igual con el varón o incluso aportando más que él.

Conozco muy pocos hombres –incluso entre los más conscientes y lúcidos– a quienes el hecho de que su mujer gane más que ellos no los mortifica. El fantasma de la depresión sobrevuela sobre el varón, que pierde su lugar en la cadena productiva. La valoración que hace de sí mismo cae al subsuelo. La función básica y el valor social del varón han sido, generación tras generación, proveer, mantener, sostener, producir. Una pregunta clásica del hombre que es abandonado o engañado por su mujer es: *"¿Por qué me pagás así? ¿Acaso alguna vez te hice faltar algo?"*. Muchas mujeres responden: *"Sí, me hiciste faltar amor, compañía, diálogo"*. Pero él no se refiere a eso. Esa no es su función, su función es la provisión material. Es lo que vio como modelo en su padre y en los hombres mayores, es lo que le enseñaron, lo que recibía como expectativas externas (también de la mujer).

La educación "masculina" impide que, cuando no está en condiciones de proveer, un varón desarrolle o incorpore otras habilidades y recursos (como criar a los hijos, cuidar el flanco doméstico de la pareja, dedicarse a tareas comunitarias, etc.). Si no es *productor*, no puede *proveer*, con lo cual siente que no *protege* y entonces deviene *impotente*. **Producción, provisión, protección y potencia son las cuatro patas que sostienen la "masculinidad"**. Sin ellas la identidad social del varón se tambalea y se desmorona. A menudo eso ocurre cuando pierde su trabajo, su posición económica o su rol de proveedor principal de la pareja o la familia.

Así, cuando una mujer gana más que el hombre, él siente que se ha convertido en el *proveedor desprovisto*. Si está soltero

cree que ha dejado de ser seductor, si está en pareja puede irse transformando en una suerte de lastre. Además, es fácil advertir que un hombre que no está en condiciones de mantener o proveer empieza a ser poco confiable y nada atractivo ante los ojos de una mujer. Por supuesto, en esas situaciones suele ocurrir que las mujeres miran con los anteojos prejuiciosos de su propia educación "femenina". Este cruce de estereotipos se debe, creo, a que mientras para los varones no son importantes, en general, ni las posesiones ni el poder adquisitivo de la mujer que cortejan, para ellas la capacidad proveedora del hombre es un factor de seducción. Y no hablo de aviesas intenciones, sino de conductas que reproducen lo aprendido. En unos y en otras.

A todo lo anterior se agrega un punto: el varón casi no tiene margen ni permiso para deprimirse. Ésta parece ser privativa de la mujer. Si él se deprime tiene que salir rápido de ese estado, ser fuerte, voluntarioso, tiene que ponerse de pie –como un boxeador tumbado– y volver al combate con empuje, con decisión y con furia renovados. Si se estaciona en la depresión, sembrará inquietud, inseguridad y desconcierto entre quienes lo rodean (mujer, hijos, familia). Habrá perdido sustancia, respeto, testosterona. Un varón deprimido es, se admita o no, un varón vencido. Una mujer deprimida suele recibir, en cambio, cuidado, paciencia, atención, cariño y aceptación. Al varón en estos casos se lo insta a "hacer algo" (¡otra vez "hacer"!). Tiene que "hacer algo" con su depresión, es decir, convertirla en otra cosa. No dejar de producir.

A la gran mayoría de los varones de aquí y ahora se nos ha enseñado que hacer es sinónimo de ser. *Cuando no hago,*

cuando produzco poco, no soy o soy poco. Cuando mi mujer gana más que yo, siento que estoy siendo poco (hombre). Y cuando yo no gano nada, siento que no soy (hombre). Según esta concepción, cuando un hombre no produce o produce, en términos económicos, menos que su mujer, se deterioran su vida social, su salud física y psíquica y también su sexualidad. De una manera dolorosa queda en evidencia entonces que, en tanto ser humano, él es más que su trabajo, su profesión o su capacidad proveedora: es una vasta totalidad de múltiples aspectos.

Como tantas otras, creo que una situación de este tipo puede ser una oportunidad para desarticular viejos modelos enfermantes de hombre, de mujer y de pareja. Por ejemplo,

- *se pueden plantear nuevos acuerdos de pareja en cuanto a lo familiar, lo económico, lo social. Acuerdo viene de acordar, hacer coincidir, armonizar, concertar.*
- *es un momento en que el amor muestra sus reservas no materiales y el varón y la mujer pueden conocerse y explorarse desde un lugar no acotado por las formalidades externas, que a menudo dan seguridad pero también adormecen el impulso de continuar conociéndose y manifestándose.*
- *se abre la posibilidad para el varón de descubrir o de poner en funcionamiento recursos personales postergados, vinculados con la capacidad de nutrir, con la creatividad doméstica, con la inclusión en trabajos comunitarios solidarios, con la guía cotidiana de sus hijos, con la incursión en las responsabilidades compartidas, con el descubrimiento de maneras de proveer que no necesariamente estén ligadas a la producción económica.*

No son, por supuesto, puertas que se atraviesan sólo con la voluntad. Querer es importante, pero no es todo. Aprender a poder es un camino que se abre ante los hombres que estén dispuestos a transitarlo.

De varón a mujer

Según experiencias que he vivido, observado y recogido, cuando una mujer gana más que un hombre, pueden pasar varias cosas: a) que ella desarrolle un resentimiento a veces velado y a veces manifiesto por considerarse víctima de una "injusticia", b) que se sienta súbitamente poderosa y empiece a manifestar ese poder, ya sea como revancha (con lo cual estaría repitiendo una situación perjudicial para ambos, sólo que invirtiendo los actores) o como desempeño ineficaz de una función desconocida; c) que gracias a esta situación descubra habilidades y recursos no desarrollados de sí misma y su vivencia de los mismos enriquezca a la pareja; d) que manifieste una solidaridad nutriente con el varón y estimule el desarrollo de nuevas facetas de él a la luz de la "nueva" situación. Creo que los dos primeros casos corresponden a conductas ligadas a viejos estereotipos que impiden la transformación personal y de pareja. Los dos segundos, es obvio, remiten a un modo creativo de reencauzar el vínculo.

Misterio 20

¿Por qué los obsesiona el sexo?

Hay una antigua leyenda según la cual los varones somos, desde el punto de vista sexual, criaturas sencillas y previsibles: estamos siempre listos, podemos con todas; lo que procuramos es un orgasmo relativamente veloz y, de inmediato, repetir. Ternura, comunicación, comunión no son cuestiones importantes en este cuadro. El sexo sería así, para nosotros, una simple cuestión de productividad. El cuánto es más importante que el cómo o el con quién.

Las primeras víctimas de este mito somos nosotros mismos. Todo nuestro vocabulario sexual –el que heredamos, reproducimos y transmitimos– pone los acentos en la cantidad y la potencia por encima de la calidad y lo emocional de la vivencia. Producir, en materia de sexualidad, significa no rechazar a ninguna mujer que se ofrezca, ir por aquellas que no se ofrecen, convertirlas en máquinas multiorgásmicas gracias a nuestra potencia y transformarnos nosotros en eyaculadores

inagotables. ¿Qué dudas, qué misterios puede haber? Está todo claro y está todo afuera. Nuestro órgano genital aparece a la vista, su reacción es automática, sólo hay que *ponerla*, *sacarla* y sumar.

Esto es lo que, por omisión más que por acción, nos ha sido transmitido. La gran mayoría de los varones adultos de hoy (y, en este caso, considero adultos a todos los que superaron los veinte años de edad) fuimos empujados o enviados a debutar sexualmente "a lo macho", sin guía, sin asistencia emocional, como pudiéramos. Se suponía, se supone aún, que un varón "sabe". Las mujeres son expertas en amor y los hombres en sexo, dice nuestro estereotipado modelo cultural todavía vigente.

Como en todos los aspectos esenciales de la vida "masculina", también en éste hay que ser un competidor eficaz, un ganador. Si no puedo con todas, que no se sepa. Si no tengo ganas, que no se note. Si fracasé, que no trascienda. Si estoy sexualmente inactivo, que no lo parezca. Puestos a relatar nuestra vida sexual, la gran mayoría de los varones somos exitosos. Nos aturdimos los unos a los otros con los relatos de nuestras hazañas, nunca empatamos ni perdemos, sólo ganamos. En la intimidad, cada varón sabe que sostener esta identidad es más agobiante que acostarse con un ejército de amazonas. Y sabe, también, que no hacerlo es poner en riesgo de cuestionamiento su propia "masculinidad".

Atrapados sin salida en el mito del macho potente, servidor de cuanta hembra anda suelta, quedamos enfrentados a sordas angustias cuando nuestro pene, ese sacrificado servidor, se

niega a seguir las urgencias de nuestros mandatos. Impedido (por sus propias creencias) de no querer, no poder o no saber, el varón desoye la sabia actitud que a menudo toma su órgano sexual (al que tiene disociado de su corazón e imaginariamente asociado al tamaño de su auto, al monto de su cuenta bancaria, etc.) y redobla la magnitud de sus relatos. El que tiene la hazaña más larga gana.

La gran mayoría de los varones somos ignorantes acerca de nuestra propia sexualidad y de los caminos que conectan e integran a ésta con nuestra espiritualidad. No hemos sido educados en esa dirección. La pobreza de nuestra educación sexual se completa con la idea de que así como es nuestra sexualidad inicial (en cuanto a potencia y rendimiento), así será siempre. Cuando las etapas maduras de la vida nos enfrentan con la dura realidad de nuestro ablande no sabemos que es el momento en que la sensualidad, la sabiduría, la emocionalidad, toman las riendas de nuestra sexualidad y nos conducen a nuevos territorios por descubrir. En general, al enfrentar el tramo descendente de su potencia sexual, el hombre cree que comenzó el fin de su vida en ese aspecto. Trágica creencia que conduce a muchos varones a profundas crisis y depresiones o a patéticas búsquedas de panaceas (del Viagra a prótesis o aparatos aún más absurdos) que, en el fondo, sólo refuerzan su condición de objeto sexual.

Porque de esto se trata. La ideología sexual que los varones recibimos y actuamos, nos convierte en objetos sexuales. Si siempre debo querer, debo poder, debo saber y debo demostrar, ¿cuándo deseo, cuándo elijo? Desear es poder decir

que no. Elegir es saber registrar y discriminar mis ganas, mis necesidades, mis gustos, mis posibilidades y mis tiempos. Desear y elegir son acciones vinculadas con la conciencia. La conciencia es característica de los sujetos. Los objetos, carentes de ella, simplemente ejecutan acciones para las que han sido diseñados o programados. Desde el punto de vista sexual se nos ha enseñado que estos objetos que somos sólo recibirán su certificado de "masculinidad" en la medida en que ejecuten su función una y otra vez, sin cuestionamientos, sin desperfectos, sin pausa. La obsesión sexual de los varones es, entonces, una puesta en acto de ese mandato que dice que un hombre es un macho cabrío o no es un macho. Es decir, se trata de un reflejo condicionado.

La incomunicación que los varones padecemos entre nosotros en el aspecto íntimo y emocional hace que confiarnos nuestra verdadera sexualidad sea un tabú imposible de sortear. Resultado: cada varón carga sus dudas, los rechazos sufridos, los fracasos ocasionales, sus experiencias menos convencionales, sus auténticos deseos inconfesados en la soledad más amurallada. Tiene que existir mucha confianza, un camino común transitado en íntima comunión, un compromiso emocional que no es habitual, para que, entre varones, se habilite un espacio en el que pueda ser compartida y cotejada la verdadera experiencia y vivencia sexual de cada uno. Ocurre, pero no es frecuente. He sido partícipe de espacios como ése y me consta el poder sanador y transformador que tiene no sólo en los hombres que acceden a tal instancia, sino también en las mujeres que son sus compañeras sexuales.

Mientras tanto, tal como ocurre con otros aspectos de nuestros vínculos, las creencias de un estereotipo suelen ser reforzadas por las actitudes del otro. Así como las mujeres se quejan a veces de la obsesión sexual de los varones, ellas mismas se inquietan o sospechan cuando su hombre se aparta de ese modelo y cambia su ritmo y estilo sexual. Un varón siempre listo será a veces cargoso, pero actúa de acuerdo con lo "normal". Un varón que quiere menos sexo crudo y puro y más sensualidad, más tiempo o más ternura, rompe libretos y códigos. Cuando el no ("hoy no", "esta noche no") pasa a ser también un derecho del hombre, muchas mujeres, por lo que he vivido, observado y escuchado, se sienten no deseadas o sospechan que a él "algo le pasa". Y, más veces de las que se cree, lo que le pasa es que está siendo consecuente con su deseo. Esto no tiene nada de personal contra la mujer: en todo caso la coloca en la categoría de persona y no de objeto (deja de ser un par de tetas, un par de nalgas, un par de piernas) ante el cual siempre se debe reaccionar y se coloca a sí mismo en un lugar de sujeto. Entenderlo así requiere, por cierto, de un mutuo aprendizaje.

La reivindicación y el ejercicio del deseo, son, estoy convencido, una tarea común para varones y mujeres, una bienvenida oportunidad, un espacio sagrado para el conocimiento y la gozosa celebración de las diferencias.

De varón a mujer

La cargosa obsesión sexual de los varones ha sido sufrida durante mucho tiempo, y por muchas mujeres, como una frustración de la comunidad emocional. Pero también es cierto que muchas mujeres han usado esa obsesión en su propio beneficio al valerse de ella para intercambiar disponibilidad por otras prestaciones (económicas, sociales, familiares, etc.). La obsesión sexual del varón no es sino la otra cara de la obsesión romántica de la mujer y, a mi entender, ambas resultan indivisibles. No están enfrentadas, están disociadas, lo que es casi peor. Cuando unos y otras nos autoricemos a amar y a desear en nuestros propios términos, juntos habremos reinventado el deseo.

Misterio 21

¿Por qué retroceden ante la iniciativa sexual de las mujeres?

Los varones viven obsesionados por el sexo, pero retroceden cuando las mujeres toman la iniciativa. En síntesis, la inquietud "femenina" abarca a las dos cuestiones, en apariencia contradictorias, pero sin duda conectadas. Las razones por las cuales muchos hombres reculan ante el avance de las mujeres son las mismas por las cuales durante tanto tiempo fueron al frente. Incitados a ser proveedores y guerreros en todos los frentes de su experiencia (trabajo, familia, sociedad, pareja y, por supuesto, también en la cama), llega un momento en la vida de muchos varones en el que semejante "hazaña" es imposible. Entonces la energía menguante –por razones biológicas y vinculares– es dirigida en primer lugar a la supervivencia (que, en el caso de los hombres, pasa ante todo por lo económico).

Hasta un poco más acá de la mitad del siglo veinte, no se trataba de que la iniciativa sexual fuera principalmente "masculina". En realidad, sólo los varones tomaban la iniciativa, sólo a nosotros nos estaba permitido y sólo de nosotros se esperaba que lo hiciéramos. De manera que cuando, por la razón que fuere, no la tomábamos, eso no contaba. Lo válido para el recuento final, y para la historia sexual de cada varón, eran las veces que sí; las que no , no figuraban en ningún récord. De manera que, según la historia oficial, los hombres siempre queríamos, podíamos y arremetíamos. Por el otro lado, las mujeres se enamoraban, eso era lo suyo, el amor. Sexo a cargo de unos y amor a cargo de otras. Sexualidad y sentimientos estaban disociados para ambos.

Las cosas comenzaron a cambiar con el rescate del derecho al deseo sexual, entre otros derechos, por parte de las mujeres. Pronto pareció que era necesario recuperar tiempo, espacio y experiencias perdidas. Ellas sintieron que debían ponerse al día con el placer negado y postergado y eso se convirtió en reivindicación y consigna. Si los varones éramos criaturas tan dispuestas al sexo, ¿qué mejor que encontrarnos con mujeres igualmente deseosas? Sin embargo, uno más uno no fue dos.

Perder el control es, para un varón, perder potencia e identidad. Esto ocurre también en la cama. Y así será mientras exista una concepción productivista del sexo. Cuando una mujer toma la iniciativa la mayoría de los varones siente que ella le propone una competencia, no un nuevo juego de seducción. Si esos varones tienen una idea de que las diferencias

sólo pueden dirimirse con la hegemonía de uno sobre otro, es obvio que quien tiene el control y la iniciativa gana. Si las diferencias son entendidas como el camino hacia un encuentro de integración y descubrimiento, la cuestión cambia. Pero, en general, no es esa la premisa que predomina hoy.

Por otro lado, ¿con qué modelo toman las mujeres la iniciativa sexual? La ideología sexual conque nos hemos criado ha estado teñida por la visión "masculina": preponderancia de lo genital por sobre lo sensible y emocional, cantidades y tamaños antes que calidad y sensualidad. Todo bajo la luz de ideas centrales como "entrega", "rendición", "sometimiento", etc. Divorciadas de sus propios deseos, me parece que las mujeres tomaron la iniciativa con el único modelo activo conocido, el de los varones. Y entonces las mujeres que "avanzan" sexualmente lo hacen "a lo macho" (y esto nada tiene que ver con homosexualidad). Así son habitualmente los vínculos humanos, no sólo todos pasamos por roles opuestos (sometedor/ sometido, agresor/agredido, humillante/humillado, esclavizador/esclavo, padre/hijo, jefe/subordinado y así hasta el infinito), además nos desempeñamos en esos roles con los modelos aprendidos. El subordinado, cuando manda, cree que el modo de hacerlo es el de quien lo mandaba. Y sólo consigue reproducir, en cadena, un modelo como si fuera el único. Y en realidad es sólo el único que él conoce; existen otros y la posibilidad de conocerlos y experimentarlos.

Debido a este mecanismo de las relaciones, cuando una mujer toma la iniciativa sexual, el varón cree que eso lo convierte a él en débil, en pasivo, en objeto del deseo del otro.

En aquello que la mujer es, en su mirada, cuando él tiene la iniciativa.

Mientras tanto ocurre que muchas mujeres convirtieron su libertad e iniciativa sexual en una suerte de desquite contra los hombres. Otras transforman cada relación sexual en una toma de examen al varón que está con ellas. Y las hay que compiten en la cama como si un orgasmo fuera lo mismo sea de quien fuere o como si las sensibilidades sexuales fuesen intercambiables. Esto se cruza con la crisis del modelo tradicional "masculino", acosado por fisuras de todo tipo (familiar, paterno-filial, laboral, económica, etc.). Hastiados por el mandato de ser proveedores, luchadores, competidores y productores, muchos hombres empiezan a abandonar ese rol en el sexo. Y les ocurre en el mismo momento en que otras tantas mujeres creen que son ellos los encargados de satisfacerlas en su nuevo modelo sexual.

De manera que, desde mi punto de vista, ésta es la situación en la que nos encontramos; las mujeres ante la perspectiva de desarrollar algo que todavía no aparece claro: cuáles son los caminos intrínsecos y esenciales de su ser en la búsqueda del encuentro amoroso; los hombres ante la necesidad de permitirnos un abordaje del sexo como un espacio reparador, en el cual puede aflorar nuestra sensualidad, nuestra sensibilidad, como una puerta hacia y desde nuestro mundo emocional, como una experiencia de receptividad. Entonces seducir y ser seducido, tomar la iniciativa o responder a la del otro será una danza constante y una celebración. Varones y mujeres podemos ser el mejor compañero o com-

pañera del otro o de la otra en esta exploración diferente y simultánea.

De varón a mujer

Cuando una mujer toma la iniciativa sexual con afán reivindicativo contra el varón, o con el deseo de emularlo, genera en él desconcierto, desconfianza y retraimiento. El encuentro sexual es el encuentro entre íntimas y sagradas diferencias. Si debo encontrarme con alguien que actúa exactamente igual que yo y nuestras diferencias son sólo genitales, es probable que me aleje. Tomar la iniciativa, creo, es bastante más que dar el primer paso, es proponerse como guía de ese encuentro en particular, y hacerlo buscando en primer lugar los propios aspectos diferenciadores.

Misterio 22

¿Por qué huyen del médico?

Puedo arriesgar una respuesta breve y afirmativa para esta pregunta: los hombres huimos del médico por miedo. Miedo a la enfermedad. La enfermedad es sinónimo de vulnerabilidad. Y ésta es una palabra que, como vimos en varias oportunidades, *debe* ser desterrada del vocabulario "masculino". Vulnerabilidad es debilidad; débiles son las mujeres. Un hombre que atiende a sus síntomas corporales, que deja de trabajar cuando se siente enfermo, que reposa si está fatigado o indispuesto, puede pasar a integrar las siguientes categorías: débil, inconfiable, hipocondríaco, autocomplaciente, enfermizo. Nada de esto le asegura un puesto en la cadena de productividad y, por supuesto, tales calificaciones ponen en duda su "masculinidad".

Frente a esa posibilidad los varones optamos por "poner el pecho", "hacer frente" a lo que venga, "hacer de tripas corazón", "ser cojonudos" o, en fin, "morir de pie". Claro está que esto no le sirve a nadie, ni al supuesto héroe ni a sus

familiares, amigos, hijos, esposas, novias, amantes, etc. De todas maneras, en la estereotipada mentalidad "masculina" tradicional todo esto es preferible antes que mostrar miedo (el miedo, en los varones, es germen de vergüenza y de culpa).

Así se establece el vínculo entre los varones, nuestro cuerpo y nuestra salud. El cuerpo del hombre es, ante todo, una herramienta de producción. Tanto en el aspecto laboral como en el sexual o deportivo, lo habitamos y lo acondicionamos en función del rendimiento. Es valiente el que no atiende a síntomas, dolores ni decaimientos, aunque con esa negación sólo se esté ganando el camino directo a una enfermedad crónica o a una muerte en plena juventud. En el mundo occidental el promedio de vida de un varón es entre siete y nueve años menor al de una mujer: la sobrecarga de estrés y de esfuerzo, el intento desmedido por cumplir con el rol de proveedor y la negativa a atender la propia salud no sólo preventivamente sino cuando son necesarios remedios y terapias, tienen mucho que ver con esta verdad estadística.

Úlceras pépticas, crisis cardíacas, hernias, dolores musculares invalidantes figuran entre las enfermedades que se consideran como "masculinas". ¿Por qué "masculinas" si se manifiestan en órganos y en miembros que son iguales en varones y mujeres? Porque los estereotipos culturales inducen a los hombres a hacer del trabajo su identidad y de la capacidad productiva una obligación. El uso del cuerpo que los varones hacemos, produce esa diferencia en la identificación de la enfermedad. Es significativo que cuando las mujeres irrumpen "a lo macho" en actividades y espacios tradicionalmente "masculi-

nos" (compitiendo con fiereza, reservando sus emociones, duplicando su nivel de exigencias) también ellas, cada vez más, son víctimas de aquellas enfermedades que les estaban reservadas a los hombres. Esto muestra el carácter cultural de la enfermedad, que acompaña al origen cultural de los modelos "masculino" y "femenino" tradicionales. Así como una cistitis o un cáncer de mama son dolencias que naturalmente afectan a las mujeres, y la prostatitis o una varicoceli se dan naturalmente en los hombres y obedecen a diferencias biológicas, otras enfermedades sólo adquieren "género" a partir de la cultura.

Para un hombre, creo que es útil reiterarlo, *estar enfermo equivale a ser vulnerable, a ser débil, a quedar en posición dependiente (del médico, de quienes lo cuidan, etc.), a salir de la cadena de producción (momentánea o definitivamente), a dejar de proveer, a correr el riesgo de ser desplazado y, sobre todo, a enfrentarse con el mayor y el más inconfesado e inconfesable de sus temores: el miedo a la muerte*.

Para no ser psicológicamente vulnerable a semejante hecho, el varón apela, una vez más, a la disociación. En este caso se disocia de las señales y de los síntomas con los cuales su organismo habla, advierte, aconseja, pide. Su situación es semejante a la de un conductor que desconecta el tablero de su automóvil para no ser importunado por ninguna señal (alta temperatura, falta de aceite, falta de combustible, etc.). Cree que si elimina esas pequeñas luces amarillas, rojas, azules o verdes, termina con aquello que las origina. Así acaba muchas veces su viaje: en un choque,

en un vuelco o en una irremediable e irreversible detención en mitad del desierto.

Nada de esto es espontáneo. Lo aprendemos desde niños. Si bien durante la infancia niñas y niños son atendidos por igual desde el punto de vista de la salud, a partir de la pubertad es común que los varones sean dejados de lado en comparación con las mujeres. Hacia la adolescencia, a las niñas se las inicia en la visita al ginecólogo, se les explica sobre los métodos de prevención del embarazo, se les va enseñando a conocer su cuerpo y el funcionamiento del mismo en aquello que tiene que ver específicamente con su condición de mujeres. Los muchachos no reciben igual atención. De alguna manera, allí se instala el mensaje emblemático en la vida del varón: *arreglate solo*. Cuando, a partir de los 40 años, y especialmente de los 50, se le aconseja un chequeo anual para atender al funcionamiento de su corazón y de su próstata, ya es tarde: ha vivido toda una vida detrás de una coraza. Por supuesto, las crisis cardíacas y el cáncer de próstata son los dos grandes asesinos de varones.

Muchos varones que ejercen la medicina como profesión contribuyen a sostener y empeorar esta situación. Son médicos que participan de la ideología "masculina" estereotipada, no miran al varón paciente como a otro hombre, como a un semejante, no empatizan con él, no lo ayudan a aceptar la enfermedad como un camino de aprendizaje (que bien puede y suele serlo). Se trata de simples mecánicos, que reparan la maquinaria para devol-

verla a la cadena de montaje. Esta concepción machista de la medicina también aleja a los varones del médico. Es muy difícil que un varón se sienta, frente al médico, ante un congénere que lo entiende y lo comprende (en su temor, en su ansiedad). El médico espera de él, en general, lo mismo que los demás hombres: que no arrugue, que sea "hombre", que no afloje por un simple dolor "de morondanga". Muchos hombres (algunos son conscientes de ello, la mayoría no) no van al médico porque se sienten maltratados por alguien que, en lugar de tratarlos con fraternidad y solidaridad, ejerce sobre ellos el poder, igual que en otros ámbitos lo hace un jefe, un general o cualquiera que esté al mando de la situación.

Los varones hemos sido enseñados para creer que es más "macho" el que más aguanta. Y, en verdad, el que más aguanta es el más cobarde, el más miedoso. El que carece de coraje para atender, entender y explorar lo que su organismo le dice acerca del modo en que está viviendo. Los "machos" de este tipo mueren en silencio, adentro de sus cuerpos mortificados, atrapados en la ocultación. Los hombres que avanzan más allá de lo "permitido" en la comprensión de su propia condición establecen mejores y más saludables relaciones con sus propios cuerpos. En definitiva, la reconquista integral de la propia salud es una aventura que, aún, los varones nos debemos.

De varón a mujer

Muchas mujeres, con las mejores intenciones, se hacen cargo de la salud del hombre que las acompaña (le piden el turno para el médico, retiran los análisis y estudios). Otras se indignan con él: "¿Cómo te podés dejar estar de esa manera? ¿A qué le tenés miedo?". Otras apelan a recursos melodramáticos: "Pensá en tus hijos, los vas a dejar huérfanos"; "Seguí así y no vas a poder trabajar más". O a las amenazas: "Después no me vengas con quejas". Ninguna de esas herramientas soluciona el tema; sólo refuerzan ciertas conductas que suelen agobiar a las mujeres (la del hombre-hijo) o hacen aun más impenetrables las corazas en las cuales se refugian los varones. Quizá –destaco quizá– resulte más efectivo hablar en primera persona: "Cuando veo la forma en que descuidás tu salud, siento miedo porque pienso que puedo perderte o que a vos no te importa nuestro vínculo"; o "cuando veo las cosas que no podemos hacer porque estás enfermo o te cuesta esfuerzo, etc., empiezo a sentirme sola, veo que no podés acompañarme, si sólo te ocuparas de cuidarte..."; o cualquier variante en la cual la mujer hable de sí, no de lo que él hace o deja de hacer. Este tipo de discurso puede disparar un alerta en el varón no desde el espacio médico sino desde el afectivo. Y quizá (otra vez subrayo el quizá) modifique su conducta. En todos los casos, lo que ayuda es que la visita al médico y la atención de su salud sean para el hombre espacios de cuidado, de cariño, de asistencia y no de exigencia, de deber, de imposición. Los deberes, imposiciones y exigencias son fuentes de buena parte de las enfermedades del varón.

Misterio 23

¿Por qué dejan en manos de sus mujeres el cuidado emocional de sus hijos?

Observo y escucho cómo las mujeres se quejan por tener que hacer de traductoras, incitadoras y mediadoras en la comunicación entre sus hijos y maridos. Sobre todo, cuando se trata de los hijos varones. También protestan porque, si hay actividades divertidas, los hombres encuentran tiempo para estar con los hijos, pero si la cuestión es llevarlos al médico, indagar acerca de problemas en la escuela o simplemente averiguar por qué están tristes o molestos, pareciera que los hijos son responsabilidad exclusiva de la mamá.

En la mayoría de los casos tienen razón. Pero quizá no baste con describir el fenómeno; acaso sea bueno preguntarse por su origen. Cuando se le pide a los varones adultos que recuerden quién los calmaba cuando estaban afligidos en la niñez o en la adolescencia, quién los llevaba al médico, a quién contaban sus primeros secretos (la noviecita de sexto grado,

la pelea con un amigo íntimo, etc.) o quién mantenía contacto con la maestra, ocho de cada diez dicen que lo hacía su madre; un noveno incluirá a una abuela, una tía o una hermana mayor. Y el décimo, notable excepción, nombrará a su papá.

Los aspectos de la vida del varón adulto que están vinculados con la vulnerabilidad, la emocionalidad o el cuidado espiritual fueron atendidos, durante su crecimiento, casi exclusivamente por sus madres, así como el padre se encargaba del adiestramiento físico, laboral, político, económico, productivo.

Esta tendencia se arrastra de generación en generación desde hace mucho tiempo (empezó con el Iluminismo, en el siglo XVI, y se acentuó a partir de la Revolución Industrial). Obedece a una concepción según la cual el principal rol del padre es el de genitor y proveedor. Pone la simiente y regresa a su lugar en la cadena de producción para proveer desde allí a su hijo y a su mujer, la familia que lleva su apellido. La gestación, la concepción y la crianza quedan como asignaciones de la madre. Como consecuencia, no sólo la maternidad, sino también la paternidad, acabó por convertirse en nuestra cultura en una cuestión de mujeres. Estas ideas fueron desarrolladas con más extensión en mi libro *Hombres en la dulce espera (hacia una paternidad creativa)*. Cuando las expongo se me suele decir que esto ya no es así, que las cosas han cambiado *mucho*, que ahora los hombres *colaboran*. Mi observación de la sociedad en la que vivo me sugiere que las cosas no han cambiado tanto. Y el sólo hecho de llamarle *colaboración* a la nueva actitud (palabra que usan preferentemente las mujeres)

es significativo. Si el padre "colabora", significa que es un asistente (un mero asistente) en un área que no le pertenece. Los hijos, según el mito cultural que sigue prevaleciendo, continúan siendo de la madre y el padre progresista, consciente, evolucionado, a lo más que parece poder aspirar por ahora es a ser un "colaborador".

Los estereotipos de "masculinidad" y "femineidad" que nos han moldeado cedieron el mundo externo y el poder sobre ese mundo a los hombres; a cambio las mujeres recibieron el mundo doméstico e interno y la "propiedad" de los hijos. Sutil y profundamente se instaló en la mente de los varones la idea de que las mujeres "saben" todo sobre los niños, mientras nosotros nos convertimos en analfabetos en la materia.

El resultado está a la vista: los varones adultos de hoy somos, en nuestra gran mayoría, hijos de padres que estuvieron ausentes en la cotidianeidad de nuestras dolencias, de nuestras necesidades afectivas y de nuestras vivencias emocionales. Cuando nos convertimos en padres nos transformamos, también, en ausentes seriales. Hemos aceptado la idea de que el "instinto" materno hace a las mujeres sabias como madres, experimentadas y prácticas en la atención física y emocional de los hijos. Ese "instinto" materno se compensa (?) con el "deber" paterno de ocuparse de la ropa, la cuota del colegio, la medicina prepaga, etc.

Creo que si hay tal cosa como el instinto (en este caso), existe para la mujer y para el varón, y que se manifiesta de manera diferente en cada uno. O no existe en ninguno y se trata de una construcción cultural. Adhiero más a esta segunda posibilidad que a la primera. Creo que no hay padres ni

madres antes de la existencia del hijo, que una madre y un padre nacen con el hijo, pero que a los hombres se nos ha excluido –de varias y sutiles maneras– de la posibilidad del aprendizaje emocional junto al vástago. Una vez establecido el modelo de maternaje y de paternaje aún vigentes, lo demás es una simple repetición del mismo. Los obstetras, los pediatras, los maestros y, ni qué decir, los publicitarios y los productores de alimentos le hablan a las madres.

El convidado de piedra, el padre, debe aún luchar por un lugar propio y reconocido (no basta con el de asistente o colaborador). Mientras tanto, el momento de la comunicación emocional con los hijos sigue resultando difícil para el varón. Se trata de borrar de sí el modelo vivenciado como hijo y autorizarse a construir uno propio, con los recursos internos disponibles. Esto se combina con otro hecho importante a tomar en cuenta. Muchas de las mujeres que se quejan con justicia de la ausencia de su compañero en la crianza de los hijos, se resisten (inconsciente o conscientemente, explícita o implícitamente) a que ellos participen en igualdad de condiciones y derechos en esa crianza. La palabra es ésa: **participar**, no "colaborar" ni "asistir". La crianza de un hijo es una responsabilidad compartida. O debería serlo.

Quiero decir: que los hombres tengan una paternidad activa, integral y participante exige una transformación de la autoconciencia en los varones. Y también en las mujeres. Y quizá el camino más directo al corazón de la cuestión sea el que pueda ser recorrido en compañía el uno del otro. No hay, creo, mejor oportunidad para ello que la crianza de un hijo.

De varón a mujer

Cuando una mujer cree que la relación entre el padre y el hijo necesita de la mediación y el estímulo de ella, da una muestra de buenas intenciones, pero al mismo tiempo contribuye a reforzar la ausencia del padre de su lugar natural y necesario. Acaso las mujeres deban aceptar que el vínculo padre-hijo es distinto del vínculo madre-hijo. Distinto no significa peor ni mejor, sino diferente. Y los encargados de construirlo son el padre y el hijo. Tendrán un vínculo real y posible; no, seguramente, el ideal y soñado. Pero esto es mejor a que no exista ningún vínculo o a una mediación permanente. Un papá empezará a participar de las visitas al médico, de las reuniones escolares de padres y de la vida emocional de sus hijos, cuando la mujer deje espacios para ello. También puede ocurrir que esos espacios queden, finalmente, vacíos. Bien, ésa es la realidad de ésa relación padre-hijo. Por lo pronto, la mujer sólo puede ser madre de su hijo, no madre y padre.

Misterio 24

¿Por qué se borran después del divorcio?

Que los hombres se borran después de un divorcio significa, según las mujeres, que no pagan su cuota de alimentos, que no visitan a los hijos, que no se preocupan por la salud, la escolaridad o las necesidades de éstos. En verdad, muchos hombres hacen eso y no es mi intención defenderlos ni excusarlos. No sólo dañan, con esa actitud, a sus hijos sino que contribuyen a la creación de una generalización tan incierta como injusta, según la cual *todos* los hombres actúan así después de un divorcio. Es decir, *esos tipos nos perjudican a todos los varones*. Y probablemente lo hacen porque viven con una escala de valores nutrida en las miserias del machismo.

Sin embargo, la mayoría de los hombres que se divorcian aman a sus hijos, se preocupan por ellos y cumplen con sus obligaciones legales. Por supuesto, no tienen prensa, no son noticia, no generan creencias. ¿Por qué habrían de hacerlo? No se habla elogiosamente de ellos, se considera que, simple-

mente, hacen lo que deben. Del costo emocional y económico que ese cumplimiento –y que el divorcio en general– tiene para un varón, no se habla, ni está considerado en ningún lugar. Pareciera "natural" que un hombre divorciado mantenga dos hogares, tenga contacto esporádico con sus hijos y esté siempre accesible cuando su ex familia requiere algo de él.

Una especie de mito cultural dice que los varones no sufren con el divorcio, que su vida poscoyungal es más liviana, variada y divertida que la de las mujeres. Gracias a los estereotipos "femenino" y "masculino", el amor quedó en territorio de las mujeres. Ellas son las que aman, las que sufren por amor, las que se ilusionan, las que se juegan y se sacrifican por ese motivo. El amor es cosa de mujeres, el matrimonio es cosa de mujeres y hasta el divorcio, en consecuencia, aparece como un fenómeno en el cual les está destinado el papel protagónico. ¿Por maldad? ¿Por naturaleza? ¿Por una cuestión de cálculo? No. Por una cuestión de modelos y mandatos.

Es verdad que muchos hombres se *borran* por negligencia, por irresponsabilidad, por insensibilidad. Pero también los hay, y no son pocos, que lo hacen porque no pueden afrontar económicamente una situación a la que fueron llevados a veces por métodos casi extorsivos *("si querés ver a los chicos, tenés que pasarme tanto")*, porque consideran erróneamente que esa es su única forma posible de rebeldía, o porque, superados por el voltaje emocional de la ruptura y la soledad consecuente, entran en estados depresivos que los alejan *("no quiero que los chicos me vean así", "no tengo fuerzas ni para trabajar", "no siento que valga la pena luchar por mantener mi lugar ante mis hijos")*.

Otros hombres, más que *borrarse* son *borrados* por una concepción machista de la justicia que los convierte en chivos expiatorios de la ruptura familiar. Eso ocurre cuando la ley (o sus intérpretes) considera que es "deber" del hombre (por el sólo hecho de ser varón) mantener a su ex mujer y a sus hijos, que es él quien cuenta con más recursos productivos, económicos y laborales. Esa concepción de la ley refuerza los estereotipos arcaicos: reduce a la mujer al rol de parturienta, amamantadora y ama de crianza, y al hombre al de un proveedor sin fin. Debido a esta visión, en los juicios de divorcio cada uno busca reivindicar aquello de lo que ha sido culturalmente despojado. Las mujeres exigen seguridad y provisiones económicas y para obtenerlas regatean a sus hijos; los hombres quieren el contacto con sus hijos y para lograrlo regatean el dinero.

Casi nunca es un solo componente de la pareja el responsable de un divorcio. Se necesitan dos para casarse y dos para divorciarse. Cuando se divorcia, a un varón también le ocurren cosas dolorosas. Sufre la pérdida de sus escenarios cotidianos, de sus espacios, de sus rincones y de sus hábitos, añora a sus hijos, llora por ellos, se enferma, se pregunta con angustia por su propio futuro. Para muchos varones esta crisis significa una dramática puesta en contacto con una parte olvidada, postergada o negada de sí mismos: su aspecto sensible y emocional. En otros dispara la búsqueda de nuevas formas de vida, más íntegras y auténticas. Por fin están aquellos que sienten que la ley, las creencias, los prejuicios y los mandatos culturales se les vuelven en contra y los superan. A

veces mal asesorados o carentes de asesoramiento, en otras oportunidades desbordados anímica y psicológicamente, se convierten con dolor y con culpa en *desertores* o *borrados*. Incluyo aquí a los que desaparecen porque atraviesan crisis laborales y económicas y sienten vergüenza de que sus hijos los vean insolventes y sin recursos. Víctimas de los prejuicios machistas, sólo se conciben a sí mismos como sostenedores eficientes y prefieren el dolor de la ausencia a la mácula del mandato incumplido.

Hay, como se puede ver cuando se observa sin preconceptos, muchas y variadas razones por las cuales los hombres se borran después del divorcio. En lo personal me resulta difícil creer que cuando un hombre lo hace sin motivos, por pura irresponsabilidad y alevosía, sorprende a su ex mujer con tal actitud. Tanto un hombre como una mujer son las mismas personas antes y después de un divorcio. Muchas veces, presionadas por el mandato de tener un marido a cualquier precio (la soltería a partir de cierta edad sigue siendo un estigma "femenino") las mujeres conviven ciegamente con un hombre al que, sólo después del divorcio, ven como un canalla. Casi siempre el canalla ya lo era antes, cuando ella lo había designado su príncipe azul. Así como los estereotipos oscurecen los caminos hacia encuentros y vínculos de Buen Amor, también hacen más dolorosos los finales. Desembarazarnos de esas creencias limitantes nos permitirá a las mujeres y a los varones separaciones razonables y nuevos encuentros fundados en el respeto, el conocimiento y la aceptación.

De varón a mujer

Cuando se intenta convertir al divorcio en una revancha sobre el otro (ése al que alguna vez se amó), las victorias que se consiguen son dudosas. Muchas mujeres (muchas, sí) ven en sus ex maridos una fuente de recursos, una suerte de beca posconyugal vitalicia. Y convierten esa creencia en un acoso emocional o judicial que consigue, a menudo, que el hombre se borre. Lamentablemente esas batallas posmatrimoniales suelen tener como víctimas a los hijos. Ella cree que lo castiga a él al no dejárselos ver. Él cree que la castiga a ella si no le pasa la cuota alimentaria. Los dos se equivocan, ambos castigan a los hijos. Cuanto menos manipule una mujer el vínculo entre sus ex marido y sus hijos, más presencia habrá por parte de él (física, emocional y económica). Si no es así, no se debe a que ese hombre se borra hoy: seguramente estaba borrado antes, sólo que ella se negaba a aceptar el hecho. En ese caso se presenta ante la mujer la oportunidad de preguntarse por su propio modo de amar y de elegir. De eso, no es responsable ningún hombre.

Misterio 25

¿Por qué les cuesta decir te amo?

Mientras muchas mujeres se quejan de que los hombres se resisten a confesar "Te amo", otros tantos hombres dicen "Te amo". ¿Somos unas y otros protagonistas de un diálogo de sordos? En parte. No se trata de que ellas no escuchan lo que decimos. El problema es que suelen desconfiar de lo que oyen o señalan que no lo manifestamos con suficiente sentimiento.

Quizá lo que una mujer desea escuchar es una frase como ésta: *Te amo desde lo más profundo de mí, sin límites, sin condiciones, sin miedos, para siempre*. Debido a las creencias que hemos recibido en nuestra crianza como varones y como mujeres, para ellas un hombre es *El Amor* (o debiera serlo), mientras que para nosotros una mujer es una mujer (a lo sumo *nuestra* mujer). *"La mujer que al amor no se asoma/ no merece llamarse mujer"*, sentencia una canción popular y sintetiza de manera admirable ese tremendo mandato que obliga a cada mujer a encontrar el

gran amor de su vida cueste lo que cueste, a amar y a ser amada o no ser nada.

Bajo semejante exigencia y expectativa las mujeres centran su atención en los labios del varón a la espera de oír las palabras mágicas. ¿Pero cómo hay que decirlas, cuántas veces hay que repetirlas para que cumplan su cometido? He oído decenas de testimonios de varones desalentados porque sus mujeres (novias, esposas, amantes) les reprochan que nos les dicen lo suficiente las dos palabras, mientras ignoran lo que ellos *hacen* y *actúan* como muestra de amor. Las mujeres cargan de mayor significado a la palabra, los varones a la acción. En el diálogo amoroso esto produce a menudo desencuentros en las expectativas. Un hombre llama a su mujer "mi amor" (ella es eso, su amor); ella lo llama "mi vida" (le otorga esa categoría, él es *todo*).

Para las mujeres la palabra comunica, describe y explica el mundo y los sentimientos. Para los varones la palabra compromete. Desde chicos se nos dice que "ser un hombre de palabra" certifica nuestra "masculinidad". Y transformamos esta consigna en ser hombres de una sola palabra (no como las mujeres, volubles, cambiantes, impredecibles). No es de hombre faltar a la palabra empeñada. Nuestros héroes hablan poco, lo justo, lo necesario. Sentimos entonces que decir "Te Amo" es toda una declaración, un compromiso sin retorno. Porque, en realidad, ser un "hombre de palabra" en el sentido en que nos lo inculcan significa ser una persona rígida, sin flexibilidad,

sin matices, con escaso registro de las transformaciones en los propios sentimientos, necesidades, pensamientos y emociones.

Cuando esta característica se combina con la expectativa (a menudo desbordada) de las mujeres, las dos palabras milagrosas tienden a silenciarse y aparecen los cortocircuitos. Que un varón calle el ansiado "Te Amo" no significa que no esté enamorado. Los hombres amamos, el amor es parte de nuestro patrimonio sentimental tanto como en las mujeres. Hay hombres que sufren por amor, hay varones que se sacrifican por amor y que, por amor, han expresado en actos, en obras, en gestos, lo mejor y lo más profundo de sí.

Se trata de que somos distintos. Y tenemos diferentes discursos amorosos. Por supuesto es bello y es importante decir y escuchar "Te Amo". Y también son bellos e importantes los actos silenciosos de amor. Acaso una mutua prueba de amor y de exploración de las diferencias pueda ser para los varones permitirse expresar su sentimiento en palabras sabiendo que esas palabras no representan sino el aquí y ahora, el presente absoluto de su sentir; y para las mujeres ampliar el registro del amor recibido, percibiéndolo no sólo en la declaración expresa, sino también en los actos de presencia, de constancia, de contención. No siempre lo esencial es audible a los oídos.

De varón a mujer

La frase "Te Amo", dicha o silenciada por un varón o por una mujer no significa siempre lo mismo. Brota más pronto de los labios de una mujer que de los de un varón. Las repite con más frecuencia ella que él. Esto no marca, en mi opinión, ni la intensidad ni la profundidad del sentimiento, sino una de las tantas diferencias entre varones y mujeres. Quizá en la medida en que las mujeres puedan aceptar esto sin sentir que tal diferencia pone en juego el vínculo, las relaciones amorosas puedan ser espacios de mayor flexibilidad, con más matices y riqueza. El amor es una cuestión de actos, de palabras y de diferencias que se complementan. Una sinergia de sonidos y silencios.

Misterio 26

¿Por qué les cuesta desconectarse del trabajo?

Muchos hombres no asistieron al nacimiento de sus hijos porque estaban en un viaje de trabajo, en una reunión laboral o en una actividad profesional impostergable. Muchos otros perdieron momentos importantes del desarrollo de sus hijos porque una exigencia laboral los convocaba en otro lugar. Otros sufren graves colapsos de salud (infartos, accidentes cerebrovasculares, etc.) en sus lugares de trabajo, tras haber ignorado señales de alerta.

Muchos hombres, por fin, sufren profundas crisis depresivas después de un retiro, de un despido o de ser invitados a jubilarse. Es verdad: hay mecanismos de la mente "masculina" que impiden a los varones desconectarse de su trabajo. Abundan los hombres para quienes la semana laboral tiene, por propia elección, siete días; llevan tareas profesionales a su casa durante el fin de semana, o buscan miles de pretextos para permanecer hasta tarde en la noche o a lo largo del *week-end*

en sus oficinas, laboratorios, consultorios, talleres, estudios o lo que sea, como si fuesen los guardianes del lugar. Es probable que si se les pregunta por qué actúan de esa manera su respuesta sea: *"No puedo hacer otra cosa"*. En sus hogares se sienten extraños, desubicados, enjaulados, ansiosos.

Un mandato bíblico anunció al varón: *Ganarás el pan con el sudor de tu frente*. Y a la mujer: *Parirás con dolor*. A las mujeres les ha costado comprender que su consagración como tales no pasa pura y exclusivamente por la maternidad (y aún les pesa mucho el mandato, según observo). A los varones la consigna nos redujo al papel de productores-proveedores a destajo.

Un hombre es lo que hace. Y así se define. Ante la pregunta ¿Qué sos?, responde:

- *Soy abogado*
- *Soy ingeniero*
- *Soy médico*
- *Soy comerciante*
- *Soy empleado*
- *Soy obrero*
- *Soy político*
- *Soy economista*

Estas respuestas describen de un modo claro y a menudo patético hasta qué punto es estrecho y limitado el estereotipo "masculino". *Formados dentro de ese molde, los varones confundimos lo que hacemos con lo que somos*. El abogado es un varón, casado o soltero, joven o viejo, amante de los deportes o no, aficionado a la música o no, lector o no, rico o

no, con hijos o no, con amigos, con sueños, con ambiciones, con preocupaciones, con pasatiempos, con fantasías, con una historia única y particular, que además de todo eso, se dedica a la abogacía. No *es* abogado, *se dedica* a esa profesión. Lo mismo vale para todos los demás, para cada hombre.

Cuando confundimos actividad con identidad, nos volvemos monotemáticos. Tenemos una única preocupación, un único tema de conversación, una única mirada sobre el mundo, una sola forma de evaluar la realidad en que vivimos y todo eso está teñido por el color único de nuestro trabajo.

Esta forma engañosa (autoengañosa) de definirnos refuerza nuestras carencias. La profesión, la actividad, el trabajo ocurren fuera de nosotros. Podemos acercarnos a ese territorio sin involucrarnos emocionalmente, sin riesgo de desnudar nuestra interioridad. Desde esta perspectiva, el espacio laboral es confiable y "seguro". No hay peligro de contacto sensible. Un varón puede trabajar largo tiempo junto a otro, puede tener en el otro un excelente compañero de tareas, y puede, también, ignorar todo acerca de los pesares, necesidades internas, sueños, inquietudes, historia personal e intimidad del otro. Como contrapartida, también él será un extraño para su compañero. Una suerte de pacto implícito los "protege" de aquello que los varones más temen: la intimidad emocional. Nadie nos enseñó en qué consiste, cómo se construye, cómo se vive, en qué nos beneficia, cómo puede nutrirnos espiritualmente.

En los espacios sociales y no laborales (una reunión, una fiesta, un encuentro familiar, etc.) la tendencia se mantiene.

Si una mujer regresa de esos eventos nutrida de información acerca de las demás mujeres presentes (estado civil y emocional, momento espiritual, momento de sus relaciones sentimentales, etc.), la conversación entre ellas estuvo cargada de información vivencial. En el mismo caso, el varón sólo sabe que, entre los demás hombres presentes, uno era abogado, otro comerciante, otro médico, etc., pero ignora todo acerca de la carnadura humana de ellos. La conversación que mantuvieron fue sólo sobre lo que hacen, no sobre lo que sienten.

Cuanto más los varones podamos permitirnos ingresar en nuestros espacios interiores, cuanto más exploremos nuestros sentimientos, sensaciones y emociones, más amplio será el horizonte de nuestra mirada, de nuestra conversación, de nuestras actividades. Un número creciente de hombres comienza a sentirse asfixiado en el estrecho espacio de una identidad definida por lo laboral. Pero no les resulta fácil salir de allí, expandir sus confines personales. El muro ha sido construido generación a generación y está rodeado por un foso infestado de creencias y prejuicios. Cuando algunos de estos varones deciden aventurarse en nuevos espacios existenciales (iniciar carreras, abandonar negocios y profesiones asentados para poner en juego otros recursos propios, dedicarse a vivir más en el plano espiritual que en el material económico, etc.) suelen recibir el mote de "irresponsables", de "inconscientes", de "locos", cuando no se los acusa de haber caído víctimas del "viejazo". Muchas veces quienes los acusan de esto (entre ellos

se puede encontrar a mujeres importantes de su vida) son las mismas personas que antes les reprochaban su adicción al trabajo.

No es fácil para un hombre desembarazarse de lo que ha sido su certificado de identidad y de aceptación social. Ni aun cuando descubre (como ocurre tantas veces) que ese trabajo, profesión o actividad a la que está aferrado no expresa ni acoge lo mejor de él.

Conozco hombres que siguieron una carrera obligados a continuar una tradición familiar; conozco hombres que deben poner su creatividad en el comercio cuando desearían invertirla en el arte; conozco hombres que abandonaron el estudio de una carrera que amaban porque debieron hacerse cargo tempranamente de su familia de origen; conozco hombres que ven diariamente violentadas sus convicciones y valores más íntimos por las reglas de juego de una determinada actividad; conozco infinidad de hombres que no son felices con sus trabajos y profesiones y que no se atreven a decirlo. Creen que no tienen derecho a hacerlo, que se espera de ellos otra cosa.

También hay hombres que disfrutan de lo que hacen justamente porque aprendieron a discernir que *no son* lo que hacen: **simplemente ponen en lo que hacen parte de lo que son.** Es una diferencia esencial. Estos varones no son mayoría, pero sí son emergentes de una búsqueda aún incipiente que representa la necesidad y la inquietud de muchos otros.

De varón a mujer

Con frecuencia las mujeres dicen que quisieran ver a los hombres menos enajenados por el trabajo, pero se sienten inseguras (y lo manifiestan) si el varón con el que viven intenta replantear su escenario laboral para ganar más libertad, flexibilidad y disponibilidad de sí poniendo en un lugar relativo el aspecto económico. A muchas mujeres les gustaría que los hombres fueran menos esclavos de sus trabajos, que no las abandonaran por el trabajo, pero, ante la menor señal de que eso está por ocurrir, y aunque ellas mismas trabajen, no dejan de preocuparse por la repercusión que tendrá en la vida económica de la pareja. Acaso sea necesario entender que los modelos "femenino" y "masculino" han hecho que para el hombre el trabajo sea siempre una *obligación*, mientras para la mujer es una *elección*. Sin desconocer las crecientes dificultades económicas que ofrece la vida contemporánea, todavía está vigente un modelo sociocultural en el que un hombre *debe* trabajar, mientras una mujer *puede* hacerlo. Una vez más, creo que esta trampa tiene que ser desmontada en la convivencia conjunta. Todo encuentro entre un hombre y una mujer es nutriente para ambos cuando los ayuda a salir de sus corsés mentales y espirituales y les permite crear juntos un espacio que se valida a sí mismo.

Misterio 27

¿Qué les pasa cuando su jefe es una mujer?

Cuando yo tenía diecinueve años y había conseguido mi primer trabajo en una revista, mis modelos profesionales eran periodistas varones, hombres mayores que yo. Me tocó como jefa de redacción una mujer: una periodista que ya tenía méritos y trayectoria. Por primera vez en mi breve experiencia de entonces alguien rompía delante de mis narices textos que yo había escrito y me enviaba a rehacerlos, mientras me daba sermones acerca de la profesión.

Hoy tengo cariño y agradecimiento hacia aquella mujer, de ella aprendí nociones esenciales de técnica, de estilo y de ética. También recibí afecto. Pero en aquella época le temía, me sentía impotente y avergonzado ante ella y, en el fondo, la odiaba. Creo que ese muchacho que yo era sentía una combinación de las sensaciones que afectan a los varones cuando trabajan bajo las órdenes de una mujer.

El mundo laboral es, según se nos dijo, se nos mostró y se nos demostró a lo largo de nuestro desarrollo como hombres,

un espacio esencialmente "masculino". Como en las manadas o en las jaurías, allí rigen ciertas leyes no escritas: unos mandan, otros obedecen, la autoridad otorga fuerza y ésta se respeta, todos producen. Se trata de conquistar, ganar y vencer (mercados, competidores, etc.) mientras cada uno de nosotros certifica su propia condición de proveedor. No hay lugar para lágrimas, para dudas, ni para vacilaciones.

En cierto sentido, entrar a un trabajo es como ingresar al ejército, y la comparación no resulta caprichosa. Tanto las organizaciones laborales como las militares se rigen por estructuras verticales, con entrenamiento específico y objetivos de rédito y lucro (económico en unos casos, políticos y militares en otros). Si se quiere, es posible decir que los miembros de ambos organismos son, en el fondo, mercenarios. Hay quienes comparan también a las empresas con equipos deportivos: un grupo preparado para ganar partidos pasando sin piedad por sobre sus rivales.

Aunque no se desviven por entrar al ejército, ni por ser estrellas de fútbol, fútbol americano, básquetbol o béisbol, las mujeres han ingresado (por evolución, por ruptura de creencias y prejuicios, por derecho propio, por necesidad) en este territorio "masculino". En los varones predomina (más allá de los discursos políticamente correctos) la sensación de que esto es una invasión. Muchos sienten que no es equitativo que luego de años y años de haber sido marginados de las salas de parto, de las cocinas, de los espacios íntimos del mundo doméstico, ahora se les pida que acepten sumisos y hasta satisfechos el hecho de ser paulatinamente desplazados de oficinas, estudios, laboratorios, despachos y salones de

venta. Una de las más curiosas manifestaciones de este desalojo es la aparición de mujeres en las estaciones de servicio o en los lavaderos de coches. En estos casos se las usa como señuelos para atraer la atención (con uniformes breves y ajustados) del consumidor varón, abrumadora mayoría en estos rubros. Así ellas son tratadas como carnada y ellos (nosotros) como babosos. Los estereotipos tradicionales dan buen rédito a los comerciantes en este aspecto (y en tantos otros). En muchas otras actividades el aumento de personal femenino tiene que ver simplemente con una regla universal: a igual trabajo, a las mujeres se les paga menos. Otro uso abusivo de los estereotipos de "femineidad" y "masculinidad".

Lo cierto es que hay nuevas reglas de juego en el mundo laboral. Hay más mujeres y muchas de ellas (ni todas ni, mucho menos, la mayoría) llega a lugares de responsabilidad y de mando. La rigidez del adiestramiento mental "masculino" ha hecho que, hasta ahora, la respuesta de los varones sea recelosa cuando no agresiva. Se ponen en evidencia, al tener que subordinarse a una mujer, aspectos inquietantes del funcionamiento del varón:

1. Mientras obedecer a otro hombre es parte de lo aprendido, obedecer a una mujer pone en duda creencias muy arraigadas acerca de la "masculinidad" (de la genérica y de la propia).
2. Mientras es parte del "ser hombre" imponerse al competidor o desplazar al superior jugando con armas de calibre grueso, a veces incluso con las no permitidas, hay un reflejo según el cual no se puede tratar del mismo modo a una dama, aunque ella sea el adversario. Esto hace que el varón se sienta limitado al competir con una mujer o al tener que subordinarse a ella.

3. La presencia de una mujer en posición dominante despierta sensaciones ancestrales vinculadas con etapas tempranas de la vida, cuando la supervivencia física y la asistencia emocional dependían de la presencia materna, lo cual implanta en el varón una impronta de dependencia hacia la mujer que sólo puede modificarse a partir de un intenso y profundo trabajo interior.

La suma o combinación de todos estos factores produce un estado de incertidumbre, de incomodidad o de resentimiento. Esto se agudiza cuando las mujeres entran "a lo macho" en el mundo laboral. Es decir, cuando en los puestos de mando adoptan actitudes, lenguaje, vocabulario, creencias y hasta vestuario "masculino" (apenas maquillado por cierta exterioridad "femenina"). Creo que cuando una mujer no ofrece la opción de un nuevo modelo de vínculo jerárquico, en el que se incluyan factores emocionales, ciertas nociones de solidaridad, respeto por los aspectos individuales (y otras características que ellas conocen y experimentan mejor que nosotros), es lógico que el varón se sienta acosado por más de lo mismo que ya conoce, sólo que ahora encarnado en una mujer. En ese caso se siente sometido, imposibilitado de reaccionar, coartado de tomar ciertas actitudes como lo haría de "hombre a hombre", y finalmente se percibe triste o rabioso.

Mientras la incursión de la mujer en espacios laborales y profesionales jerárquicos no signifique cambios cualitativos en los vínculos humanos, lo único que ella habrá ganado, además de poder real o ilusorio, será una vivencia de lo peor de lo "masculino": competitividad exacerbada, enfermedades "masculinas" (cardiovasculares, gástricas, etc.), estrés laboral agudo, blindaje emocional y demás.

Las cosas también serían diferentes si los varones pudiéramos dejar de ver a las mujeres como invasoras que nos desplazan y someten y tomáramos de ellas ciertas pautas para explorar aspectos desconocidos de nuestra interioridad. Si un hombre cree que los objetivos centrales de su vida son trabajar y producir, la aparición de una mujer a la cual deba subordinarse oscurecerá su horizonte. Otra posibilidad es borrar ciertos límites falsos entre lo "masculino" y lo "femenino" y hacer de todos los territorios espacios comunes y solidarios, fecundados por la integración de lo diferente.

De varón a mujer

La gran oportunidad que nos brinda a todos la aparición de las mujeres en lugares jerárquicos del escenario laboral radica en la posibilidad de modificar lenguajes, actitudes y códigos inspirados en la competencia feroz, en la productividad a destajo, en la mitología bélica para demostrar que se puede seguir siendo eficiente sin dejar de lado la ética de la solidaridad, del cuidado, del respeto emocional. Una mujer con mando puede ser un factor de transformación o puede ser una intérprete de lo más arcaico de lo "masculino". En la primera opción nos enriquecemos todos, en la segunda reforzamos una trampa que nos mantiene enfrentados.

Misterio 28

¿Por qué actúan como chicos?

Los juegos de las niñas tienen más contacto con lo que será su vida de mujeres que la de los niños con su futuro de hombres. Jugar a las muñecas vincula con la maternidad; jugar con vestuarios y maquillajes da herramientas para la seducción y para las rutinas de la femineidad. Muchos de los juegos "femeninos" se prolongarán en vivencias reales. Muchos de los juegos "masculinos" (jugar un superclásico en un estadio colmado y hacer el gol del triunfo, ser el jefe de una expedición a la luna, volar por sobre la ciudad convertido en un superhéroe a la caza de villanos) se convertirán en "el sueño del pibe", fantasías infantiles pendientes para siempre.

En el interior de los varones duermen juegos terminados antes de tiempo, no completados, reemplazados tempranamente por "responsabilidades" concretas (contribuir al sostén familiar, iniciar una carrera, etc.) o simplemente prohibidos.

Por lo demás los juegos infantiles "masculinos" no conectan al varón con los roles de su vida adulta: ¿si no juega con muñecas y muñecos haciendo la mímica de la paternidad, con qué confianza va a sostener entre sus brazos a sus hijos?; si el padre no está presente con una presencia sólida en los juegos infantiles y en el desarrollo emocional, ese espacio queda para la madre. Y así como es frecuente que el padre crea que su hijo debe "hacerse hombre" desde pequeño (y si es a fuerza de golpes no importa), a menudo las madres, con cariño y buenas intenciones, no registran el momento en que abandonamos la niñez y nos siguen tratando como a *nenes* ("sus" *nenes*). Quizá esto tenga algo que ver con la maternidad como columna vertebral de la identidad "femenina", aunque no es algo que pretendo explorar aquí.

Creo que en ese cruce de mandatos rígidos y tempraneros con carencia de guías emocionales, los varones terminamos por estancarnos en aspectos infantiles. Pero no nos quedamos anclados a lo mejor de nuestra condición de niños (la espontaneidad, la capacidad de disfrutar, la inventiva, la agresividad no resentida, las búsquedas imaginativas y no reprimidas) sino que permanecemos *aniñados*. Una cosa es permitirse recuperar aspectos de la infancia, desde la adultez (parte de un proceso de integración de aspectos interiores que enriquece) y otra, muy distinta, consiste en quedarse detenido en una etapa de la propia evolución personal. Esto último es lo que nos ocurre a los varones cuando no podemos transformar los estereotipos rígidos y arcaicos con que se nos cría.

De acuerdo con tales estereotipos, nuestras destrezas físicas y nuestros recursos emocionales se desarrollan a velocidades muy diferentes. Necesitamos pronto de aquellas para desenvolvernos en un mundo signado por la competitividad, la falta de compasión y de solidaridad y una agresividad no siempre fecunda. Y debemos postergar los segundos porque, desde esta perspectiva, atentan contra la eficiencia de las primeras. Así, en los vínculos de la vida adulta (como la relación hombre-mujer) ponemos en juego aspectos infantiles no desarrollados y los disimulamos detrás de corazas de la masculinidad tradicional.

No es extraño que, en este contexto, un varón termine actuando ante su mujer como si ella fuese su madre. La impronta del vínculo madre-hijo queda muy marcada y, sobre todo, es reforzada por la ausencia emocional del padre. Con la madre como dadora de vida y alimento, como consoladora espiritual y como mediadora en el vínculo con el padre, se establece un modelo de relación que sólo una transformación profunda, consciente y sincera puede ayudar a superar.

El varón puede dejar de actuar ante la mujer desde sus aspectos infantiles cuando es capaz de integrar sus partes disociadas, cuando no necesita de la mujer para que ella se haga cargo del mundo emocional de él. Cuando esto es posible, los aspectos infantiles pueden acudir a la superficie convocados para el juego y el placer, no para ocupar lugares centrales de la convivencia adulta.

De varón a mujer

Muchas de las mujeres que se quejan por el comportamiento infantil de sus hombres, no dejan de poner en juego su "instinto materno" en el vínculo con ese varón. Muchas de estas mujeres, en fin, ceden a la tentación de ser las "rescatadoras" de ellos, de resultar las heroínas que los ponen emocionalmente a salvo. En ningún vínculo humano, según mi opinión, una persona puede cubrir carencias emocionales del otro; mientras el otro no lo haga por y para sí, lo demás será una ilusión. Cuando una mujer quiere, con todo derecho, ser la pareja y no la madre del hombre con el que convive, antes que nada debiera tenerlo en claro para sí misma y traducirlo a hechos. Si él necesita una madre, antes que una pareja, el vínculo no será posible. En todo caso lo más frustrante e ineficaz es reprocharle que se comporte como hijo alguien a quien se trata como a un hijo.

Misterio 29

¿Por qué mienten?

Los hombres mienten. Esta es una afirmación que he escuchado una y otra vez de labios de las mujeres más diversas. Pareciera que, en la experiencia de ellas, esto es una realidad irrefutable.

¿La mentira es un rasgo definitorio de lo "masculino"? ¿O se trata de una consecuencia lógica de un determinado tipo de vínculo? Para explicar mejor esta segunda posibilidad, imaginemos una situación. Un hombre y una mujer. El gusta de ella y ella de él. No se conocen. Él se presenta. Salen. Toman un café. El va hablarle de sí. Puede decir dos cosas:

1. Que no tiene un peso, que está sin trabajo y con pocas posibilidades de conseguirlo, que su profesión y sus proyectos no son los más fáciles de afrontar.
2. Que las cosas le van muy bien, que está involucrado en un proyecto profesional que le significará réditos importantes y que su futuro económico está asegurado.

Si 1. es la verdad y él la dice, hay muchas posibilidades, según creo, de que la relación no avance. Si 2. es una mentira y él la dice, aumentan las probabilidades de que el vínculo se mantenga, por lo menos hasta que la verdad salte a la superficie (después se verá). Cuando eso ocurra, la mujer tal vez acuse al hombre de mentiroso (con razón). Y hasta es posible que le reproche el hecho de que, al final, es "igual a todos". Quizá, en la experiencia de ella, los hombres sean siempre mentirosos. Y acaso en la experiencia de él no haya posibilidades de avanzar en el vínculo con una mujer si uno confiesa no ser un proveedor solvente y un protector material confiable.

Cabe la pregunta: ¿aceptan fácilmente las mujeres que un varón no responda a lo que un hombre "debe ser"? Ante una respuesta como 1., ¿no se sienten desconfiadas, inseguras, ansiosas, temerosas, inestables? ¿No hay allí una posible explicación para ciertas mentiras de los varones? Este estereotipo todavía vigente (a la hora de verdad) según el cual un hombre debe estar en condiciones de transmitir seguridad, solvencia y capacidad protectora a partir de sus recursos productivos, ¿no recorta las posibilidades de un varón a la hora del acercamiento?

Cuando una mujer conoce a un hombre y se lo cuenta a sus amigas, una de las preguntas infaltables de ellas suele ser: "¿A qué se dedica?". Esa misma pregunta jamás figura entre las que plantearán los amigos de él. Y no es una cuestión de cálculo y especulación, sino de funcionamiento orientado por creencia y prejuicios.

Un hombre, en el vínculo con la mujer, puede mentir por al menos tres razones:

- **Para construirse una identidad acorde con lo que supone que un hombre "debe" ser.** *En este caso se miente en primer lugar a sí mismo, obligándose a creer en esa identidad apócrifa y a mantenerla en funcionamiento a costa de más mentiras. Esto funciona no sólo ante una mujer sino también ante otros varones. Se trata de hombres que gastan más de lo que tienen, prometen lo que no pueden cumplir y entran en una espiral interminable de compromisos cada vez más difíciles de afrontar. Todo porque un hombre debe "poder", debe "tener", debe "mostrar", debe "saber" siempre.*
- **Para no desmentir las ilusiones que una mujer a la que ama o desea puede haberse construido acerca de él.** *Considera que de esta manera podrá mantenerse junto a ella o en la consideración de ella y que, tarde o temprano, podrá ser su príncipe azul. Por supuesto, esta mentira lo aleja cada vez más de su objetivo, pues debe funcionar sobre la base de una falsa identidad.*
- **Por temor a la reacción femenina.** *Hombres que ocultan a sus mujeres desde una afición al juego hasta la frecuentación de viejos amigos que ellas detestan, desde un fracaso económico hasta el apoyo monetario a un familiar o un amigo, lo hacen por miedo a la reacción femenina. Para muchos varones es difícil defender sus argumentos en una discusión ante una mujer; esto se debe en parte a una idea, no siempre consciente, de que ella tiene más habilidad con*

la palabra y, en parte, a un modelo interno implantado en la relación madre-hijo. Si la hago enojar, mamá puede castigarme.

Sin embargo, creo conveniente instalar una duda: ¿*Todos* los hombres mienten *siempre*? Con sinceridad, pienso que no es así, que se trata de una de las tantas muletillas del folclore que rodea a las relaciones entre los géneros. Los varones no mentimos más que las mujeres; acaso mintamos de manera diferente y sobre cuestiones diferentes. Además, **¿es que los hombres mienten o que, simplemente, no siempre dicen lo que las mujeres quieren escuchar?**

Si se observa y se escucha con detenimiento, con atención y con sinceridad, es posible advertir cuántas veces una mujer atribuye por su propia cuenta significados a ciertas palabras o a ciertos actos de un hombre sólo para acusarlo de haber mentido una vez que los verdaderos contenidos de esas palabras o ese acto quedan en evidencia. Impulsadas por su crianza y sus modelos a enamorarse muchas veces de sus propias ilusiones antes que del varón real que tienen delante de sí, terminan por culpar a él de las propias urgencias, necesidades y fantasías. No es siempre así, pero ocurre muchas veces.

Creo que las peores mentiras de los varones son las que más nos dañan a nosotros mismos. Y más que mentiras son negaciones, la negación a explorar nuestra interioridad, nuestros temores, ansiedades, necesidades y carencias. El día que cada uno de nosotros pueda aceptarse y celebrarse como el varón que es y no como el hombre que "debería" ser, no sólo viviremos con más alegría y con menor estrés emocional.

También habrá menos ocasiones y posibilidades de que se nos llame mentirosos.

De varón a mujer

Como para el tango, también a menudo se necesitan dos para una mentira. Uno que la diga y el otro que la crea. Cuando los ojos miran más a las fantasías de la mente que a la realidad que enfrentan y los oídos escuchan más las palabras esperadas que las palabras realmente recibidas, crecen las posibilidades de creer en una mentira. Es cierto que los varones mienten muchas veces por cuenta propia. Y también es cierto que otras tantas las mujeres con sus actitudes y palabras parecen pedir: "mentime". Antes de atribuir a todos los hombres el mote de mentirosos quizá convenga revisar las propias actitudes, la propia historia vincular para percibir en qué mentiras, en qué condiciones y con qué excusas se está dispuesta a creer. Muchas veces la mentira empieza en el interior del que cree, cuando se autoconvence de que está con quien no está.

Misterio 30

¿Por qué tienen poca comunicación con sus padres?

En un momento temprano de nuestras vidas empieza a gestarse en los varones una necesidad creciente de ser guiados hacia la virilidad y de ser introducidos y bienvenidos en ella por un hombre mayor, en el cual podamos creer y confiar. Necesitamos que un hombre así nos diga que resultamos valiosos, queribles y aceptables por lo que somos, que no es necesario hacer ninguna demostración para entrar en ese mundo, que las iniciaciones son necesarias, pero que en esos ritos no se nos exigirá traicionar nuestra sensibilidad ni saber lo que ignoramos, ni poder lo que no podemos.

Acaso esta necesidad empieza a germinar cuando nuestro padre, empujado por el mandato de ser proveedor material de su familia, se ausenta durante nuestra gestación o se considera (y es considerado) personaje secundario de ese proceso (la embarazada es mamá, los cuidados y atenciones son para ella, el padre es aquel caballero que prestó su semillita, nada más).

Quizá cada padre ausente en el parto de su hijo contribuyó a sembrar la necesidad. Esta crece, también, cuando nuestro padre –con frecuencia distanciado por la interposición materna– toma nota de nuestro rendimiento (escolar, laboral, sexual, etc.) pero permanece ajeno a otros aspectos de nuestras vidas (amores, temores, esperanzas, miedos, necesidades).

La necesidad se agudiza cuando nuestro padre se convierte antes que nada en el administrador de castigos, reprimendas y correctivos (muchas veces a partir de un informe materno). La necesidad alcanza dimensiones mayores cuando buscamos –y no encontramos– imágenes de nuestro padre como hombre enamorado, cuando desconocemos su mundo emocional, con su fantasía y su capacidad lúdica. Y se incrementa cuando no lo vemos en su trabajo (ese lugar que es una referencia lejana para nosotros, apenas la fuente de la provisión material), dando impulso a sus aspectos creativos.

La distancia y el vacío de que se alimenta esta necesidad son mayores a medida que crecemos y nuestro padre nos transmite en silencio (o con palabras impositivas) los deberes de la "masculinidad", pero nada nos dice de su propio aprendizaje, de sus dudas y equivocaciones, de sus temores y dolores, de sus secretas alegrías y de otros secretos, de sus asignaturas logradas y de sus asignaturas pendientes.

Después, cuando crecemos y nos convertimos en padres, algunos de nosotros podemos reconocer, por nuestra propia experiencia en ese lugar, el orgullo silencioso que nuestros padres sentían por nosotros y el miedo y el dolor sofocados que les producía su incapacidad (heredada) para acercarse a

nosotros de otro modo (o, simplemente, para acercarse de cualquier modo).

Esa necesidad creciente, omnipresente, dolorosa ha acompañado la evolución de la mayoría de los varones que hoy son adultos. Y tiene un nombre. **Se llama hambre de padre**.

Ese hambre hace que nos resulte difícil crear espacios de intimidad, que nos resulte difícil pedir cuando necesitamos. La relación padre-hijo está hecha de ausencia, aun cuando haya presencia física. El lugar del padre como modelo y guía emocional es un espacio deshabitado, desvalorizado, minimizado, muchas veces descalificado y a menudo invadido (por madres de muy buenas intenciones). Es un lugar que a los varones adultos de hoy nos corresponde comenzar a rehabitar, a revalorizar y a reconstruir. Con lo que tenemos y con lo que podemos, sin esperar permisos ajenos.

Mientras tanto la mayoría de nosotros hemos maldecido los muros que nos separaron de nuestros padres, hemos intentado traspasarlos con gestos y palabras inútiles, hemos odiado a nuestros viejos y hemos llorado por ellos. Hemos soñado con encuentros íntimos para hablar de corazón a corazón y nos hemos encontrado con charlas que, finalmente, morían en el fútbol, en la política, en la economía, en los autos o en cualquiera de esos temas que del mismo modo podríamos haber transitado con un extraño.

Lo que los varones adultos no recibimos de nuestros padres no pasa por lo material (mal o bien, con más o con menos esfuerzo, con más o con menos talento, con más o con menos habilidad, con abundancia o con escasez, la

mayoría de ellos se ocupó de eso porque lo consideraba una "cuestión de honor"). Poco nos dieron, en cambio, de aquello que tampoco ellos recibieron: un modelo masculino (esta vez sin comillas) integrador de emociones, de afectos, de la sutil y rica sustancia de lo espiritual. Un modelo masculino que valore la intimidad y el contacto, que nutra su fuerza también en la sensibilidad.

Ya es imposible que los varones adultos de hoy recibamos ese modelo de nuestros padres. Nos duele. El **hambre de padre** es un hambre doloroso. Aunque pocas veces llamemos al dolor por su nombre. Quienes tienen vivos a sus padres pueden rescatar de ellos lo rescatable y resembrar en sí esa semilla. Nuestros hijos nos brindan la posibilidad de fundar, con errores y desconocimiento, con inseguridad y temores, un nuevo modelo de vínculo y, con ello, ampliar los estrechos y cada día más oscuros horizontes de la "masculinidad" tradicional. Somos el reflejo en buena medida de lo que nuestros padres nos dieron y nos negaron. Pero no somos prisioneros de ese modelo. Los padres no nacen (las madres tampoco). Se hacen. Se hacen con el hijo. Podemos ser padres responsables (que no es lo mismo que padres cumplidores) si nos hacemos presentes de cuerpo y alma en la relación con nuestros hijos. Los hijos de cada varón pueden ser, en ese sentido, punto de encuentro de tres generaciones y posibilidad de sanación para el padre herido que cada hombre lleva adentro.

De varón a mujer

También las hijas son víctimas de la ausencia de un padre que transmita un modelo integrador de varón. Y lo necesitan, porque convivirán con varones. Sin embargo, las mujeres tienen cercano el modelo de la madre, su par de género (al margen de lo que cada una haga con ese modelo). Creo que así como no es bueno que una mujer opere como "traductora" o "mediadora" en el vínculo entre su marido y su hijo, tampoco es a ella a quien le corresponde acercar al hombre que las acompaña, con el padre. Lo que sí puede resultar muy beneficioso y sanador es que una mujer no se haga cómplice del silencio del hombre acerca del padre. Hablar sobre el padre de él, preguntar por recuerdos infantiles ligados a la figura paterna puede abrir espacios necesarios que al hombre a veces le cuesta construir para instalar el tema y para actualizar sus sentimientos.

Misterio 31

¿Dónde están los hombres?

Tengo la impresión de que esta es la *gran* pregunta de las mujeres. La formulan, por lo que escucho, con rabia, con dolor, con pena, con desconcierto, con sorpresa, con frustración, con fastidio, con desaliento, con pesimismo, con resentimiento. Aparece repetida en conversaciones de amigas, en charlas con varones, en sesiones terapéuticas, en grupos de encuentro, en revistas femeninas, en programas de radio y televisión.

"No hay hombres", escucho afirmar a muchas mujeres. Y me pregunto: ¿No hay hombres *para qué*?

Durante siglos a las mujeres se les prometió que si eran buenas Cenicientas siempre existiría un Príncipe que vendría en busca de ellas con el zapatito de cristal en la mano y que las rescataría de sus penurias para llevarlas a un palacio en el cual nada les faltaría y en donde ambos tendrían muchos y bellos hijos, amén de ser felices para siempre. Mientras tanto,

los hombres escuchábamos un relato en el cual, si salvábamos a la Princesa, ella nos iba a admirar, a seguir y a apoyar durante toda la vida. En ambos casos se nos aseguraba que seríamos felices y comeríamos perdices.

A esta altura de los tiempos pareciera que estas fábulas han generado más frustraciones, inquietud, desilusión y desencuentros que amor eterno. Las mujeres, en la segunda mitad del siglo veinte, se rebelaron contra muchos aspectos del estereotipo "femenino" y modificaron conductas, actitudes y expectativas. Aunque hay una que sobrevive: ésa según la cual, en algún lugar del camino, las espera un hombre hecho a la medida de sus sueños.

Pero algo ha cambiado en la descripción de ese príncipe. Ya no sólo debe ser valiente, protector, proveedor, sostenedor, fuerte, apuesto y potente. También se espera de él ternura, intuición, receptividad, sensibilidad, nutrición, interioridad. Esto ocurre en un momento en que cada vez más varones, agobiados por las exigencias de un estereotipo abrumador y limitado, huyen de las pruebas "heroicas".

Quizá esto explique, en parte, por qué "no hay hombres". ¿Pero de veras no los hay? En casi todas sociedades del mundo occidental (la nuestra incluida) los censos indican un numero casi parejo de varones y mujeres. Entonces caben algunas hipótesis:

- *Quizá hay menos hombres que responden al modelo "masculino" tradicional.*
- *Es posible que haya disminuido el número de varones que se amoldan a las expectativas de las mujeres.*

- *Tal vez muchos hombres, sepultados por los "deberes" de la "masculinidad", simplemente carecen de tiempo, energía y libido para dedicarlos a las mujeres.*

Cuando las mujeres estaban destinadas a esperar pasivamente, a ser elegidas y a aceptar, no penaban por falta de hombres. Eran elegidas y punto. Hoy, al haber reivindicado su derecho y capacidad de elegir, toman iniciativas y se encuentran con un riesgo: el de obtener una respuesta diferente de la esperada. Para elegir hay que buscar. Buscar significa encontrar o no encontrar.

Un número creciente, pero no mayoritario, de varones empieza a pensar en sí mismo, a ocuparse de sus deseos y necesidades aunque éstos no coincidan con los modelos "masculinos" heredados. Esto vale para el trabajo, la pareja, la paternidad, la sexualidad. En cierto modo, al conectarse con lo interior, esos hombres se "retiran" del espacio externo, a menudo necesitan estar solos (algo que no es ni fácil ni habitual para los varones). Si es por ellos, acaso resulte cierto que "no hay hombres".

Otros hombres, sin hacerse preguntas ni recorrer caminos de introspección, están bajo un agobiante estrés emocional y físico. Se convierten en hombres en fuga; son los que ahora las mujeres califican como "fóbicos", "miedosos", "incapaces de comprometerse" e incluso "histéricos". En caso de tomar a este grupo como referencia, una vez más la conclusión sería que "no hay hombres".

¿Todas las mujeres tienen esa misma percepción? En mi opinión, no. Las que siguen con obediencia las instrucciones

acerca de lo que una buena chica debe hacer y de lo que tiene derecho a esperar y a exigir de un hombre, no tienen este problema. Ellas, en general, consiguen lo que buscan y se refugian en la santa paz de su (flamante) hogar. Son muchas las mujeres que aún responden a ese modelo, y no es mi propósito profundizar aquí acerca de cómo siguen y terminan sus historias.

Pienso que a menudo "no hay hombres" para las mujeres que ya no quieren lo mismo a que aspiraban sus abuelas y sus madres. Para las que están en la búsqueda de formas más ricas, creativas y fecundas del vínculo amoroso, para las que empiezan a definir otras expectativas y para las que, incluso habiendo aprendido lo que no quieren, tienen aún incertidumbres respecto de lo que sí quieren.

Quizá, a pesar de ciertas desilusiones, estas mujeres sean quienes mejor puedan comprender que hay hombres, que éstos, a su vez, buscan un destino propio, no impuesto, y que en ese camino (como el que ellas transitan o transitaron) suele ser necesario recorrer solo varios tramos importantes antes de estar en condiciones de un encuentro. En todo caso, puedo argumentar aquí en nombre de esos varones. Los que simplemente hacen uso de las mujeres antes de fugar en pos de nuevas presas para su récord de "masculinidad", no son el tipo de varón con el que me siento hermanado. Porque estos tipos no sólo dañan a las mujeres. Nos lastiman también a los varones.

Hace algún tiempo, al final de un seminario sobre las Condiciones del Buen Amor que coordiné y al que asistieron

varones y mujeres, una de las participantes dijo algo que me conmovió: "A los hombres les está pasando algo importante; nosotras deberíamos prestar atención a eso y respetarlo, no mirar sólo nuestro ombligo. De lo contrario, cuando ellos vuelvan a la superficie transformados, seremos incapaces de entender de dónde viene ese torrente que nos dará vuelta. Dejemos de verlos como enemigos o como seres destinados a cumplir nuestras expectativas. Observémoslos con atención y nos daremos cuenta de que, simplemente, son distintos de nosotras".

Afirmar que no hay hombres es expresar una generalización tan discutible como cualquier otra. Lo peor de las generalizaciones es que ellas son las madres de los prejuicios. Habemos hombres. No todos somos iguales, aunque compartimos experiencias y mandatos comunes. Cada uno de nosotros es un ser humano único e irrepetible, gota singular de un océano que nos trasciende. Igual que cada mujer.

Hay dos preguntas que considero esenciales en la vida de todo ser humano. Las repito y me las repito con frecuencia:

1. *¿A dónde estoy yendo?*
2. *¿Quién me acompaña?*

Lo importante es no invertir el orden de estas preguntas, porque en esa inversión nacen los más grandes desencuentros en los vínculos humanos. Las propongo en el momento de nuestra despedida porque creo que pueden ser oportunas y sanadoras. Si sabes a dónde vas, la compañía será una consecuencia natural de tu camino. Si lo más importante es quién te acompaña (en este caso, algún hombre) corres el riesgo de

que el precio a pagar por la compañía sea el abandono del rumbo. Cuando sabes a dónde vas, seguramente te espera un encuentro sin búsqueda. Un tipo de encuentro profundo y sagrado al que no se llega con un equipaje cargado de prejuicios y de creencias limitantes. Seas mujer o seas varón.

De varón a mujer

Gracias por tus preguntas, gracias por tu presencia durante mis respuestas. Gracias por tu atención y por tu compañía. Gracias por los acuerdos y por tus desacuerdos. Gracias por las diferencias, por el respeto a los mutuos misterios y gracias por el encuentro.

Índice

Introducción: En celebración de las diferencias 5

Misterio 1: ¿Por qué no hablan de lo que les pasa? . . 11

Misterio 2: ¿Por qué les cuesta expresar sus sentimientos? 17

Misterio 3: ¿De qué hablan cuando están entre ellos? . . 23

Misterio 4: ¿Por qué no cuentan cosas de su trabajo? . . 29

Misterio 5: ¿Por qué nunca les preocupa qué nos pasa a nosotras? 35

Misterio 6: ¿Por qué hablan más de sus éxitos que de sus fracasos? 41

Misterio 7: ¿Por qué no se expresan su cariño entre ellos? 47

Misterio 8: ¿Qué esperan de las mujeres? 51

Misterio 9: ¿Por qué después de una cita dicen que llamarán y no llaman? 57

Misterio 10: ¿Qué sienten ante el cambio de las mujeres? 63

Misterio 11: ¿Por qué son tan controladores? 69

Misterio 12: ¿Qué temen de las mujeres? 73

Misterio 13: ¿Por qué son violentos? 79
Misterio 14: ¿Por qué buscan mujeres jóvenes?. 85
Misterio 15: ¿Por qué son infieles? 91
Misterio 16: ¿A qué le tienen miedo? 97
Misterio 17: ¿Por qué se descuidan tanto? 103
Misterio 18: ¿Por qué se vuelven locos por el fútbol?. . 109
Misterio 19: ¿Qué les pasa cuando la mujer gana más que ellos? 115
Misterio 20: ¿Por qué los obsesiona el sexo?. 121
Misterio 21: ¿Por qué retroceden ante la iniciativa sexual de las mujeres?. 127
Misterio 22: ¿Por qué huyen del médico? 133
Misterio 23: ¿Por qué dejan en manos de sus mujeres el cuidado emocional de sus hijos? 139
Misterio 24: ¿Por qué se borran después del divorcio? . . 145
Misterio 25: ¿Por qué les cuesta decir te amo? 151
Misterio 26: ¿Por qué les cuesta desconectarse del trabajo?. 155
Misterio 27: ¿Qué les pasa cuando su jefe es una mujer? 161
Misterio 28: ¿Por qué actúan como chicos? 167
Misterio 29: ¿Por qué mienten? 171
Misterio 30: ¿Por qué tienen poca comunicación con sus padres?. 177
Misterio 31: ¿Dónde están los hombres?. 183